DANIELA ARNOLD



LA RESCATADA

UN THRILLER PSICOLÓGICO

DANIELA ARNOLD

LA RESCATADA

DANIELA ARNOLD

LA RESCATADA

UN THRILLER PSICOLÓGICO

© 2025 Daniela Arnold

86179 Augsburgo, Almenrauschstr. 6a

www.daniela-arnold.com

Diseño de portada: Kristin Pang

Collage con temas de http://shutterstock.com/ , http://stock.adobe.com/

Shutterstock: 6373409201 (Acantilado) © Mike Mareen, 660315793 (Barco) © Iryna Bezkorovaina, 2041490048 (Estructura sobre peluche) © breakermaximus, 2333065081 (Suciedad sobre peluche) © xpixel/, 2574754267 (Casa) © Wolfgang Jargstorff, 2478125365 (Mar/Olas) © leolintang, 2301194091 (Estructura sobre título) © Simbert Brause, 2622344067 (Arañazos en título)

Stock.Adobe.com: AVADA FX/, 554246115 (Cielo) © Stephan

Revisión: Inca Vogt, Eva Trillo

Corrección: Ilka Bredemeier, Eva Trillo

Traductora: Eva Trillo Caramés

Composición tipográfica/Diseño interior: Inca Vogt

La obra y todos sus contenidos están protegidos por derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción total y parcial (impresión, fotocopia o cualquier otro procedimiento), así como el almacenaje, el procesamiento, la reproducción y la distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora. Se reservan todos los derechos de traducción.

A pesar de una revisión y corrección exhaustivas, pudo haberse pasado por alto algún error. Es por ello por lo que la autora agradece cualquier sugerencia al respecto. Queda excluida toda responsabilidad y se reservan todos los derechos.

Se excluye cualquier responsabilidad, todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia y no ha sido intencionada.

CONTENTS

Sobre La Autora
Sobre El Libro

Prólogo

1. Isla de Ons
   Rhea
2. London
   Becca
3. Isla de Ons
   Rhea
4. Manchester
   Jenn
5. Isla de Ons
   Rhea
6. London
   Becca
7. Isla de Ons
   Rhea
8. Monte Clérigo
   Jenny
9. Isla de Ons
   Rhea
10. London
    Becca
11. Isla de Ons
    Rhea
12. Monte Clérigo
    Jenny

13. Isla de Ons
    Rhea
14. London
    Becca
15. Isla de Ons
    Rhea
16. Monte Clérigo
    Jenny
17. Isla de Ons
    Rhea
18. London
    Becca
19. Aljezur
    Jenny
20. London
    Becca
21. Faro
    Jenny
22. Isla de Ons
    Rhea
23. Manchester
    Jenny
24. Isla de Ons
    Rhea
25. London
    Becca
26. Isla de Ons
    Rh
27. Isla de Ons
    Rhea
28. London
    Becc

29. Manchester
    Jenny
30. Isla de Ons
    Rhea
31. Isla de Ons
    Rhea
32. Isla de Ons
    Rhea
33. Isla de Ons
    Rhea
34. Isla de Ons
    Rhea
35. Isla de Ons
    Rhea

Agradecimientos

SOBRE LA AUTORA

La escritora de *thrillers* Daniela Arnold nació en 1974 y vive con su familia en la hermosa región de Baviera. Daniela Arnold estudió periodismo y trabajó durante mucho tiempo como escritora *free lance* para numerosas revistas de prestigio.

Es la autora de *Lügenkind* y *Scherbenbrut*, dos números 1 en las listas *Kindle* y *Bild*.

Con su *thriller El silencio de los pecadores* llegó a ser finalista en los *Kindle Storyteller Award* de 2020.

La rescatada es el *thriller* número 54 de esta autora de superventas.



SOBRE EL LIBRO

Una isla en la costa gallega azotada por las tempestades.
Una joven a punto de ahogarse.
Un desconocido que la salva de la fuerza de la marea y la acoge en su casa.

¡Lo que comienza como un rescate
pronto pasa a ser una trampa mortal!

Para Rhea la pesadilla se convierte en realidad cuando su barco se estrella contra las rocas y es lanzada por la borda. Lucha desesperadamente en medio de las olas rugientes, pero el océano es más fuerte. La arrastra a las profundidades.
Resulta casi un milagro que un desconocido lo arriesgue todo para llevarla herida y exhausta a tierra.
Sin embargo, lo que al principio parece un rescate *in extremis* pronto se convierte en una lucha ardua por sobrevivir.

PARA TIM

PRÓLOGO

Cuando estaba absorta en uno de sus *thrillers*, no se enteraba de nada de lo que ocurría a su alrededor, pero aquel chasquido en medio del silencio nocturno la sobresaltó. ¿Venía de fuera o de dentro de la casa? Alarmada, dejó la novela a un lado. Su contenido bien podía afectar a alguien…

No se fio. Se levantó del sofá, se acercó a la ventana, oteó los alrededores, pero estaba tan oscuro que no pudo distinguir nada en absoluto.

A punto de apartarse ya más tranquila de la ventana, notó un hormigueo desagradable en la piel. Era casi como si alguien la estuviera observando desde fuera.

¡Bobadas! Tus nervios te están jugando una mala pasada. Las miradas no se notan.

Se rio de sí misma, pero incluso esa risa le resultó inquietante. ¿Tenía los nervios tan a flor de piel como para que un simple chasquido pudiera alterarla de tal manera?

Mejor te iría leyendo novelas románticas… se regañó en broma.

Historias aterradoras sobre un loco que acechaba a mujeres solteras en sus propias casas, que se escondía bajo sus camas a esperarlas y luego las atacaba nada más apagaban la luz parece que no eran lo más apropiado para ella.

Regresó al sofá, se sentó, clavó la vista en el libro, lo apartó. Ya no le apetecían más emociones fuertes. Cogió, sin embargo, la copa

de vino, tomó el último trago que quedaba y se dirigió a la cocina. Allí dejó la copa en el lavavajillas. Al hacerlo se sorprendió a sí misma echando un vistazo atrás para comprobar que nadie la estuviera siguiendo.

Obviamente no había nadie.

¡Mira que eres miedica!

Y aun así…

Para asegurarse sería mejor mirar fuera y comprobar que efectivamente no había nadie al acecho.

¿Y luego? La voz en su cabeza soltó una risa estridente. *Imagina que sí hay alguien ahí fuera que te la tiene jurada, ¿qué haces? ¿Gritarle «¡Pírate!»? ¿Despacharlo con una patada en el culo?*

—¡Bobadas! Ahí no hay nadie —murmulló y maldijo a su escritor favorito. Una vez más había logrado asustarla de tal manera con su intensa fantasía, que los nervios le estaban jugando una mala pasada.

Sin embargo, si era consciente de eso, ¿a qué se debían estos escalofríos?

¡Basta!, se ordenó a sí misma.

Con gesto decidido cuadró los hombros, se obligó a pensar en otra cosa que no fueran ni el libro ni el chasquido.

Tal vez debería refugiarse en cama y dormir.

¡Mala idea!

Con lo alterada que estaba, jamás lograría dormirse.

Mejor sería darse una ducha caliente. Apagó las luces de la planta baja, se dirigió arriba.

Una vez en el cuarto de baño, se quitó la ropa, fue hacia la ducha. Al fijarse en su reflejo en el espejo, se sintió algo abatida. Estaba sola y, sin embargo, era como si fuera otra persona quien le devolvía la mirada desde el espejo.

Debía de ser la desnudez la que la volvía tan frágil e indefensa.

Por un momento sopesó si despertar a su marido para que este inspeccionara la casa y comprobara que también fuera estuviera todo en orden.

Pero ¿qué iba a pensar de ella?

Desechó la idea rápidamente. Se burlaría de ella y, aparte de eso, no sería justo despertarlo y privarlo de su más que merecido descanso. Y solo porque la lectura de un libro la había convertido en un manojo paranoico de nervios.

Abrió el grifo, reguló el agua para que saliera muy caliente, lo justo para no quemarse, se colocó debajo del chorro. El agua caliente la alivió al instante, le relajó los músculos agarrotados. Resopló aliviada, notando cómo se iba desprendiendo el miedo.

Allí fuera no había nadie. ¡Claro que no! ¿Por qué iba a venir un extraño a merodear por aquí? Aquí no había nada de interés.

Se aplicó champú en la melena tarareando a la vez su canción favorita del momento, cuando oyó un chirrido. Se calló de golpe.

Limpió con la mano el cristal translúcido de la cabina de la ducha, pero la condensación volvió a empañarlo de inmediato.

—¿Cariño? —preguntó con voz no muy fuerte, colocó la cabeza debajo del chorro para quitarse rápidamente la espuma.

—¡Cariño! —llamó de nuevo a su marido. Esta vez con más fuerza—. Perdona que te despierte, pero…

Se detuvo en mitad de la frase, con el corazón en vilo, esperó a oír una respuesta.

Pero no obtuvo ninguna.

Sin embargo, él tenía que haberla oído.

Volvió a pasar la mano por el cristal, reconoció la silueta de su marido. ¡Por fin!

—¡Oye! —le gritó—. ¿Te apetece hacerme compañía?

Todavía nada.

Se detuvo perpleja. ¿Por qué demonios no soltaba su marido ni un maldito pío?

Cerró el agua. Soltó un suspiro de fastidio al darse cuenta de que no había cogido una toalla.

—¿Puedes pasarme la toalla de colorines?

Esperó, agarró la punta de la toalla que asomó por encima de la mampara, se envolvió en ella. Luego retorció el pelo para eliminar el exceso de agua y abrió la puerta de la cabina.

A punto de salir, de su garganta se soltó un grito que más pareció graznido. Por milésimas de segundo sus ojos se habían

percatado del peligro antes que su mente.

—¡Sorpresa!

Tenía ante sí a un desconocido que la estaba mirando con una sonrisa diabólica.

Consternada dio un paso atrás, se tambaleó, resbaló en el suelo mojado, cayó de espaldas hacia atrás.

Se le escapó un gemido de dolor.

Quiso gritar, pero el desconocido le tapó la boca con la mano.

—¡Ni pío, maldita puta! Un solo sonido y lo lamentarás muchísimo. ¿Entendido?

Ella parpadeó repetidas veces, trató de asentir con la cabeza a pesar del agarre firme.

En su cabeza todo le daba vueltas. No supo si por el dolor de la caída o por el *shock*.

¡Haz algo!, le apremió la voz en su cabeza.

¡Aléjalo a base de patadas, grita lo más fuerte que puedas y luego huye!

Preparando la pierna derecha para atacarle, el desconocido negó lentamente con la cabeza.

—Yo que tú no lo haría —le espetó amenazadoramente.

Se oyó un estruendo fuera, luego pasos en el pasillo acercándose.

Son dos, le pasó por la cabeza.

De repente, un dolor muy fuerte.

Desde la cabeza hasta la punta de los pies.

Un último vistazo a los ojos del desconocido. Este la miraba con gesto sombrío.

—¡Hoy es día de pago, puta! —le susurró.

UNO

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Hacía frío. ¡Mucho frío!

Le dolía tanto la cabeza que incluso tenía ganas de vomitar. A pesar de ello, logró, de alguna manera, abrir los ojos. Sin embargo, volvió a cerrarlos cuando una ola monstruosa se rompió sobre ella y la envolvió. Llevada por la desesperación agitó las piernas, remó con los brazos para volver a subir a la superficie. Abrió la boca de manera automática al quedarse sin oxígeno, notó el agua salada entrando en su boca y garganta. Los pulmones le ardían, codiciando aire.

Por fin la presión cedió.

Fue el instinto de supervivencia el que la obligó a respirar. Cuando fue agua en vez de oxígeno lo que inundó sus vías respiratorias, se desgarró por dentro.

Al fin su cabeza atravesó la superficie del agua, jadeó desesperadamente. Pero no funcionó. Sus vías respiratorias seguían llenas de agua salada.

El segundo intento se vio impedido por otra ola que rompió sobre ella. No tan enorme como la anterior, pero, aun así, volvió a tragar agua salada. Un ataque fuerte de tos agitó su cuerpo. Un torrente de agua de mar le salió por la boca.

Jadeó, cogió aire.

Pero el mar aún no estaba dispuesto a liberarla. Se acercó otra ola, rompió sobre ella.

Luchó, agitó las piernas, remó con los brazos y logró alcanzar la superficie antes de quedar sin aire.

Sacudió los brazos en el aire, gritó con todas sus fuerzas para pedir ayuda.

Entonces vio algo.

¡Un barco, justo frente a ella!

No se lo podía creer.

Pero ahí estaba. No se trataba de ninguna ilusión óptica.

Parpadeó, se concentró. El barco estaba a tan solo unos veinte metros. Podía hacerlo. Reunió las últimas fuerzas que le quedaban, nadó hacia él, se agarró a la madera antes de ser golpeada por otra ola más.

Aguantó la respiración mientras trataba de aferrarse a la madera, auparse y sobrepasar la borda.

¡Joder! ¡Tenía que conseguirlo! ¡Tenía que llegar a bordo!

Intentó auparse.

El barco se mecía como loco sobre las crestas de las olas. Cada vez que se agarraba lo suficientemente alto, la machacaba una ola y la separaba con violencia.

Sintió un tirón, junto con el barco, chocó con algo. Gritó al rasgarse la piel en los bordes afilados de las rocas. Soltó el barco, que había envarado en el fondo rocoso.

La siguiente ola la arrastró consigo, la lanzó contra un objeto duro.

Otra roca.

Algo crujió y chirrió, le recordó el sonido de huesos rompiéndose, un ruido que viendo una película de terror le habría proporcionado una sensación maravillosamente espeluznante.

Pero esto no era Hollywood, esto era real. Una realidad letal.

Entonces ¿por qué no dolía?

¿Por qué no sentía nada?

Con algo de retardo se percató de que no se había roto ningún hueso. Solo se había visto afectado el barco.

¿Solo?

El barco había sido su único salvavidas.

Llegó la siguiente ola, la lanzó de cabezas contra un saliente agudo en la roca. Las fuerzas le fallaron, se mareó.

¡Aléjate de las rocas!

Su voz interior gritaba. Su instinto de supervivencia tomó el mando, la avisó: *¡Si te quedas aquí, la siguiente ola te machacará!*

El pánico la hizo mirar alrededor, descubrió una tabla flotando a su lado. Se mecía en la superficie y parecía pertenecer al barco destrozado.

Empujó con el pie contra la roca para alejarse de ella, nadó hacia la tabla, la agarró, empezó a agitar las piernas como poseída.

De nuevo una ola. La golpeó con tanta fuerza que la lanzó varios metros hacia atrás.

No contra las rocas, pero sí lejos de la tabla. Tenía que volver a alcanzarla, como fuera.

Aquella estúpida tabla era su única esperanza de no hundirse. Fue lo último que pensó con cierta claridad antes de que, de un momento a otro, notara calor a pesar de los quince grados del agua.

El entorno se nubló ante sus ojos.

Dejó de ver, de oír, dejó incluso de sentir la fuerza de las olas que seguían rompiendo sobre ella a intervalos regulares.

No fue hasta que se percató de la oscuridad que comprendió que estaba a punto de ahogarse. El agua tiraba lentamente de ella, atrayéndola a las profundidades.

¿Por qué no? ¿Por qué no te rindes ya?

El mero hecho de pensar en ello ya transmitía consuelo. Tenía que ser liberador dejar de luchar, hundirse ingrávida en las aguas del océano.

Así era como de niña se imaginaba sería viajar por el espacio. Un poco como volar, sin el miedo aterrador a estrellarse. Ya solo restaba aquel pesar silencioso que asomaba por el borde de su conciencia.

Se ahogaría en el agua helada del Atlántico. Moriría completamente sola.

DOS
LONDON

2014

BECCA

—¡Estás loco! —Confundida clavó los ojos en la cajita que le había entregado su marido—. ¡Esto ha tenido que costarte un ojo de la cara!

—Hoy es nuestro segundo aniversario de boda, cariño. Y he querido regalarte algo muy especial.

Becca sacó con cuidado uno de los pendientes, lo contempló.

—¡No me digas que es una taafeíta!

Arden sonrió.

—Sé que los diamantes no te gustan, pero quería regalarle algo muy especial a mi mujer. Algo tan único y valioso como ella.

Becca alzó los ojos hacia Arden, sonrió avergonzada.

—Son preciosos, cariño, pero ahora, en comparación, el regalo que tengo para ti me parece una broma de mal gusto.

Tragó, volvió a dejar el pendiente en su cajita, sacó del bolso un paquete alargado, se lo tendió.

—Esto es para ti.

Arden lo cogió, sonrió.

—¿Es lo que me imagino?

Ella se encogió de hombros, sonrió.

—Compruébalo.

Observó nerviosa cómo Arden se afanaba con el paquete y lo desenvolvía con poca maña. Estaba un tanto orgullosa de haber conseguido una primera edición firmada de The Shining, el libro y autor favoritos de Arden. Se rio al ver su cara de sorpresa.

—¿De dónde lo has sacado? —Arden la miró, sacudió la cabeza sin poder dar crédito—. Este libro en mal estado ya pasa con creces de las 4 000 libras. ¡Y este está prácticamente nuevo!

—No he pagado ni una sola libra. Ni siquiera un penique.

Él alzó las cejas.

—¿Lo has robado?

Becca se rio.

—Tonto —lo reprendió cariñosamente—. Claro que no. Pero alguien me debía un favor, uno gordo, y ese alguien tiene varios Kings firmados en casa. Este ejemplar es el único con una dedicatoria en la que no aparecía su nombre. Por eso me lo dio.

—¿Conozco a ese alguien?

Becca negó con la cabeza.

—Y tampoco es alguien que te caería bien. Es uno de mis escritores. Vive en Estados Unidos y es bastante famoso. Su nieto de dieciséis años escribió un libro que nadie en los Estados Unidos quería publicar por tratar un tema complicado. Así que me escribió y me preguntó si podía echarle un cable con la obra de su nieto.

—¡No me digas que conseguiste publicarle el libro aquí en Inglaterra como primera publicación!

—No solo eso. Además, ayudé al chico a hacerlo comerciable. Era una temática complicada porque no encaja en ningún género establecido. Así que le aconsejé al joven autor que resaltara la parte de thriller de la novela. Y valió la pena.

—¿Entonces estamos hablando de un autor de súper ventas en ciernes, de tan solo dieciséis años?

—Bueno, ahora ya de diecisiete. Y sí… es realmente bueno. Para ser sincera, escribe muchísimo mejor que su abuelo. Su manera de escribir es casi literaria y no tan sensacionalista.

—¿Y el abuelo lo sabe?

—Dios me libre de decírselo.

Arden soltó una carcajada, la observó con curiosidad.

—¿Y cómo consiguieron esos dos primeras ediciones de Stephen King?

—El abuelo del chico fue alumno de King. Supongo que sabrás que tu héroe impartía clases de escritura creativa en la universidad.

—¿Y así fue como se agenció varias primeras ediciones de King?

—Sí. Además, que ahora sea tan famoso se lo debe a King. Se ve que King vio algo en él y lo promocionó. De hecho, se hicieron muy buenos amigos.

—¿Entonces el abuelo ese es tan famoso como el propio King?

—¡Qué va! Ni de lejos —respondió Becca—. Pero tiene lectores fieles que devoran cada libro que saca y que se encargan de que su editorial le pague adelantos bastante sustanciosos. No tanto como los de King, pero suficientes como para que en la actualidad sea un hombre bastante rico. Parece ser que, gracias a la intervención de King, dentro de poco van a sacar la versión cinematográfica de algunas de sus novelas.

—¿Así que estabas al tanto de su amistad con mi autor favorito y le has pedido que te cediera una de sus primeras ediciones?

—Hace tiempo le comenté que mi esposo era fan incondicional de Stephen King y después de haberle ayudado con su nieto, un día, en mi apartado de la oficina apareció el paquete.

Ella observó cómo Arden abría con cuidado, casi con devoción, el libro, introducía la nariz entre las páginas, inspiraba el olor. Finalmente la miró.

—¡No podrías haberme regalado nada mejor!

Becca sonrió.

—Bien mirado, ni siquiera es mi regalo, sino el de John. Fue él quien me lo regaló a mí y yo después a ti.

—Aun así, no será John a quien luego en casa se lo vaya a agradecer de manera muy especial. —Le guiñó un ojo socarronamente, llamó al camarero con un gesto de la mano y le pidió la cuenta.

Solos de nuevo, Becca soltó una risita tonta.

—Parece que tienes prisa en volver a casa.

Arden tenía el rostro iluminado.

—No te imaginas cuánta. Tengo que buscarle un sitio muy especial a este tesoro y dedicarme luego a mi otro tesoro.

—¿Has oído eso? —preguntó Becca cuando recorrían el callejón oscuro que llevaba al parking donde habían conseguido una de las últimas plazas que quedaban libres. Para los conductores, Londres era una pesadilla, pero lo peor era lo horrible que estaba el tema aparcamientos en la ciudad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Arden y miró confundido hacia atrás.

—Disimila un poco —lo amonestó Becca—. Hay alguien que nos viene siguiendo desde hace un buen rato.

—Venga ya, cariño. En Londres siempre se lleva a alguien detrás. La ciudad está hasta los topes.

—Pero estas pisadas en concreto coinciden con las nuestras. Cuando nosotros aminoramos, la persona aminora. Cuando nosotros aceleramos, el otro también acelera.

Arden volvió a mirar atrás.

—¡Que no! —siseó ella tratando de mantener la calma—. Quienquiera que sea mejor que no se entere de que nos hemos dado cuenta de su presencia. Si se trata de un loco, podría desencadenar en él una reacción precipitada.

Arden resopló.

—Cariño, exageras. Confía en mí. Quienquiera que llevemos detrás, quiere, igual que nosotros, llegar a casa cuanto antes.

Becca respiró aliviada cuando giraron hacia la derecha para meterse en otro callejón estrecho y vieron por fin el letrero luminoso frente a la entrada al parking.

De repente se quedó de piedra.

—¡Los pasos se están haciendo más rápidos, cariño! Suena casi como si…

Y entonces sucedió…

Arden soltó un grito, cayó hacia delante, dando con la cara en el suelo, emitió otro grito de dolor.

Becca quiso socorrer a su marido, pero el atacante – un tipo de estatura media y fornido – la agarró de los hombros, la apartó con tanto ímpetu hacia un lado que chocó con la fachada ruinosa del edificio de al lado. El dolor la dejó aturdida durante un instante.

—¿Qué quiere de nosotros? —gritó soltando un gallo cuando se hubo recuperado algo. Pero el atacante no le hizo ni caso, seguía soltando puñetazos en la cara de Arden.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó Becca lo más fuerte que pudo, aunque sabía que en este rincón de Londres no acudiría nadie a auxiliarlos.

Se maldijo mentalmente por haber escogido precisamente este local para celebrar el aniversario y no uno de los locales pijos del centro.

El siguiente golpe que recibió su marido ocasionó un crujido que pareció atravesar a Becca. Con el valor que le dio la desesperación se apartó de la pared, se abalanzó sobre el hombre, se agarró a su torso y trató de apartarlo de Arden.

No sirvió de nada.

El cuerpo del atacante parecía consistir única y exclusivamente de tendones y masa muscular. Bastó con que tensara la espalda un momento para apartarla como a un insecto molesto.

Becca rompió a llorar.

—¿Quiere nuestro dinero? Para eso no hace falta que nos haga daño. Por favor. Lléveselo todo. Tengo… tengo joyas. Si las vende, seguro que le darán un montón de pasta por ellas. Pero, por favor, ¡deje en paz a mi marido!

El atacante no le hizo ni el más mínimo caso, siguió atacando como un loco a Arden, el cual ya ni gimoteaba. El tipo se incorporó por fin, clavó la mirada en el fardo inerte a sus pies. Becca deseó de todo corazón que efectivamente se hubiera acabado. Tragó, quiso lanzarse hacia Arden cuando aquel individuo empezó a dar varias patadas seguidas en el torso y la cabeza de su marido.

Luego se giró hacia ella, le lanzó una mirada intensa a través de su pasamontañas.

Durante varios segundos.

De repente se dio cuenta de que la mirada de aquel hombre no era una mirada gélida como le había parecido al principio. Albergaba algo más.

¡Lástima!

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—¡El cabrón este tuvo suerte de no estar solo! —soltó el atacante con dureza.

Luego soltó un suspiro casi conciliador que no concordaba para nada con aquel ataque brutal.

—¡Deberías mandar a este malnacido a tomar viento antes de que sea demasiado tarde! Te convendría de verdad.

TRES
ISLA DE ONS

2024

RHEA

Algo estaba tirando de ella, arrancándola brutalmente de su desvanecimiento.

Parpadeó, notó que tiraban con fuerza de ella, que alguien le soltaba la mano para acto seguido agarrarla bajo las axilas y llevársela consigo.

Cuando su cabeza volvió por fin a atravesar la superficie del agua, abrió la boca, ansiosa por coger aire, pero en vez de eso su cuerpo se vio sacudido por un ataque de tos tan fuerte que tuvo la sensación de que el pecho se le iba a desgarrar.

Jadeó, tuvo arcadas y por fin vomitó, notó un golpe en la espalda. Parpadeó, volvió a coger aire, pero seguía sin funcionar. A punto de rendirse una vez más a la oscuridad amenazante, notó una fuerte presión en el pecho. Era como si alguien quisiera romperle los huesos. Luego una corriente de aire en la nariz.

Quiso alzar los brazos, defenderse ante los golpes renovados contra su pecho, pero no fue capaz ni de abrir los ojos.

—¡No tan fuerte!

Oyó una voz chillona de mujer que casi desaparecía entre los rugidos del temporal.

—¡No respira! ¡Tengo que hacer algo! ¿O quieres que se nos muera aquí mismo? Mírale la cara: la tiene azul.

Una voz masculina.

Igual de histérica y nerviosa que la de la mujer. Sonaba enfadado, furioso.

Más presión en el pecho. Un chorro de agua salió disparado del pulmón hacia la boca. En un gesto instintivo ladeó la cabeza, vomitó, tosió.

Luego una respiración tímida que la hizo toser más, pero consiguió inhalar por fin un poco de oxígeno.

Le ardía la garganta, el pecho le dolía.

Pero estaba viva.

Al menos de momento.

Notó un apretón suave en la mano, quiso devolverlo, pero volvió a envolverla la oscuridad. Antes de tomar otra bocanada de aire, todo a su alrededor volvió a convertirse en negrura.

No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero cuando volvió en sí, lo primero que sintió fue un frío implacable que parecía haberse apoderado de cada fibra de su cuerpo. Tiritaba y temblaba.

—Tenemos que llevarla arriba cuanto antes. —La voz de la mujer —. Aun va a morir congelada.

—Es por el shock —explicó el hombre—. Seguimos a diecinueve grados. Ningún humano muere de hipotermia a esta temperatura.

—Pero ¡el agua del Atlántico apenas llega a los quince!

Notó una presión suave en el hombro, luego una sacudida.

—¿Puede oírnos?

Con mucho esfuerzo logró abrir los párpados, se encontró con dos rostros. La mujer parecía asustada, el hombre preocupado y de algún modo receloso.

—Escuche, vamos a meterla en casa. Tiene que ponerse ropa seca y descansar. Casi se ahoga. Conseguí agarrarla de la mano en el último momento. Unos pocos metros más abajo y no habría podido hacer nada por usted.

Se concentró para abrir la boca.

—Gracias —fue lo único que consiguió emitir.

Su voz era débil y ronca, apenas perceptible.

Tragó, volvió a toser, trató de incorporarse, pero fue inútil. Sus músculos no eran más que una goma dura.

—Tranquila, tómese su tiempo —le aconsejó el hombre—. Su cuerpo necesita tiempo para recuperarse del esfuerzo.

Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Sabe…? Quiero decir… —Se interrumpió, cogió aire, pero con cada respiración parecían estar clavándole un cuchillo—. Yo… no sé… qué ha pasado.

El hombre se encogió, giró la cabeza hacia su mujer. La pareja se estuvo mirando en silencio durante un rato, luego la miraron los dos al mismo tiempo.

—¿Qué quiere decir?

Ella empezó a llorar.

—No tengo ni idea de cómo he llegado aquí y por qué ha tenido usted

El hombre la estudió sin decir nada.

—¿Me oyeron gritar?

La mujer parecía estar luchando consigo misma, miró al marido con gesto inseguro.

—¿Cómo se llama? —preguntó este, haciendo caso omiso de la pregunta de ella.

Ella abrió la boca, quiso decir algo, pero en su cabeza solo había un vacío. Vacío y dolor espantosos.

—No lo sé —soltó desesperada.

Cerró los ojos, se concentró.

—No tengo ni idea —añadió.

—¿No sabe quién es?

—¡No! ¡No lo sé!

—¿Qué es lo que recuerda?

—El agua, las olas. Ya no me quedaban fuerzas para mantenerme en la superficie.

—Estaba usted en un barco —le explicó el hombre—. El temporal que se levantó lo lanzó contra las rocas, eso lo destrozó y lo hizo

zozobrar. Las olas han tenido que golpearla una y otra vez contra las rocas hasta que acabó hundiéndose.

—¿Entonces me vieron?

El hombre asintió con la cabeza.

—Al principio solo el barco. Pensé que era de uno de los habitantes de la isla y que no lo había amarrado bien. Jamás en la vida se me hubiese ocurrido que allí hubiera alguien luchando por su vida.

—Fui yo la que la oyó gritar —intervino la mujer—. Al principio de manera muy débil. Casi creí que eran imaginaciones mías, pero luego vi cómo estaba intentando auparse para volver a meterse en el barco.

—Entonces me han salvado la vida —replicó en voz baja, miró a la pareja—. Gracias.

La mujer asintió, pero el hombre no hizo caso.

—Tiene que intentar recordar quién es usted —le explicó.

—Poco antes de recuperar la conciencia del todo, me pareció oírla decir algo como Rhea —dijo la esposa. Ahora había recelo también en la voz de ella, casi como si estuviera atenta y al acecho —. ¿Es un nombre? ¿Tal vez el suyo?

—¿Rhea? —soltó ella—. ¿Eso dije?

Los dos asintieron mudos.

El sonido de ese nombre no sonaba mal, pero tampoco desencadenaba ningún torrente de recuerdos.

—Por cierto, ¿dónde estoy? —preguntó y sonó igual de frustrada como se sentía.

—En la isla de Ons, en Galicia.

Ella frunció el ceño.

—Eso no me dice nada de nada —admitió por fin.

Los dos volvieron a intercambiar una mirada de preocupación.

—Tenemos que meterla en casa antes de que arrecie el temporal. ¿Se ve capaz de levantarse?

Ella se armó de fuerzas, encogió las piernas, clavó los codos en el suelo, incorporó un poco el torso, soltó un gemido cuando un dolor agudo la recorrió desde la cabeza hasta los pies pasando por la columna vertebral.

—Creo que necesito un médico —balbuceó y trató de no gritar de dolor.

El hombre la miró preocupado, aunque no dijo nada.

—Lo siento, querida —se lamentó su esposa—. Por culpa del temporal se ha cortado todo el tráfico marítimo. Aquí en la isla solo estamos nosotros y unas cuantas familias que viven desde hace muchas generaciones de la pesca. Y por esta época la mayoría de los turistas ya se ha ido. Para traer a un médico o evacuarla de la isla, tendremos que esperar a que se haya calmado el temporal. Hasta entonces, nosotros tres tendremos que arreglárnoslas solos.

CUATRO

MANCHESTER

2017

JENN

¿Cuánto tiempo llevaba allí plantada delante del espejo del lavabo? Un buen rato ya. Al oír los silbidos y pitidos de la habitación de al lado, se asustó.

Debía de ser el tren eléctrico dando sus vueltas ruidosas, manejado por su pequeño y vivaz diablillo. Aunque lo quería de todo corazón, a veces acababa con su paciencia y, en aquel momento, la perspectiva de la primera taza de café que le hubiera gustado poder disfrutar en paz se esfumó.

Jenny agarró el cepillo de dientes, se los cepilló demasiado deprisa, a continuación, se lavó la cara con agua helada.

—Nada, no sirve de nada —murmuró tras otro vistazo al espejo y haciendo una mueca—. Acabas de cumplir los treinta y dos y ya pareces tu abuela.

Cogió el maquillaje para aplicarse al menos una capa de color y tener un aspecto decente para el día, pero cambió de opinión. En vez de aplicar una base de maquillaje y polvos translúcidos, agarró la barra de labios, pintó en el espejo un emoticono con la boca caída.

Estudió su obra soltando un suspiro, cuando de repente cesaron los pitidos y silbidos.

En vez de eso lo que oyó fue:

—¡Mamá! —Un llanto quejoso.

Se asustó.

¡Lucas! A su peque le pasaba algo.

Fue corriendo a la habitación de al lado, vio a su hijo sentado en el suelo con la locomotora en la mano y los labios apretados formando una raya de furia.

—¡Se ha roto! —se quejó el niño y machacó el juguete contra el suelo.

—Pero si hace un rato funcionaba —respondió ella tratando de no sonar demasiado irritada. Se acuclilló junto a su hijo, cogió la locomotora, lo miró—. He oído correr el tren.

—Pero no hace más que salirse de las vías.

—Un momento, eso lo arreglamos en un periquete —contestó Jenny y comprobó el paisaje del tren extendido por todo el suelo. Descubrió que dos vías justo antes de la primera curva no estaban bien encajadas. Le sonrió a Lucas—. Aquí está la avería. —Juntó bien las vías, cogió la locomotora, la enganchó al vagón—. Prueba otra vez.

Lucas no disimuló su escepticismo, pero hizo lo que le pidió.

Al ver que la locomotora arrancaba y daba la primera vuelta sin mayor problema, sonrió satisfecho.

—¿Todo en orden? —preguntó Jenny, pero Lucas ya no le hizo el más mínimo caso, sino que siguió jugando concentrado en el tren.

Ella respiró aliviada, se levantó y le acarició el cabello. Luego se dirigió al piso de abajo.

Ya en la cocina, puso en marcha la cafetera, se preparó un café y se sentó a la mesa. Cogió el móvil, comprobó la agenda para hoy y soltó un suspiro de alivio. Hoy nada de citas. Así que tiempo de sobra para hacer las maletas de Lucas y la suya para el viaje inminente. Tres semanas de vacaciones en Monte Clérigo en Portugal, en el precioso Algarve. Llevaba días emocionada con aquel viaje de descanso.

La casa era propiedad de los padres de Bobby y se la cedían todos los años durante tres semanas. El resto del año la alquilaban como objeto de lujo a un precio desorbitado a familias pudientes o la disfrutaban ellos mismos.

La casa, que más bien era una villa, contaba prácticamente con todas las comodidades que pudieran desearse para las vacaciones anuales. Quedaba algo apartada de la aldea, pero gracias a su ubicación en una colina, casi todas las estancias tenían unas vistas maravillosas al mar.

En la terraza de la propiedad había una piscina con chorros y efecto contracorriente. Los padres de Bobby habían instalado una sauna de luz roja y una ducha aromatizada.

Se podía decir que los padres de Bobby tenían eso que se llama una situación acomodada. El padre, abogado, la madre, secretaria. Invertían el dinero en lo que más lucrativo fuera y soñaban con pasar la jubilación en el extranjero. No en Portugal, sino en Canadá, donde acababan de adquirir otra villa de lujo: una villa en la isla de Cabo Bretón, con unas vistas impresionantes sobre el Atlántico, alejados de toda la mierda de aquí, como no se cansaba de mencionar el padre de Bobby en cada reunión familiar.

Jenny era consciente de que la vida junto a Bobby no era una vida mala.

Cierto, su marido era un loco del control y a veces se irritaba y reaccionaba de manera irascible, pero ella lo achacaba a su trabajo de policía, que le exigía mucho. A parte de eso, era un esposo y padre cariñoso y atento, para el que no había nada más importante que la familia.

Una familia funcional y unida…

Y ahí estaba el problema.

Cuando todavía eran solo Bobby y ella, habían sido la pareja perfecta. Él le había demostrado desde el principio que arriesgaría su vida por ella, que haría lo que fuera por la tranquilidad mental de ella, aun cuando ella no se lo hubiera pedido.

Tragó.

Su marido siempre era sincero, no le ocultaba nada, era como un libro abierto. El problema residía única y exclusivamente en ella. Su silencio y las mentiras consecuentes ponían en peligro todo aquello que tan importante era para él, además de la base fundamental de su matrimonio.

¿Cuánto tiempo seguiría siendo así?

Bobby no sabía ni por asomo todo sobre ella y su pasado – mejor así. Pero cada vez le costaba más mantener la fachada de esposa y madre feliz.

Se sobresaltó al oír la risa cristalina de Lucas arriba en su habitación.

En vez de alegrarse con aquel sonido, no sintió absolutamente nada. No sentía esa felicidad más pura de la que tanto hablaban sus amigas cuando se trataba de los hijos.

No era que no quisiera a su hijo, porque lo quería, de todo corazón, pero, al contrario que Bobby, no conseguía exteriorizar ese amor.

Esto provocaba un distanciamiento notable entre ella y su hijo que incluso desconcertaba a los de fuera.

Por ejemplo, a Lucas no le gustaba que ella lo cogiera en brazos, rechazaba cualquier intento de mimos por su parte. La fijación del niño era su padre, tanto que ella, en su papel de madre, se sentía una mera figuranta más. Obviamente no era culpa del niño, sino suya. Desde el día de su nacimiento poco había hecho para afianzar ese vínculo natural entre madre e hijo.

Al principio decían que era depresión postparto, pero ahora, casi tres años y medio después, eso ya no servía como excusa. Lucas, Bobby y todo su entorno parecían haber aceptado que simplemente no había nacido para ser una buena madre.

Y, sin embargo, justo eso era lo que más deseaba en el mundo…

Quería estar ahí para Lucas, demostrarle lo que sentía, jugar con él, consolarlo cuando estuviera triste, reírse con él cuando estuviera feliz. Pero no lograba derrumbar ese muro invisible en su interior.

Sabía que era el miedo el que se lo impedía.

O puede que fuera pánico.

Temor por volver a fracasar, como ya lo había hecho hacía tantos años.

—Oye, ¿te has vuelto loca?

Aquel grito sacó a Jenny de su estado de duermevela. Aturdida se incorporó de golpe en el sofá, miró alrededor, vio a Bobby mirándola con un rostro desfigurado por la rabia. No fue hasta haber parpadeado que se percató de que llevaba a Lucas en el brazo y que lo apretaba fuertemente contra su pecho. El niño gritaba y lloraba desesperadamente.

Cuando vio que al niño le sangraba el labio, se levantó de golpe, pero un mareo la obligó a agarrarse al borde de la mesa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz débil, dejando bien claro que seguía completamente aturdida.

—¡Nuestro hijo, que estaba solo en la cocina, se ha caído de la silla mientras tú estabas tirada aquí sobando!

—Pero si yo…

—Mejor cállate y mira la que has liado. El pequeño ha estado intentando despertarte porque quería una galleta. ¿Y qué haces tú? ¡Ni siquiera te enteras de que sube a los muebles!

—Tenía jaqueca —dijo ella.

—¡Déjate de mierdas! —gritó Bobby, observándola con cara de asco—. Estás borracha como una cuba y por eso has descuidado tus obligaciones con el niño.

—Me he tomado una sola copa de vino —se defendió Jenny.

La mirada de Bobby reflejaba que no le creía ni una sola palabra. Y llevaba razón. En verdad había tomado casi la botella entera sin haber ingerido nada sólido antes. Eso la había dejado k.o. –literalmente. Se había acostado y quedado traspuesta. Miró el reloj. Pasaba de las siete. ¡Hora de preparar la cena!

Al mediodía le había preparado un sándwich caliente a su hijo, lo había puesto delante del televisor para poder dormir tranquilamente una siesta, pero ¡de eso hacía más de cinco horas!

No quiso ni pensar en todo lo que pudo haber pasado.

Dio un paso controlado hacia Bobby, quiso cogerle a Lucas, pero el niño se agarró aún con más fuerza al cuello del padre y apartó la cara de manera demostrativa.

Una ola de rabia la recorrió de arriba abajo. No rabia contra su hijo y tampoco contra su marido, ¡claro que no! La rabia que

implosionaba en su pecho se dirigía única y exclusivamente contra ella misma.

—¡Necesitas ayuda!

Miró a Bobby, le sostuvo la mirada.

—¿Estás insinuando que soy alcohólica solo por tomar de vez en cuando una copa de vino? —Su voz sonó dura y, aunque sabía que Bobby tenía razón y ella no, no pudo evitarlo.

Pero esta vez él no se dejó engatusar ni aplacar, había hielo en su mirada.

—¡Sí, cariño, justo eso estoy insinuando! —Se calló, soltó un suspiro sentido—. Si lo de hoy fuera un desliz, no diría nada, pero ¿cuántas veces hemos mantenido esta misma conversación en los últimos meses? He perdido la cuenta, la verdad.

Ella guardó silencio. Además, ¿qué iba a decir? Era cierto.

Él carraspeó, cerró los ojos durante una milésima de segundo.

—Tú eliges: tan pronto regresemos de las vacaciones, o buscas una clínica donde tratarte o pido el divorcio y la custodia exclusiva de Lucas. Lo dicho, tú eliges.

CINCO
ISLA DE ONS

2024

RHEA

«... arreglárnoslas solos.»

Cuanto más repetía mentalmente las palabras de la mujer, más consciente era de lo desesperada que era su situación.

Isla de Ons…

No sabía dónde quedaba exactamente ni qué la había traído hasta aquí.

¡Sola!

Aunque… Un atisbo de duda empezó a germinar en su interior. ¿De verdad había llegado hasta este lugar sin nadie que la hubiera acompañado?

No lo recordaba. ¿Y cómo iba a hacerlo? Si ni siquiera sabía quién era. ¿Rhea? Vale, pero ¿quién era esa persona? ¿Quién era ella?

¿Dónde vivía, si es que no estaba dejándose salvar por unos desconocidos?

¿Tenía hijos?

¿Un marido?

¿Padres?

Un recuerdo centelleó en su cabeza. Muy tenue, como tras un muro de niebla espesa.

De repente estaba completamente segura de que ni padres ni hermanos jugaban un papel en su vida.

¿Estaba muerta su familia?

Echó la cabeza hacia atrás, se concentró, pero no sirvió de nada. La imagen que había surgido por un instante había desaparecido.

Gimió por lo bajo.

—¿Puedo pasar?

Su anfitriona, cuyo nombre desconocía, asomó la cabeza por la rendija de la puerta. Era una estancia diminuta, pero muy acogedora, y debía de hacer de habitación para los invitados. Estaba tumbada sobre un sofá cubierto con cojines mullidos y pieles. Miró a la mujer.

—Por supuesto. Es su casa. Son ustedes demasiado amables conmigo.

La mujer entró sonriendo, sosteniendo en el brazo una bandeja con una taza de té y unas galletas.

—Veo que le sirve la ropa —constató satisfecha la mujer.

Rhea asintió.

—Su marido vino antes a recoger mi ropa mojada y la … —Se detuvo consternada—. Olvidé mirar en los bolsillos. Puede que haya alguna pista que me ayude a recordar. Algo que explique lo que pasó, por qué estoy aquí.

La mujer negó con la cabeza lamentándose.

—Si así fuera, Mattis la hubiera encontrado. Siempre comprueba los bolsillos antes de poner la lavadora. Es una manía suya, muy sensata, porque yo soy un desastre. Ya he metido el móvil y no sé qué más en la lavadora.

Rhea suspiró.

—Tiene que darse tiempo —la consoló la mujer, dejó la bandeja en una mesa auxiliar junto al sofá y se sentó a su lado—. Por cierto, yo soy Ellin.

Rhea asintió.

—Y yo soy Rhea… aunque tampoco lo juraría.

Su voz sonó más dura de la intencionada.

—¿Cómo se siente? ¿Ha podido recuperarse algo? —Ellin la miró preocupada.

—Para serle sincera, no mucho. Me duele la cabeza, como si tuviese dentro un martillo neumático en marcha. En la espalda me da la impresión de tener algo roto y el pecho me duele cada vez que respiro.

—Se cayó usted por la borda y las olas no dejaban de arrollarla y aplastarla contra las rocas. Dadas las circunstancias es muy normal que le duela todo.

—El dolor puedo manejarlo —respondió Rhea—. Lo que me tiene muy asustada es el no recordar nada.

—No creo que haya sufrido una lesión cerebral grave o cualquier otra lesión de importancia —opinó Ellin—. Si así fuera, no estaríamos manteniendo esta conversación. No sería usted capaz de hablar. Y bajo ningún concepto hubiera podido llegar por su propio pie desde la playa

Ellin la observó pensativa durante un rato, bajó la mirada, como queriendo evitar la suya.

—¿Qué? —preguntó Rhea histérica—. Hay algo más, ¿verdad? ¡Algo que no quiere decirme!

Un suspiro.

—Existe algo que se conoce como fuga psicogénica. ¿Le dice eso algo?

—¿Debería?

Ellin se encogió de hombros.

—Se trata de una especie de estado de shock psíquico que se da tras un trauma – si no recuerdo mal.

—¿Es usted médica?

—Dios me libre, ¡no! No tengo nada que ver con la medicina. Lo que pasa es que miro mucho la tele, al menos cuando no nos falla internet, cosa que en la isla ocurre a veces.

—Esa fuga… ¿qué significa exactamente?

—Depende de cada caso. En el programa que vi describían varios casos. No me acuerdo muy bien, pero una de las personas colapsó. Durante mucho tiempo estuvo sin recordar nada, igual que usted ahora.

—Pero yo no colapsé, ¡yo casi me ahogo!

—Su cerebro estuvo un buen rato sin oxígeno cuando estaba usted bajo el agua. Cuando mi marido la sacó a tierra, usted ya no respiraba. Me imagino que eso bien podría haber sido el desencadenante.

—Muy tranquilizador no resulta —respondió Rhea—. No me malinterprete. Les estoy muy agradecida, pero no los conozco, estoy en casa ajena, con unos extraños, no puedo ir a ninguna parte porque la isla se encuentra aislada del continente a causa del temporal. De todos modos, aunque no fuera así, ahora mismo no sabría a dónde pertenezco, así que da igual lo que esté pasando ahí fuera. Estoy metida en la mierda, sí o sí.

—Seguro que alguien va a echarla en falta—contestó Ellin—. Y esa persona hará todo lo posible por encontrarla. Al menos yo lo haría.

Ellin se había levantado de golpe al decir esas últimas palabras, la miró alarmada.

Rhea abrió la boca, pero no supo qué decir.

—Eso espero —consiguió emitir con mucho esfuerzo.

Pero algo había cambiado en la actitud de Ellin.

¿Qué había pasado?

Si hacía nada Ellin había parecido amable y preocupada. ¿Y ahora? Sus ojos reflejaban recelo y casi… ¡temor!

SEIS

LONDON

2014

BECCA

—¿Señora Rowe?

—¿Sí? —Becca se giró hacia el médico que se dirigió a ella en el pasillo de urgencias. Llevaba una hora temiendo por la vida de su marido después de que ingresaran a este inconsciente y gravemente herido—. ¿Cómo se encuentra Arden? ¿Se ha despertado?

El médico asintió.

—Sí, pero sigue bajo los efectos de la sedación. La fractura del brazo izquierdo era complicada, pero logramos arreglarlo. Y sus cuatro costillas rotas van a darle la lata durante algún tiempo.

—¿Qué pasa con su cabeza? El agresor se la pateó de manera brutal.

—La resonancia no ha revelado nada anormal. Ningún daño cerebral ni coágulos. Las vértebras cervicales tampoco han sufrido daño.

—¿Han comprobado los pulmones? Con cuatro costillas rotas siempre puede pasar algo, ¿no?

—Sí, sin duda, pero su marido ha tenido mucha suerte. Las radiografías no muestran ninguna astilla que pudiera dañar el órgano. Son fracturas con trazos nítidos.

—Vale, ¿entonces se va a recuperar del todo? ¿No le va a quedar ninguna secuela?

—Bueno, lo dicho, al respirar, las costillas rotas van a seguir causándole molestias durante algún tiempo. Que mueva el torso lo menos posible y que no lo sobrecargue. Pero no se espera ningún daño permanente ni serio de las vías respiratorias.

—¿Y su cara?

—Bueno —el médico suspiró—, hemos hecho lo que hemos podido por el momento. La nariz está rota, pero no hay gran cosa que podamos hacer al respecto. Tiene que curar por sí sola. La mandíbula también está fisurada. Los colegas de cirugía maxilar han decidido que es mejor no operar, sino probar con una férula y un cableado de los dientes en el lado afectado. Es decir, en las próximas semanas su marido se verá algo limitado respecto a la ingesta de alimentos.

—¿O sea que tendrá que tomar alimentos líquidos?

—Sopas, natillas, purés, sí. Podrá tomar todo aquello que no tenga que masticar.

—¿Y cuándo puedo llevármelo a casa?

—Dentro de un par de días —explicó el médico—. Pero le llevará unas cuantas semanas más recuperarse del todo. Las fracturas tardarán en curarse. Tendrá que tomárselo con calma, va a necesitar ayuda para muchas cosas.

—Podré con ello —replicó Becca—. Puedo trabajar desde casa, no me El médico asintió, la miró, como si hubiera algo más que le preocupara.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Su marido ha tenido mucha suerte, en serio—explicó—. La cosa pudo haber acabado mucho peor.

A Becca se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Váyase a casa y duerma un poco.

—No sin haberlo visto antes.

El médico pareció tener sus dudas, sin embargo, acabó aceptando.

—Pero solo un par de minutos. Su marido necesita descanso absoluto. Los calmantes que le hemos tenido que administrar son muy fuertes. Prométame que será una visita muy breve y que luego se irá.

—Por supuesto. —Becca se levantó de la silla.

—Pues sígame.

Al entrar en la habitación y ver a su marido conectado a todos aquellos cables y máquinas, rompió a llorar. Le costó acercarse a su cama porque las piernas apenas le respondían.

Se esforzó por esbozar una sonrisa de ánimo, pero la sonrisa se le congeló al ver el rostro de Arden. Tenía mucho peor aspecto de lo que una película de terror jamás podría llegar a reflejar. Llevaba un vendaje grueso en el brazo y un corsé que le sujetaba las costillas rotas.

Y, aun así, Arden logró guiñarle un ojo y parecía intentar mover la boca, pero al instante soltó una especie de alarido.

—Tiene mucho dolor —le dijo ella al médico, que se había situado justo a su lado.

—Me cuesta creerlo —respondió este—. Le hemos administrado una dosis tan alta de analgésicos que como mucho notará cierta presión en la mandíbula, en la zona del cableado. Seguramente tenga una sensación desagradable.

Ella acarició de manera torpe la manta y trató de controlarse. A Arden no le serviría de nada que ella perdiera la compostura ahora.

La estaba mirando con sus ojos inyectados en sangre y que saltaban inquietamente de un lado a otro, como si quisiera decirle algo.

—No, no hagas ningún esfuerzo, cariño. Tienes que descansar —dijo ella con la voz rota, le acarició suavemente el hombro.

Arden era en sí un hombre de complexión delgada, pero musculosa. Sin embargo, en estos momentos parecía frágil como la porcelana.

Llamaron a la puerta. Entró una enfermera. Miró indecisa primero a Arden, luego a ella y finalmente al médico.

—La policía está aquí. ¡De nuevo! Quieren hablar con el señor Rowe. He intentado librarme de ellos, pero…

—¡Bajo ningún concepto! —estableció el médico categóricamente —. Dígales a esos policías que mi paciente no está en condiciones de ser interrogado. No puede hablar y necesita descanso.

—Van a preguntar cuándo podrán volver —objetó la enfermera.

—Como muy pronto dentro de un par de días. Dígales eso de mi parte. —Miró a Becca—. ¿Podría usted hablar con los agentes? Al fin y al cabo, también estaba presente durante el ataque.

Becca dudó, miró a Arden.

Este asintió con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Vale, hablaré con ellos, cariño. Luego me iré a casa. No volveré hasta mañana para que así puedas descansar.

Quiso inclinarse sobre Arden para darle un beso de despedida, pero con vendajes por todas partes, ¿cómo besarlo así? ¿Un beso en la frente, encima del vendaje? Tragó indecisa, miró al médico.

—Muchas gracias por todo lo que ha hecho por mi marido. —Luego volvió a dirigirse a Arden—. Hasta mañana, cariño.

Al salir, trató de poner en orden sus pensamientos para poder ayudar a la policía a dar con el agresor. Pero el *shock* y el cansancio le estaban pasando factura. En su cabeza reinaba el caos más absoluto.

Al cruzar la puerta de la sala de urgencias vio a una mujer de mediana edad y a un joven uniformado que vinieron directamente hacia ella.

—¿Rebecca Rowe? —quiso saber la mujer.

Ella asintió.

—Soy la subinspectora Rosalie Miller y este es mi compañero, —señaló al joven uniformado— el agente Mark Green.

—Me han dicho que quieren hablar con mi marido, pero me temo que tendrán que conformarse conmigo. La mandíbula de Arden está rota y le han colocado una férula. De momento no puede hablar. Según el médico, no podrán interrogarle hasta dentro de unos cuantos días.

—Entendemos —le aseguró la subinspectora Miller—. Hemos hablado con los compañeros que la han interrogado en el lugar de los hechos.

—¿Han averiguado algo ya?

Miller negó con la cabeza lamentándose.

—La descripción que nos facilitó puede aplicar a muchas personas: estatura mediana, musculoso, mirada penetrante… No

pudo verle la cara por culpa del pasamontañas que llevaba. Ni siquiera está segura de si tenía los ojos azules o verdes.

—Es que todo ocurrió muy deprisa y, además, ya era de noche —se defendió Becca—. Declaré aquello que me llamó la atención.

—No pretendía reprocharle nada —respondió Miller—. Es solo una explicación de por qué, en base a esa descripción, será casi imposible dar con el hombre que los agredió.

Becca asintió y suspiró.

—Mis compañeros de la Metropolitana dijeron que el hombre había hablado con usted. ¿Es cierto?

—Por eso precisamente creo que mi marido conoce a su atacante.

—¿No ha podido comentárselo ahora?

—En serio, está gravemente herido —replicó Becca—. Apenas puede mover la boca, ya no digamos pronunciar una palabra. Además, le han administrado analgésicos muy fuertes y seguramente siga aún en *shock*. Era imposible confrontarlo con preguntas.

—Eso tampoco era ningún reproche, Rebecca.

Becca asintió con la cabeza, suspiró.

—Pero no me importaría repetirles todo lo que recuerdo.

—Eso nos sería de gran ayuda —la animó Miller.

—Ese hombre dijo algo raro después de darle la paliza a Arden.

—Vale. ¿Sería capaz de repetirnos las palabras exactas que empleó?

—Dijo que Arden tenía suerte de no estar solo. Me imagino que lo que quiso insinuar era que de no haber estado yo presente, lo hubiera matado.

—¿Eso fue todo?

—Me aconsejó también mandar a Arden a tomar viento, porque supuestamente sería lo mejor para mí.

Miller asintió con la cabeza, frunció el ceño.

—A mí eso también me lleva a pensar que su marido y el atacante se conocen.

Becca asintió.

—¿Y el atacante le dijo algo a Arden mientras lo estaba golpeando?

—Ni una sola palabra. Por eso me molestó tanto que de repente me hablara a mí. Hasta ese momento estaba convencida de que nos quería robar. Si hasta le ofrecí dinero y nuestros objetos de valor para que dejara de sacudir a Arden.

—Pero no fue el caso, ¿no? No le interesaban ni sus carteras ni sus joyas.

—Nada de nada. Arden y yo habíamos celebrado nuestro aniversario de boda y mi marido me había regalado unos pendientes desorbitadamente caros que le ofrecí al atacante. Pero él ni reaccionó. Siguió zurrando a mi marido, era como si no se diera cuenta siquiera de mi presencia.

—¿Le hizo algo a usted?

—Solo al principio, antes de atacar a Arden. Me tiró contra la fachada de la casa, pero aparte de un chichón en la cabeza, estoy bien.

—¿Surgió de la nada o los estaba siguiendo?

—Nos estuvo siguiendo un buen rato. Me di cuenta y se lo dije a Arden, pero no me tomó en serio.

—O sea, que los estuvo esperando, los observó y finalmente atacó cuando estuvo seguro de que nadie lo molestaría.

Becca asintió afectada.

—Ha sido culpa mía.

—¿Y eso por qué?

—Fue idea mía comer en Deptford porque un compañero me recomendó ese local. A Arden y a mí no nos gusta demasiado la *city* abarrotada de turistas. Por eso, un local tranquilo en esta zona nos pareció el lugar más adecuado para celebrar nuestro aniversario.

—¿Un compañero? —La voz de la policía reflejó que estaba alerta —. ¿Así que alguien los mandó justo a esta zona?

Becca negó rápidamente con la cabeza.

—Malcolm, mi compañero, y Arden no se conocen. Ese compañero no tiene nada que ver con esto.

—La relación entre ese compañero y usted, ¿de qué índole es exactamente?

Becca se sobresaltó, clavó los ojos en Miller. Luego comprendió y soltó una carcajada.

—¿Cree que Malcolm y yo mantenemos una relación amorosa?

La policía tan solo la miró expectante.

—Mi compañero, Malcolm Fisher, es gay. Así que: no, desde luego que no estamos liados.

—¿Pudo haberlos oído alguien cuando el señor Fisher le recomendó ese local?

—Por supuesto. Mis compañeros y yo mantenemos un contacto cercano también fuera del trabajo. Así que sí, es muy posible que también hubiera comentado lo de nuestro aniversario delante de los demás compañeros.

Miller tomó unas cuantas notas en una libreta, asintió seria con la cabeza.

—Ninguno de mis compañeros le haría a Arden o a mí algo tan horrible. Y tampoco mantengo ninguna relación sentimental con ninguno de ellos.

—¿Qué pasa con su marido?

—¿A qué se refiere?

Miller bajó la libreta, miró muy seria a Becca.

—Las palabras que le dirigió el atacante denotan una gran ira contra Arden.

—¿Está insinuando que mi marido mantiene una relación con alguien y que ese hombre podría ser el marido cornudo de su amante?

—Tenemos que barajar todas las opciones.

—Eso es absurdo —replicó Becca—. Arden no tiene ninguna aventura. ¡Jamás! Puede que sea algo del trabajo. Arden es abogado en un bufete muy importante. Podría estar relacionado con alguno de sus clientes.

Becca soltó de carrerilla los nombres, pero mentalmente estaba dándole vueltas a las insinuaciones de Miller. Que la subinspectora barajara la posibilidad de que Arden tuviera una aventura, le afectó muchísimo y no supo explicar por qué. Arden jamás le había mentido ni la había engañado. ¡Si ni siquiera miraba a otras mujeres!

¡Eso no significa nada! ¡No serías la primera ni la última que se equivoca con su marido!

Lo que su voz interior le susurró, la asustó, tragó, se mordió el labio inconscientemente.

—¿Se encuentra bien? —preguntó preocupado Mark Green, quien hasta ese momento tan solo había seguido atento la serie de preguntas y respuestas.

Lo miró, se sintió insegura y desconcertada.

—¿Por?

—Está usted pálida —dijo Green, todavía observándola.

Becca se percató de que estaba temblando y que tenía el estómago revuelto. De repente le entraron ganas de vomitar.

—Yo… —Se interrumpió, cogió una bocanada de aire—. Ahora quisiera irme, por favor.

SIETE

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Para Rhea despertar fue como un jarro de agua fría. Aturdida, miró alrededor. ¿Dónde estaba? ¿Qué habitación era esa?

Apartó las mantas para levantarse, pero un dolor muy fuerte recorrió todo su cuerpo. Inspiró asustada, soltó un leve gemido porque incluso elevar el esternón resultaba desagradable. Cuando por fin consiguió incorporarse, puso los pies con mucho cuidado en el suelo y se arrastró hasta la ventana

Sin embargo, las vistas eran de todo menos prometedoras. El cielo estaba muy oscuro y densamente cubierto por nubes. Una lluvia fuerte golpeaba contra el cristal. Las ramas de los árboles frente a la casa se doblaban con la fuerza del viento.

Pero lo peor era que no había ningún punto de referencia, ningún edificio, nada que le resultara familiar. ¿Dónde diablos estaba?

En ese momento un recuerdo relampagueó en su mente.

Agua.

Mucha agua.

Encima de ella, por debajo, alrededor.

Estaba ahogándose cuando alguien la había agarrado y la había traído de vuelta a la superficie y le había salvado la vida.

Mattis.

Exacto. Así lo había llamado su pareja.

Se concentró.

Ellin.

Suspiró aliviada.

Mattis y Ellin.

Y este lugar era la Isla de Ons.

Las palabras habían surgido en su cabeza de manera natural, casi como si tuviera que saberlas y no porque aquellos dos extraños le hubieran dicho que así se llamaba la isla.

Rhea regresó arrastrando los pies al sofá, se sentó, dejó caer la cabeza.

¡Ahora no pares! ¡Sigue pensando!

Se llamaba Rhea. Se lo había dicho a aquellos dos desconocidos sin pensárselo, así que también parecía ser correcto.

¿Y cómo se apellidaba?

Inspiró hondo, rebuscó en las profundidades de sus recuerdos, pero allí no había nada…

Solo un vacío absoluto.

Ni siquiera recordaba a qué se dedicaba profesionalmente.

Según Ellin, padecía… ¿cómo lo había llamado?

Fuga psicogénica.

Bueno, al menos su cerebro almacenaba los recuerdos nuevos, mientras seguía negándose a revelarle los más antiguos.

Notó un tirón en el estómago. Le quemaba la garganta. ¿Un resfriado?

Se preguntó si estaría bien salir de la habitación para ir en busca de Ellin y Mattis. Tenía que comer algo urgentemente antes de que la dispepsia funcional le provocara vómitos.

Ya casi en la puerta, se detuvo como electrizada.

¡Eso era! Su dispepsia funcional, que padecía desde adolescente. Para ser más exactos, desde el fallecimiento de sus padres. De repente regresó el dolor en su pecho. Un dolor que no tenía nada físico. Procedía de lo más hondo de su ser, de su alma, de las profundidades de sus entrañas.

¡Había habido un accidente aéreo!

Jadeó.

¡Justo así había sido!

Sus padres habían perdido la vida en dicha catástrofe. Desde entonces sufría de dispepsia funcional. Según los médicos, se trataba de algo psicosomático y no había nada que hacer para remediarla. Y eso que lo había probado todo, cada medicamento nuevo que salía al mercado, había ido de la Zeca a la Meca, hasta que el último médico la había despachado tratándola de loca.

Echó la cabeza atrás, notó el alivio invadiéndola. Que lo recordara solo podía significar algo bueno. Los recuerdos regresaban, poco a poco, pero volverían.

Accionó el picaporte, salió a un pasillo pequeño y se puso a buscar a Ellin y Mattis.

Finalmente encontró a Ellin en la cocina.

—¿Puedo pedirles un favor? —preguntó en voz baja, sintiéndose de repente incómoda.

Ellin se giró de golpe.

Tenía los ojos rojos e hinchados, como si hubiera dormido mal o llorado.

—Pero isi es usted! —gritó Ellin, visiblemente aliviada—. ¿Ya se encuentra mejor?

—Un poco, sí. Pero tengo el cuerpo muy dolorido y me está dando bastante la lata. Además, creo que he pillado una pulmonía.

—Seguramente, una pulmonía leve causada por el agua salada. No sería extraño, dadas las circunstancias.

—¿Cómo lo sabe?

Ellin apartó los ojos, se encogió de hombros.

—Lo oí en alguna ocasión.

Rhea asintió. La respuesta de Ellin sonaba plausible.

—¿Y por lo demás? —preguntó Ellin—. ¿Mejor?

—Sí, creo que sí.

—Eso está bien. Ha dormido tranquilamente cinco horas. Debe de estar muerta de hambre.

—Y de sed —respondió Rhea.

—Claro. —Ellin fue a la nevera, sacó un cartón de zumo de naranja, se lo tendió—. Los vasos están en el armario a su derecha.

Rhea se lo agradeció con una sonrisa, cogió un vaso del armario, lo llenó hasta los bordes, lo bebió ávidamente, y eso que el zumo no

era precisamente un alimento que le sentaba bien, como recordó en ese preciso instante.

—Le falta poco a la comida —dijo Ellin—. He hecho sopa de pescado. Proporciona calor desde dentro. Suelo ponerle bastante jengibre, cúrcuma y cilantro.

—Suena delicioso —dijo Rhea y notó como al pensar en la sopa se le hacía la boca agua—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Ellin se giró hacia ella.

—Cuando me vieron en el agua, ¿había alguien más aparte de mí?

Ellin alzó sorprendida la mirada.

—¿Has recordado algo? —Cambió de repente al tuteo, una forma más familiar.

—No… es solo que… me interesa saber si había alguien conmigo —balbuceó Rhea, sin saber por qué no se lo decía—. Me pregunto si podría haber estado con un amigo o una amiga.

—Aparte de a usted, no vi a nadie más —respondió Ellin recurriendo de nuevo al pronombre más formal y distante—. Pero eso no tiene por qué significar nada. Ya fue suerte bastante que la viera a usted desde esta distancia. Llevaba usted un ángel de la guarda consigo.

Rhea soltó un suspiro leve.

—¿Le preocupa la posibilidad de que hubiera muerto alguien ahí fuera ya que usted pudo sobrevivir y llegar hasta aquí?

Rhea asintió con la cabeza.

—No saber qué ha pasado, quién se es, ¡es una mierda!

—Me imagino.

—Su marido, Mattis, ¿podría hablar con él?

Ellin hizo una mueca.

—No está. Cuando hace un tiempo de perros como ahora, suele recorrer la isla para ver cómo están las parejas de más edad al otro lado de la bahía. Hay una pareja de más de ochenta cada uno. En este sitio nos cuidamos los unos a los otros.

—Claro, por supuesto —respondió Rhea.

—¿De qué se trata? ¿Puedo servirle yo? —quiso saber Ellin.

Rhea se encogió de hombros.

—Se trata de mis cosas. Me pregunto si podré recuperar algo. Tal vez me ayude a descubrir quién soy y de dónde vengo.

—¿Qué cosas?

—Un bolso, una cartera, ese tipo de cosas. Al zozobrar el barco, las cosas tuvieron que caer al agua. Puede que acabaran en la playa.

—Comprendo —dijo Ellin—. ¿Quiere recorrer las playas de la zona?

—Creo que sería conveniente.

—Pero no con este temporal. Es demasiado peligroso. Y menos en su estado.

Rhea asintió turbada.

—Tiene usted razón. Es que resulta tan frustrante estar aquí sentada sin poder hacer nada. Desamparada y dependiendo de unos desconocidos.

Ellin le dedicó una mirada intensa, carraspeó.

—A mí no hace falta que me lo diga, Rhea. Nadie lo saber mejor que yo.

OCHO
MONTE CLÉRIGO

2017

JENNY

Durante dos días enteros Bobby apenas le había dirigido la palabra. Y las pocas que habían intercambiado se referían a algo banal. Por ejemplo, proponer un descanso en el largo viaje que los llevaría a su destino vacacional.

¿Paramos a comer algo?

Si tienes que ir al baño, avisa.

Y eso era todo. Ni una palabra cariñosa, ningún beso, ningún abrazo.

Sí, Bobby estaba muy, muy cabreado con ella.

Durante las primeras horas tras el ultimátum que le había planteado, habían procurado evitarse. Bobby había cogido a Lucas y se lo había llevado a comer una pizza. Al volver, sin decir ni una sola palabra, había cogido su ropa de cama y se había ido a la habitación de invitados para dormir allí. Ni siquiera le había deseado las buenas noches.

A la mañana siguiente, el despertador de él debió de sonar sobre las cuatro, tan solo había encendido la luz del dormitorio común para despertarla.

A la mesa del desayuno, lo mismo. Ni una sola palabra por parte de él. Solo cuando llegó el momento de cargar el coche, la había

taladrado con preguntas, para asegurarse de que hubiera metido todo lo importante en las maletas.

Tras llegar al aeropuerto y dejar el coche en el *parking* general, Lucas había roto a llorar porque parecía presentir la tensión entre ellos. Eso pareció causarle momentáneamente una mala conciencia a Bobby. Accedió a no ignorar a Jenny del todo.

Pero desde que habían llegado a la casa de los padres de él, se había vuelto a cortar toda comunicación entre ellos, al menos cuando Lucas estaba entretenido o durmiendo.

A Jenny aquello le había resultado una carga muy pesada. Bobby la excluía de todo, sobre todo en lo referente al niño. Además, lo usaba como excusa para evitarla. Los dos primeros días su marido se había acostado pronto para estar en forma cuando Lucas se despertase por la mañana temprano.

Por otro lado, eso a ella le concedía espacio y tiempo para reflexionar sobre si él estaba en lo cierto.

Sí, era verdad. Ella bebía demasiado.

Pero el problema no era el alcohol. Al menos así lo veía ella.

Nunca bebía por la mañana ni si tenía que coger el coche. Y sí, a veces pasaba días enteros sin probar ni una sola gota. Pero lo más importante era que nunca tomaba bebidas fuertes. Solo vino o Prosecco – su bebida favorita.

Echarle en cara que estaba enferma y que necesitaba ayuda era pasarse de exagerado y le había dolido mucho.

¿Es que Bobby no entendía que había experimentado cosas difíciles en el pasado? Demasiadas para sus treinta y dos años.

A veces se sentía mejor, otras verdaderamente mal. Sobre todo, en fechas concretas cuando bastaba una mirada al calendario para saber que una vez más sería horroroso.

La semana pasada, por ejemplo.

El aniversario. 16 años ya…

Había sido un martes. No había podido con tanto dolor y tanta pena y los había ahogado en vino.

Un par de semanas antes, un sábado, había recordado lo acontecido tres años atrás.

Cerró los ojos, se puso a temblar. Le costaba respirar y el cuero cabelludo empezó a picarle. ¡Se estaba avecinando un ataque de ansiedad!

Conocía bien los signos.

Ahora no, pidió en silencio, echó la cabeza atrás, se concentró en los latidos de su corazón, los contó mentalmente.

Sirvió de algo, pero no de mucho.

La única salida que vio fue una vez más huir a las tinieblas del alcohol que le ayudaría a hacerlo más llevadero. Cada fibra de su cuerpo pedía a gritos una copa de vino.

Bobby, como cabía esperar, la vigilaba constantemente. Y eso desde el primer día, cuando a la llegada había insistido en hacer él la compra, sin ella. No había comprado ni una sola botella de vino.

De modo que ayer, cuando los chicos estaban en la playa haciendo un castillo de arena, había cogido la bici y se había agenciado una reserva de emergencia. Una botella de vino, solo una, que racionaría. De vez en cuando un traguito, para relajar.

Se levantó, entró en la casa, escuchó atentamente.

Todo en silencio.

Hoy Bobby había llevado al pequeño Lucas a visitar a unos amigos de sus padres. Dijo que tenía que repararles algo en la casa.

Así que, una vez más, había pasado el día sola en aquella casa enorme. Tras su regreso bastante tarde, Bobby había alegado estar muerto de cansancio. Nada más acabar una cena parca en palabras, se había retirado. Cuando a las dos horas había subido ella para ver cómo estaba Lucas, había oído en la habitación de Bobby risas y voces procedentes del televisor. ¡Eso en cuanto a estar muerto de cansancio!

La evitaba, simple y llanamente.

Suspiró y regresó a hurtadillas a la cocina.

Aquí abajo no se oía ni un solo ruido, era como si realmente estuviera sola.

Miró el reloj.

Poco más de las once…

Bobby ya estaría dormido profundamente y seguro que ya la había excluido de sus planes para el día siguiente.

En general, durante las vacaciones era otro hombre. Los pocos días que tenía libres solía dormir hasta el mediodía, pero aquí parecía tener la sensación de perderse algo si se pasaba la mañana durmiendo. De momento, eso a ella le venía muy bien. Le daba la sensación de no estar bajo su constante vigilancia.

Pendiente de cualquier ruido, se acercó a su escondite. Una rendija tras el fregadero, de la que sacó la botella de vino.

Cogió con cuidado una copa del armario que tendría que lavar obligatoriamente antes de ir para cama.

Luego buscó el sacacorchos, abrió la botella y se sirvió una copa llena hasta los bordes. La cogió y salió con ella a la terraza.

—¡No me jodas! ¡No puede ser verdad! ¡Otra vez no!

La voz alterada de Bobby la arrancó de entre las nieblas. Solo de refilón se percató de que no estaba en cama, sino en una tumbona de la terraza.

Con ojos entrecerrados y bizqueando miró a Bobby.

—Em… parece que me he quedado dormida.

Tiritaba un poco y se percató de que estaba saliendo el sol en el horizonte. O sea, que había pasado la noche aquí fuera. Se frotó las manos y los brazos, quiso levantarse cuando algo en la postura corporal de Bobby la hizo detenerse.

Siguió su mirada, se sobresaltó al ver la botella vacía encima de la mesa auxiliar. ¿Por qué estaba vacía? Si había decidido tomar solo una copa.

Trató de recordar a pesar de la niebla en su cabeza.

Sí, había salido con una sola copa, pero luego había notado lo bien que le sentaba el vino, cómo se iba liberando poco a poco de la tensión acumulada. Tras la segunda copa, la riña con Bobby ya no parecía tan grave y tras la tercera, había dejado de darle vueltas.

—Mierda, Bobby, lo siento, de veras. —Intentó justificar su estado.

—No quiero oír ni una sola palabra —replicó él con voz plana, le costaba mirarla. Señaló la botella con el dedo índice—. ¿Dónde la tenías escondida? —No había rabia en sus palabras, solo decepción.

—Detrás del fregadero —contestó ella, fiel a la verdad.

—¿Tienes más?

—Solo compré esta.

La miró, parecía sopesar si le estaba diciendo la verdad. Luego sacudió la cabeza.

—¿Sabes qué? Me da completamente igual. Haz lo que te dé la gana. Eso sí, ¡no te acerques a mi hijo!

La rabia llegó de la nada, inundó sus venas en milésimas de segundo.

—Querrás decir nuestro hijo, ¿o me equivoco?

La observó como si no fuera más que un insecto molesto.

—¿Nuestro hijo? ¿Y tú te consideras madre? —Soltó una risa amarga—. Si ni siquiera eres capaz de levantarte por las mañanas para prepararle tortitas, y eso que llevas semanas prometiéndoselo. En vez de venir a la playa con nosotros y pasar tiempo con tu hijo, te quedas aquí enfurruñada, sentada en la terraza porque por fin, tras todos estos años, me he armado de valor y te he dicho lo que pienso.

—Pero… —Ella se dispuso a protestar. Quería recordarle que era él quien no la incluía en sus planes.

—Sigues anclada en el pasado, olvidas que aquí en el presente hay personas a las que les importas. Personas que te necesitan —prosiguió él impasible, como si ella no tuviera nada que aportar—. Y por si eso no bastara, para colmo de males, no consigues dejar la mierda del alcohol.

Las últimas palabras las había soltado en forma de grito, tan fuerte que temió que las hubiera oído toda la aldea.

Como si le hubiera leído la mente, dio media vuelta, se metió en casa, puso en marcha la cafetera.

—Lo siento —murmuró ella, siguiéndole con la mirada. Su cuerpo la estaba instando a seguirlo. Se levantó de golpe, lo siguió corriendo. Pero entonces notó cómo él se tensaba al oír sus pasos acercándose.

—Ya no puedo más —le confesó él en voz baja, se giró hacia ella, la miró con ojos bañados en lágrimas—. Lo único que quiero es vivir en paz, sin tener que estar preocupándome a cada paso sobre cómo está mi niño cuando estoy en el trabajo. Quiero una mujer que sea mi compañera, que esté en la misma onda que yo. Creo que me merezco un poco de felicidad, ¿no te parece?

—¿Qué estás intentado decirme?

Él suspiró, se encogió de hombros.

—Para ser sincero, no lo sé. —La miró fijamente, tragó—. Cuando te miro, no siento nada, y eso desde ya hace mucho.

—¿Entonces para qué el ultimátum?

La miró incómodo, titubeante, pero luego se dio un empujón.

—Quise esperar a las vacaciones, ver cómo nos iban las cosas, sin embargo, el último día de trabajo cuando llegué a casa y me encontré a mi hijo gritando… se rompió algo dentro de mí. Pensé que aún me quedarían fuerzas para darte una última oportunidad, pero para ser sincero… —Se interrumpió, negó con la cabeza—. Jenny, ya no puedo más.

NUEVE

ISLA DE ONS

2024

RHEA

De vuelta en la habitación que esta gente había puesto a su disposición, Rhea volvió a recordar el comentario extraño de Ellin.

A mí no hace falta que me lo diga, Rhea. Nadie lo saber mejor que yo.

¿Qué había querido decir?

Sonaba a reproche, ¿o no?

Y luego la reacción de Ellin a su pregunta de si había alguien más en el agua con ella.

En vez de responder, había reaccionado con otra pregunta: si recordaba algo.

¿Eso significaba algo o no? Había algo en el comportamiento de su anfitriona que la molestaba.

Se levantó, se dirigió a la ventana, miró al patio.

Seguía lloviendo a cántaros y el temporal parecía reavivarse. Si la situación seguía así, tendría que permanecer aún más tiempo en la casa, sola con dos extraños.

No sabía por qué, pero estaba hecha un lío. Sí, Mattis le había salvado la vida, para ello había arriesgado la suya propia mientras la sacaba de las olas y luchaba contra la marea.

Y Ellin estaba muy pendiente de ella, cuidándola mucho.

Y aun así… No conseguía simpatizar con aquella pareja.

¿Será por mi estado?

Esa fuga, esa pérdida de memoria, seguramente la estaba confundiendo, volviéndola paranoica.

Es posible…

Cuando de repente entró el marido de Ellin en su campo de visión, montando en bici, completamente empapado, se apartó de golpe, se escondió tras la cortina, lo espió a través de una rendija.

Vio a Ellin salir corriendo al encuentro de su marido, hablarle de manera insistente.

Él negó con la cabeza y ella se tiró a sus brazos. Parecía estar llorando desconsoladamente.

Luego se desprendió de golpe de su marido, como si se estuviera quemando.

¿Y eso ahora que significaba?

Luego Ellin le dijo algo a Mattis, a lo que ambos alzaron unos ojos controladores en su dirección.

Cuando poco después Mattis llamaba a su puerta con un plato de sopa caliente en la mano, se armó de valor.

—Ya se lo he preguntado a Ellin… —comenzó Rhea titubeante.

—¿De qué se trata?

—Cuando estaba pidiendo ayuda, ¿había alguien más en el agua? ¿O solo me vio a mí?

Mattis la miró incómodo.

—Lo siento mucho, pero solo la vi a usted. Sé lo frustrante que tiene que resultarle la incertidumbre, el no recordar nada. —Pareció reflexionar un momento, cogió aire—. Mi esposa me ha contado que quiere usted recorrer la playa en busca de algún objeto suyo que cree que el mar pudo haber expulsado en la orilla.

Ella asintió con la cabeza.

—Yo que usted esperaría algo más. El temporal sigue siendo fuerte, aún no ha alcanzado su punto álgido. Ya iremos cuando se haya calmado el tiempo.

—¿Y si los encuentra otra persona?

—No se preocupe por eso. Con la que está cayendo, ningún habitante de la isla va a bajar a la playa.

—Pero ¿y si hay una marejada muy fuerte? Mis cosas podrían estar tiradas en la orilla, muy cerca, y luego viene el mar, se me adelanta y se lo vuelve a llevar todo.

—Ha puesto usted muchas esperanzas en esa posibilidad.

Ella volvió a asentir.

—Vale —soltó él—. Pero bajo ningún concepto voy a dejar que salga usted sola. No conoce la zona y sigue débil.

—Usted ya ha hecho demasiado por mí, Mattis. Se lo agradezco de todo corazón, pero después de comer, voy a bajar a la playa a buscar, por lo menos, en la cala. Además, puede que el aire fresco ponga en marcha mis recuerdos.

Mattis asintió, de todo menos convencido.

—La he sacado del agua —constató suspirando—. Y no quiero que al final acabe pasándole algo. Si viniera una marejada fuerte, sería en cuestión de segundos. A eso súmele el temporal. En esta zona tiene tanta potencia que tumbaría al más fornido de los hombres. Y, por último, no hay que subestimar la lluvia. El suelo se vuelve resbaladizo y esconde sus propios peligros.

—¿No tiene un coche con el que pueda acercarme a la playa?

—En la isla están prohibidos los vehículos de motor. Aquí solo hay senderos para bicicletas y peatones, nada de carreteras.

Ella lo miró perpleja.

—¿Que no tiene coche?

—Solo dos bicicletas y un barco con el que poder acercarnos al continente.

—Pero, si cuando me trajo de la playa, ¡he visto un garaje!

Mattis frunció el ceño.

—¿Se refiere al cobertizo para el barco?

—¿Es que los barcos no se quedan junto al agua? —La propia Rhea se percató de lo desconfiada que había sonado.

Pero Mattis permaneció imperturbable.

—Junto al agua se encuentra el embarcadero. El cobertizo está aquí arriba porque así el barco está protegido en caso de que suba

mucho la marea. Al fin y al cabo, los barcos son de vital importancia para nosotros, los habitantes de la isla.

—Entonces, ¿cada vez que necesita el barco tiene que bajarlo desde aquí arriba?

—Lo hago con el remolque. Y solo lo subo en caso de extrema necesidad, o sea, cuando hay un temporal como este. Cuando el mar está calmo, el barco se queda en el embarcadero.

Rhea asintió pensativa. Las palabras de Mattis tenían sentido y, aun así, algo en su interior se rebelaba y se negaba a aceptarlas. ¿Por qué la mera presencia de este hombre la ponía nerviosa? No, furiosa más bien. Era por el modo en que la miraba.

Nada más pensarlo, se percató de lo absurdo que resultaba aquello.

¡Te ha salvado la maldita vida!, se regañó mentalmente, esbozó una sonrisa, señaló el plato.

—Esa sopa tiene una pinta estupenda —dijo cambiando de tema y cogiendo la cuchara que Mattis había dejado en la mesa junto al plato.

—Pues buen provecho —le deseó, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

Rhea sopesó si pedirle información con respecto al otro edificio. Se trataba de una especie de alpendre, a pocos metros del cobertizo para el barco. No conseguía deshacerse de la idea de que allí sí podría haber un coche. A punto de abrir la boca, les llegó la voz de Ellin llamando al marido desde la cocina.

De nuevo sola, Rhea repasó todo lo que había visto hasta ese momento. Recordó que en la cocina había un horno de leña encendido, lo cual era perfectamente plausible teniendo en cuenta las temperaturas en esta época del año: mediados de septiembre y a menos de veinte grados. En invierno seguro que había heladas.

¡Eso era!

Almacenan la leña en el alpendre, pensó. Menos mal que no había preguntado y con ello expresado abiertamente su desconfianza. ¡Qué vergüenza! Además, habría quedado como una grosera.

¡Agradece, sin más, que aquí estás a salvo!

Un dolor agudo le atravesó el pecho. Luego se le escapó una risa irreverente de la garganta.

¿A salvo?

¡Menuda bobada!

Como si alguna vez lo hubiera estado...

DIEZ

LONDON

2014

BECCA

Ya al girar y meterse en la calle que daba a su casa, tuvo una sensación extraña: algo había cambiado, el pavor que se había colado en su vida la noche anterior se había extendido y penetrado también en su hogar.

Aminoró la marcha automáticamente, consciente de que con la tensión no respiraba. Entonces lo vio: tan solo tres letras escritas con un espray fucsia fluorescente cubriendo toda la fachada anterior de su casa.

Tragó, detuvo el coche de manera abrupta, clavó los ojos en la pintada sin poder dar crédito. Las letras destacaban sobre el fondo blanco del muro, la hicieron estremecerse.

¿Y ahora esto qué significaba?

¿Sería el agresor que había mandado de una paliza brutal a su marido al hospital también el responsable de esta porquería? Si ese era el caso, tenía que haber aprovechado su estancia en el hospital, temiendo por la vida de Arden, su marido.

Con dedos temblorosos sacó el móvil del bolso y marcó el número de la policía con la que había hablado en el hospital.

La subinspectora Miller descolgó a la primera llamada. Becca le resumió en pocas palabras lo que estaba viendo y le dijo que le daba miedo entrar en casa.

—No se preocupe, vamos a acercarnos y a echar un vistazo —prometió Miller—. Espérenos delante de la casa.

—Vale, de todos modos, bajo estas circunstancias no tengo pensado entrar sola —le aseguró Becca—. A saber, lo que me espera dentro.

—Pues sí. —La subinspectora Miller se giró hacia Becca—. Podría tener usted razón. Esa pintada bien podría ser obra del atacante. Pero mantengamos abiertas todas las opciones.

Becca asintió.

—¿Nos ha esperado aquí tal como habíamos acordado?

—Sí, por nada del mundo hubiera entrado sola.

—Mejor así —opinó la policía y le hizo un gesto a su compañero —. Vayamos a echar un vistazo.

Green aceptó, a diferencia de su compañera, parecía muy tranquilo, como si no contara con ningún peligro acechante.

Becca, sin embargo, era un manojo de nervios y no paraba quieta, su propia casa le daba miedo.

—¿Cree que podría estar ahí dentro? —preguntó a la policía.

—Lo dudo —respondió Miller—. Aun así, vamos a entrar nosotros primero, para asegurarnos. Manténgase detrás de nosotros y espere a que diga que todo está despejado. Y otra cosa más: no toque nada. Somos conscientes de que ahí dentro todo está plagado de huellas digitales suyas y de su marido, pero, si ese hombre entró en la casa, cabe la posibilidad de que también haya dejado alguna y no vaya a ser que sin querer las borre usted superponiendo las suyas.

Becca asintió distraída, intentaba concentrarse en su propia respiración, pero estaba tan sumamente nerviosa que volvía al jadeo una y otra vez.

—La llave —pidió Miller extendiendo la mano.

Becca rebuscó en el bolso, la sacó y se la entregó a Miller. Luego siguió a los dos agentes al interior de la casa.

—No me da la impresión de que haya habido un allanamiento —constató Miller un cuarto de hora después—. ¿Tú qué opinas, Green?

—Las puertas y ventanas están todas en orden. No he visto ningún indicio de que hayan forzado las cerraduras.

—¿Y si ha utilizado una ganzúa? —propuso Becca.

—No sería capaz de entrar con una ganzúa —negó Miller—. Las cerraduras de esta casa tienen un mecanismo de seguridad muy complejo. Para poder entrar, debería tener una copia de la llave. Y para hacerla necesitaría un código especial, además de una autorización.

—¿Y si tiene contactos en determinados círculos? —objetó Becca —. Seguro que puede conseguirse.

—Sí, cierto, pero es un proceso muy largo. Supongo que, tras atacar al marido de usted, vino aquí, hizo la pintada, puede incluso que intentara entrar en la casa, pero acabó rindiéndose. No hay nada que indique que haya estado en el interior. ¿O a usted le ha llamado la atención algo fuera de lo habitual? ¿Algo fuera de sitio, un olor extraño? Lo que sea.

Becca negó con la cabeza.

—De todos modos, para ir sobre seguro, plantéese cambiar el sistema de cierre —le propuso Miller.

Becca asintió.

—Sí, debería hacerlo. ¿Qué posibilidades hay de que encuentren al culpable? Que ha estado aquí es un hecho. Puede que alguien haya visto algo.

—¿Aún no ha preguntado a nadie? ¿A ningún vecino?

Becca negó con la cabeza.

—Vale —dijo con decisión Miller—. En ese caso, vamos a ocuparnos de inmediato de eso. Si surge algo, nos pondremos en contacto con usted.

Becca acompañó a los policías hasta la puerta. A cada paso que los agentes se alejaban de la casa, ella se sentía más insegura.

—¡Ah! ¡Y otra cosa más! —le gritó la subinspectora por encima del hombro ya casi al final del sendero que daba a la propiedad—. Ándese con ojo, ¿vale? Y por si las moscas, ¡agénciese un espray de pimienta!

—¿Cómo estás, cari? —Cassy, su mejor amiga y compañera de trabajo, la miraba preocupada. Cuando había llamado para avisar de que no iría al trabajo, Cassy había insistido en ir a su casa y hacerle compañía. Las dos mujeres se encontraban ahora ante la pared vandalizada, con los ojos clavados en la pintada.

Cassy dio dos pasos atrás, sacudió consternada la cabeza.

—¡Esto es horrible! Deberías llamar a alguien para que lo limpien cuanto antes.

—Ya lo he intentado —contestó Becca—. Pero en esta ciudad resulta imposible dar con alguien dispuesto a empezar hoy mismo. He llamado a un sinfín de empresas de pintura. Antes de la semana que viene no pueden mandar a nadie.

—¿Y la cerradura?

—Menos mal que esos se pasarán mañana.

Cassy frunció el ceño.

—¿Y ninguno de los vecinos ha visto nada?

—Parece que no. En caso contrario, Rosalie Miller me lo hubiera notificado.

—El tipo ese tiene que ser un gigante o haber usado una escalera para hacer esta porquería.

—No necesariamente —dijo Becca—. Existen esprays de pintura con tanta presión que consigues este resultado sin gran esfuerzo.

—Pues pongámonos en marcha. Vayamos en busca de algo con lo que pintar por encima.

—Ya he pensado en eso, Cas. He ido a una tienda de bricolaje y le he enseñado a un experto una foto de esta guarrería, para que me indicara la mejor manera de tapar esto.

—¿Y? ¿Dónde está la pintura? Pongámonos a ello ahora mismo.

—No he comprado ninguna pintura. La respuesta fue que eso tiene que hacerlo un profesional. Estos colores fluorescentes no son tan fáciles de cubrir.

Cassy resopló malhumorada.

—Se ve que el malnacido ese sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—Entremos —pidió Becca—. ¿Te apetece un té?

Cas bufó, negó con la cabeza.

—¡Pues no, cariño! Ofréceme alcohol, cuanto más fuerte, mejor. Y luego quiero que me expliques con pelos y señales lo que pasó.

Después de haberle hecho a la amiga un informe detallado de lo acontecido las pasadas veinticuatro horas, durante un buen rato, en la cocina, reinó un silencio absoluto.

—Mierda —soltó Cassy finalmente, la miró con el espanto reflejado en la cara—. ¿Y tú qué opinas? ¿Crees posible que todo esto sea obra de un tío celoso, celoso porque tu marido tiene un lío con su chorba?

Becca suspiró.

—Hasta ayer mismo, te hubiese respondido con un no rotundo, pero ahora que Rosalie Miller me ha metido la idea en la cabeza y que alguien ha vandalizado mi casa de esta manera… —Becca se interrumpió—. ¡Alguien ha escrito *Cerdo* en la maldita pared de mi casa, Cas! Eso tiene significar algo, algo relacionado con Arden.

—Está claro que tu marido le ha tocado, y bien, las pelotas a ese tío —admitió Cas—. ¿Has dudado alguna vez de Arden, sospechado de que te era infiel?

Becca negó con desesperación muda.

—¿Vas a comentárselo cuando vayas luego a verlo?

—La verdad es que hoy no tenía pensado ir al hospital —respondió Becca desganada—. No puedo con el alma. Lo único que quiero es acostarme y dormir un par de horas. De todos modos, Arden no está para recibir visitas. Si lo hubieras visto… —Becca

sollozó—. Tiene un aspecto horrible, tiene mucho dolor, no puede hablar. Tiene que descansar y recuperar fuerzas. He llamado para que le dieran el recado de que iré mañana. Y en caso de que pase algo, los médicos pueden contactar conmigo en todo momento.

—Estás cabreada con él —constató Cassy con el ceño fruncido—. O como mínimo, tienes tus dudas, ¿verdad?

—¡Ni idea! —soltó Becca—. Ahora mismo estoy hecha un lío.

—¿Por qué no te vienes a mi casa? Allí también puedes descansar y dormir, y no estarías sola.

Becca negó con la cabeza.

—Te lo agradezco, pero no. Me da que yo no soy el objetivo de ese tío. Quería acabar con Arden, no conmigo.

—Ese tipo está loco, cari. Con alguien así no se sabe por dónde va a salir.

Becca miró a su amiga.

—Creo que me va a sentar bien estar sola, dormir y, luego, repasarlo todo otra vez.

—Quieres husmear entre las cosas de Arden. Comprobar su ordenador, rebuscar en los armarios, mirar los extractos de la tarjeta de crédito. ¿Me equivoco?

Becca notó que se ponía como un tomate.

—¡Si estuvieras en mi lugar, harías exactamente lo mismo!

Cassy asintió, hizo una mueca.

—¡Y pobre de él si llegara a encontrar algo que confirmara mis sospechas!

La despertó un timbre. Todavía amodorrada miró alrededor bizqueando.

¡El teléfono fijo!

Estiró la mano para buscar a tientas el móvil, comprobó la pantalla. ¡Casi las once!

De modo que apenas había dormido tres horas. No era de extrañar entonces que todavía se sintiera hecha polvo.

Después de irse Cassy, había puesto patas arriba primero la oficina de Arden y luego la casa al completo para dar con algo que confirmara la teoría de Miller. No había encontrado nada. Ningún otro móvil, nada de cartas escondidas, ninguna mancha de carmín en las camisas, ningún perfume desconocido en las americanas que colgaban en el armario. ¡Nada de nada!

Incluso había inspeccionado el portátil de Arden, abierto cada uno de los archivos, leído todos los correos de los últimos dos años. Y solo entonces se dio cuenta de que podría haberse ahorrado las molestias. Si Arden hubiera querido ocultarle algo, hubiera puesto una contraseña al portátil y hubiera modificado los datos de acceso.

Los extractos de la tarjeta de crédito tampoco mostraban ninguna desviación sospechosa.

A punto de apartar la manta y levantarse, el teléfono dejó de sonar.

Soltó un suspiro de alivio, se dejó caer de nuevo en la almohada y subió la manta hasta la nariz. Se obligó a pensar en otra cosa que no fuera el asqueroso del atacante, pero no lo logró.

A lo largo del día no había dejado de preguntarse qué podría haber hecho Arden para cabrear de tal manera a alguien, tanto como granjearse una paliza tan horrorosa.

Tragó, notó la llegada de las lágrimas.

La policía había puesto el dedo en la llaga con la conjetura de que Arden pudiera tener una aventura. No porque hubiera abusado de la confianza depositada en él, sino porque en el pasado de Becca había habido hombres que le habían mentido y la habían engañado.

Maldijo para sus adentros a Rosalie Miller por haber avivado su desconfianza, despertado su mayor miedo.

El teléfono volvió a sonar.

Esta vez se dio prisa, apartó la manta, se levantó, bajó corriendo.

Tenía que haber una jodida buena razón para que la llamaran a estas horas. Se preparó para un encontronazo dialéctico. Sin embargo, tras descolgar y pegar el auricular al oído… nada.

No oyó una voz, sino un ruido de fondo que no supo identificar.

—¿Diga? —preguntó, consciente del miedo que se estaba apoderando de ella al darse cuenta de que ese ruido era una

respiración—. Si es usted, ¡queda avisado! —gritó—. La policía tiene pinchado mi teléfono y puede plantarse ahí antes de que le dé tiempo de colgar.

Se oyó una risa suave y despectiva.

De inmediato se le erizó el vello.

—Mejor sería que la subinspectora Millar indagara en el pasado de tu marido en vez de molestar a vuestros vecinos con preguntas sobre quién os hizo la pintada. —La voz del hombre sonaba metálica. Otra risita—. ¡Pobre Rebecca! Tan lista y, sin embargo, tan ingenua como para no ver que el hombre en su cama es un verdadero monstruo.

ONCE

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Le había costado comerse la sopa. No porque no estuviera rica, todo lo contrario. Ellin había preparado algo delicioso, pero la niebla en su cabeza mezclada con el caos en su interior no la dejaban sosegarse.

Era sobre todo el último hilo de pensamientos del que no lograba desprenderse. ¿Qué demonios la había llevado a pensar que jamás en la vida había estado a salvo?

¿De dónde sacaba esa certeza si seguía esforzándose por recordar su pasado y su vida?

¿Sería la voz del subconsciente?

En algún sitio estaban guardados los recuerdos de toda su vida, pero solo aquel miedo sutil conseguía penetrar en su consciencia. Lo más confuso de todo era su incapacidad por distinguir si ese miedo tenía algo que ver con su vida anterior.

Se concentró, respiró lentamente, pero nada. Ante su ojo interno no apareció ninguna imagen.

Frustrada, se levantó, cogió el plato para llevárselo a Ellin a la cocina y darle las gracias por la comida. Pero al pasar junto a la ventana y ver la lluvia golpear contra el cristal, entristeció todavía más. Con aquel tiempo cualquier ayuda externa le quedaba vetada.

Aunque la estuviera buscando alguien, tardaría en dar con ella aquí, en este rincón apartado de la civilización.

Fue hacia la puerta, accionó el picaporte, oyó voces susurradas en la cocina.

Ellin parecía desesperada, Mattis más bien furioso.

A punto de dar media vuelta y volver a la habitación, tropezó con la cómoda colocada en el pasillo estrecho.

Las voces enmudecieron al instante, lo que hizo que la situación resultara aún más extraña. Ahora no le quedaba más remedio que bajar para no parecer todavía más sospechosa.

Al entrar en la cocina, vio a Mattis en mitad de la cocina, empapado y temblando de frío. La miró con una expresión en el rostro que no supo interpretar mientras que Ellin estaba de espaldas a ella mirando por la ventana.

—Solo he venido a traer el plato —dijo Rhea con voz baja, sonando como una niña desamparada.

Mattis asintió, le cogió el plato sin decir ni una palabra.

—¿Va todo bien? —quiso saber Rhea—. ¿Puedo ayudar?

Ellin se giró, la quedó mirando. Tenía los ojos rojos e hinchados, la barbilla temblorosa.

—Cariño, tienes que tranquilizarte —la avisó Mattis y Ellin inspiró hondo al oír aquellas palabras de su marido.

Luego se acercó casi de una carrera a Rhea, se detuvo ante ella durante varios segundos, sin decir nada, finalmente salió corriendo de la habitación.

Rhea se quedó mirándola confusa, luego se dirigió a Mattis.

—Creo que es mejor que me vaya.

Él la miró, soltó una carcajada.

—¿Y a dónde? Ahí afuera está cayendo el diluvio universal. ¿A dónde quiere ir? Los demás habitantes de la isla viven al otro lado de la bahía y dudo mucho que alguno la deje entrar en su casa. A eso súmele que sigue sin venir ningún ferri y que el teléfono sigue sin funcionar. —Se encogió de hombros—. Le guste o no, va a tener que conformarse con nosotros.

—Pero resulta evidente que su mujer no quiere tenerme aquí.

—Ellin solo está un poco alterada—explicó Mattis—. No tiene nada que ver con usted. Es este tiempo, la sensación de tener que

arreglárnoslas completamente solos… A veces le dan ataques de pánico, ¿sabe?

Rhea asintió con la cabeza, Ellin le daba lástima. Pero era más que eso, empatizaba con ella. De repente estuvo segura de, por su parte, lidiar con el mismo problema.

—¿Va todo bien? —quiso saber Mattis.

—Es solo que… me da la impresión de que a mí también me dan a veces ataques de pánico. —Miró a su anfitrión directamente a los ojos—. No solo desde que he llegado aquí, ¿entiende? Quiero decir antes ya, en esa vida que no recuerdo.

Mattis le sostuvo la mirada.

Rhea se fijó en que la expresión de sus ojos había cambiado. Había un fulgor nervioso. ¿O estaba equivocada?

—Entonces, ¿ya recuerdas? —preguntó Mattis y a Rhea le dio la impresión de que la voz también le había cambiado.

Al instante se activó en ella un reflejo de huida.

Estás pirada, trató de calmarse, de permanecer quieta, miró a Mattis.

—Desgraciadamente, no. Solo ha sido una sensación. Cuando ha mencionado los ataques de pánico de Ellin, fue como si supiera de qué me habla.

Él asintió y por un momento a Rhea le dio la impresión de distinguir en él algo como resignación. ¿Lo había decepcionado o era otra cosa? Le costaba calibrar las reacciones de aquel hombre.

Señaló la ropa mojada que estaba dejando charcos de agua en el suelo.

—La próxima vez que salga, ¿podría acompañarle? En serio que me gustaría echar un vistazo a la playa y ver si encuentro algo mío.

Él le dedicó una mirada penetrante, carraspeó.

—Acabo de hacerlo, Rhea. Por eso he vuelto a salir.

—¡Vaya! —soltó ella—. Qué amable por su parte. ¿Y ha…? —Rhea se calló al darse cuenta de que aquella pregunta no tenía sentido. Si hubiera encontrado algo, se lo habría dicho y se lo había entregado, ¿o no?

Le costó tragar, miró alrededor, indefensa, de repente volvió a sentirse incómoda ante la presencia de aquel hombre. Y seguía sin

poder decir por qué. Sin embargo, algo en él le resultaba extrañamente familiar. Algo que la asustaba y entristecía a partes iguales.

—¿Y viven completamente solos en esta casa? —La pregunta había traspasado sus labios sin pensarla siquiera.

Mattis la miró sorprendido, reculó de manera casi imperceptible.

—¿Por qué quieres saberlo? —soltó de manera un tanto abrupta.

Rhea notó cómo la inquietud en ella iba a más.

—No sé. Es que me preguntaba si ustedes… —Calló, consciente del frío que la había embargado de un momento a otro.

—¿Qué? —insistió Mattis—. Si nosotros, ¿qué? —Su voz sonaba cortante, parecía haberlo enfurecido.

—No, nada —contestó Rhea en voz baja—. Si no le importa, voy a ir a acostarme un rato. Sigo molida y no hay músculo en el cuerpo que no me duela.

Mattis la miró, se sobresaltó, como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de que ella había estado hablándole. Al final asintió con la cabeza.

—Sí, acuéstate. Yo, mientras, voy a ocuparme de Ellin.

Y en ese instante Rhea se dio cuenta de que la había estado tuteando.

Despertó en plena noche. El corazón le iba a mil por hora. Cada respiración era una agonía a causa del esfuerzo y el dolor.

Se incorporó, escuchó atentamente.

Había oído el llanto de un niño, estaba convencida. ¿O lo había soñado?

Tal vez los aullidos del temporal, se le pasó por la cabeza.

Pero, no. Estaba completamente segura de haber oído el llanto de un niño. En algún lugar cercano, aquí.

Se levantó, se acercó descalza a la ventana, apoyó la frente contra el cristal, trató de espiar fuera.

¡Allí no había nada!

Fue hasta la puerta, accionó el picaporte, salió al pasillo.

En la casa reinaba el silencio más absoluto.

Rhea inspiró hondo, luego, sin pensárselo, fue a la cocina. Aquí tampoco había nadie. Miró el reloj que colgaba encima de la puerta, con las agujas señalando al dos y al seis.

¡Plena noche!

Normal que Ellin y Mattis estuvieran durmiendo. Si se había despertado ella, había sido porque había dormido mucho de día y seguía con los nervios alborotados. Allí no había ningún niño llorando. Había oído el temporal, nada más.

Sin embargo, sintió la necesidad de mirar también en el salón.

Al volver a la habitación, pasó junto a las escaleras estrechas que daban al primer piso.

¡Ni se te ocurra!, la amonestó su voz interna. Pero se impuso la curiosidad.

Subió peldaño a peldaño, atenta a no hacer ruido, sin saber de dónde sacaba el valor o el descaro para hacerlo y aprovecharse así de la confianza que le habían brindado sus anfitriones.

Una vez arriba, pegó la oreja a cada puerta hasta dar con una detrás de la cual se oían unos leves ronquidos.

El dormitorio.

Avanzó despacio hasta la siguiente habitación, la abrió, miró dentro. Debido a la oscuridad, tan solo pudo reconocer el contorno de los muebles. Comprendió que se trataba de un despacho.

La siguiente habitación era una especie de vestidor con dos armarios enormes. Luego el cuarto de baño. A continuación, otra puerta más, cerrada con llave.

Qué raro. ¿Por qué están abiertas las demás puertas y esta no?

De manera instintiva se agachó para espiar a través del agujero de la cerradura, aunque poco podía ver estando todo oscuro.

—¿Se puede saber qué está haciendo?

Rhea soltó un chillido, se giró de golpe, vio a Ellin de pie ante ella. La mujer iba en camisón, aunque no parecía haber estado durmiendo. Su voz sonó muy despierta.

¡Una excusa, rápido!

Cogió aire, jadeó.

—La estaba buscando —balbuceó—. Creo que hay alguien… ahí fuera. He oído algo, un estruendo.

En ese instante se abrió la puerta del dormitorio y apareció Mattis.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

A diferencia de Ellin, su voz sonó somnolienta.

—Ha oído algo fuera —repitió Ellin sus palabras, mirando nerviosa primero a uno y luego a otra—. Un estruendo, supuestamente. Creo que será mejor que vayas a echar un vistazo.

Mattis también miró primero a su mujer, luego a ella, dio un paso hacia delante y de repente se iluminó todo. Rhea parpadeó, luego se dio cuenta de que Mattis la estaba mirando completamente consternado, casi en pánico.

—¿Está segura de haber oído algo?

Rhea asintió vehementemente.

—¿Sabe de dónde provenía el ruido?

—Me despertó así que tuvo que ser cerca de mi habitación.

Mattis asintió, corriendo como llevado por el diablo escaleras abajo.

—¡Lleva algo con lo que defenderte! —le gritó Ellin, ahora igual de alterada y aterrorizada que su marido.

Rhea quiso seguir a Mattis, pero Ellin la agarró del brazo.

—¡No! —susurró, parecía estar a punto de perder la cabeza.

Rhea empezó a tiritar de frío, sin embargo, estaba sudando.

Lo del ruido no había sido más que una invención, pero el comportamiento de Ellin y Mattis la tenía ahora muerta de miedo.

Ambos le habían contado que aparte de ellos mismos, en la isla solo residían algunos marineros viejos y que ya no quedaba ningún turista. Entonces, ¿a quién le tenía tanto miedo este matrimonio?

DOCE
MONTE CLÉRIGO

2017

JENNY

Jenny apartó la manta a base de patadas de frustración, se levantó y arrastró hasta el cuarto de baño. El reflejo en el espejo evidenciaba las huellas de la noche anterior. Ojeras de mapache, cara hinchada, tez pálida. El pelo le caía en mechones grasientos sobre los hombros.

Igual de mal que se veía, así de mal se sentía: con resaca y trasnochada.

Abrió del grifo de agua fría, se lavó la cara, se secó frotando a conciencia con la toalla. No sirvió de nada.

Tras la pelea de madrugada con su marido, no había dejado de dar vueltas en la cama, sin lograr dormir. Demasiadas cosas pululándole por la cabeza.

Tenía que encontrar una manera de hacer las paces con Bobby. Y para ello mejor estar sobria y con mejor aspecto que este. Se peinó y ató el pelo en una coleta. Luego se encaminó hacia el piso de abajo.

No se oía nada lo que significaba que su marido y Lucas habían salido. Seguramente estarían en la playa.

En la cocina encontró algunas migas sobrantes del desayuno. Miró si le habían dejado alguna nota. Luego comprobó el móvil. Nada. Bobby había pasado de decirle a dónde irían él y Lucas.

Suspiró, puso en marcha la cafetera y se sentó a la mesa con una taza de café reconstituyente.

Lo acontecido esta mañana la había afectado. Además, ¡estaba furiosa! Tanto que le parecía que iba a implosionar. Pero su rabia y reproches solo iban dirigidos contra sí misma.

¿Por qué había tenido que beberse toda la jodida botella? ¿Por qué no había tomado solo una copa como había sido su intención? Y para colmo de males, había sido tan estúpida como para quedar dormida en la tumbona sin haberse desecho primero de la botella vacía.

Echó la cabeza atrás, reflexionó.

Lo que Bobby le había echado en cara, dolía. Y mucho.

Y ya no la amaba. Desde hacía tiempo. Pero ¿después de todo lo que ella había hecho acaso era de extrañar? Ella solita lo había jodido todo: su matrimonio, la educación de su hijo, simplemente todo.

Casi todo lo que Bobby le había echado en cara esta mañana era cierto.

Lo de las tortitas. Parecía una tontería, pero reflejaba toda su dejadez. Sabía que a Lucas le encantaban las tortitas y ni siquiera ese deseo era capaz de cumplirle a su hijo, y eso que se lo había prometido constantemente. No jugaba con él. La falta de interés en él hacía creer al niño que no lo quería. Cuando en realidad adoraba a su hijo y se odiaba por no poder demostrárselo.

¡Qué madre tan patética era!

Tras acabar el café, se levantó, dejó la taza en el fregadero.

¿Y ahora?

¿Debería ir en busca de Bobby y Lucas y unirse a ellos en la playa? Sí, debería hacerlo. Al fin y al cabo, Bobby también la había recriminado por no mostrar ningún interés en las actividades conjuntas.

Reflexionó.

Exacto. Aquel era un buen punto de partida para empezar a compensarlo. Sorprendería a sus dos hombres en la playa y pasaría el día con ellos. Escaleras arriba para recoger las cosas de la playa, volvió a perder el ánimo. No serviría de nada. Tras la pelea de esta

mañana, Bobby no se tragaría sus intentos de reconciliación. La ignoraría sin más.

Pero podía ir a la tienda a comprar algo y preparar una cena agradable y familiar. Y tan pronto Lucas estuviera en cama, ella y Bobby podrían hablar tranquilamente.

Pero ¿conseguiría salvar algo con ello?

Suspiró cuando se dio cuenta de que este intento de calmar las aguas también estaba condenado al fracaso si primero no se ponía a trabajar en ella misma.

Puede que lo mejor fuera regresar a casa sin más.

Un dolor agudo le traspasó el pecho al venirle otra idea. ¿Y si ella volvía a casa y Bobby se quedaba aquí con Lucas? La distancia entre ellos podría servirle a Bobby para pensárselo mejor. Seguro que Bobby no había pretendido ir tan lejos como para dar por terminado su matrimonio.

Esa idea la animó. Pero antes de tomar una decisión definitiva, necesitaba despejar la cabeza. Y qué mejor para ello que tomar un poco de aire fresco. Salir a que le diera el aire y sopesarlo todo.

Con ánimo optimista puso los zapatos, dándose cuenta de que todavía iba en camiseta de dormir. Sin embargo, en vez de cambiarse, puso una rebeca encima y se encaminó hacia fuera.

En el pasillo y tras poner la mano en el picaporte, se detuvo. La puerta estaba abierta, la cerradura parecía no estar bien encajada.

Frunció el ceño. Eso no cuadraba con su marido. Siendo policía como era, en lo que a seguridad se refería era casi paranoico. Antes de salir de casa, comprobaba varias veces si todo estaba bien cerrado y asegurado. Que se hubiera ido dejando la puerta entreabierta era la primera vez que pasaba.

La mera idea de que había estado en el dormitorio intentando dormir mientras que cualquiera hubiera podido entrar en la vivienda, le puso los pelos de punta.

Volvió a la cocina, cogió el móvil para llamar a Bobby cuando notó un hormigueo en la espalda. Se giró de golpe, pero ahí no había nadie.

Solo son tus nervios, le susurró su voz interior*. Te están jugando una mala pasada ahora que sabes que la puerta no estaba bien*

cerrada.

Pero ¿y si aquello albergaba algo más?

¿Y si alguien había entrado? ¿Cabía la posibilidad de que al bajar hubiera espantado al ladrón? ¿O acaso seguiría allí en la casa?

Corrió al salón, luego al baño de invitados, miró. Todo parecía estar en orden. Nada de cajones abiertos, ningún caos como solían dejar los ladrones. Arriba tampoco no le había llamado la atención nada anormal.

Suspiró aliviada.

¿Lo ves? ¡Aquí solo estás tú!

Y encontró una explicación. Seguramente la pelea de la mañana le había afectado a Bobby, por lo que, al salir de casa con Lucas, había estado distraído. Sí, tenía su lógica.

También Bobby podía cometer errores. Y sus ánimos aquel día eran muy propicios para ello. La había mirado con mucha tristeza en los ojos, casi desesperación, mientras le confesaba lo que le preocupaba y cuáles eran sus sentimientos hacia ella.

Pero ¿le había afectado tanto como para olvidar cerrar la puerta?

Miró el móvil, mantuvo una lucha consigo misma. Si lo llamaba ahora y le contaba que tenía una sensación extraña y que creía que había alguien en la casa, él podría usar eso en su contra y achacarlo a su consumo incontrolado del alcohol.

Volvió a notar el hormigueo en la espalda y cómo se le aceleraban la respiración y las pulsaciones.

Luego marcó el número.

Esperó.

Nada, solo los tonos de la llamada a los que reaccionaba nadie.

—¡Mierda! —susurró. Parece que Bobby hoy no estaba para nadie. ¡Sobre todo, no para ella!

Jenny tragó, indecisa. ¿Debería salir a buscarlo?

Optó por dejarlo estar.

Al menos de momento.

¿Y si te estás equivocando?, se le pasó por la cabeza.

Jenny cerró los ojos, cogió una bocanada de aire.

Había comprobado la casa, intentado llamar a su marido.

De momento, más no podía hacer.

¿O sí?

TRECE

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Con piernas temblorosas se dirige hacia el agujero diminuto en el que un hombre con traje oscuro ha depositado dos recipientes con forma de jarrón. Supuestamente contienen los restos mortales de sus padres.

Le cuesta imaginárselo.

¡Y tampoco quiere!

Es imposible que Mamá y Papá estén ahora ahí dentro, en esos recipientes. Se le escapa una risita histérica, se torna en sollozo.

—Mamá —balbucea de manera casi imperceptible, a lo que la mano de la tía Jane aprieta aún más la suya.

—Ya casi se acabado, cariño. Ahora solo tienes que tirar un puñado de pétalos sobre las dos urnas y lo habrás logrado.

Ella asiente, como bajo los efectos de un sedante, pero obedece. Entonces nota que Jane está tirando de ella, la está apartando de la tumba y mirando a través de ojos húmedos por el llanto.

—Ahora están en un lugar mejor. Lo sabes, ¿verdad?

Quiere decir algo, darle la contraria. Abre la boca, pero no consigue emitir ningún sonido.

Y eso que tiene muy claro lo que quiere decir. Tiene las palabras listas en la punta de la lengua. Palabras de rabia y desesperación.

—He hablado con el tío Sean. Dice que puedes quedarte a vivir con nosotros. Vas a tener tu propia habitación y estarás rodeada de gente que te quiere. Haremos todo lo que esté en nuestras manos, para que no te falte de nada.

Mira a la tía Jane, la esposa del hermano de Papá, y asiente obediente. Sigue como drogada.

Sí, entiende las palabras y sabe lo que significan, pero no quiere que lleguen a ella, no quiere que se conviertan en certeza.

Sin embargo, una parte de ella sabe que no hay manera de escapar. Sabe que todo ha cambiado. Mamá y Papá están muertos. Ha perdido su hogar, el suelo firme bajo sus pies…

El descanso inquieto de Rhea se vio interrumpido de golpe por un estallido fuerte. Dio un salto en la cama, notó que estaba empapada en sudor, a pesar de temblar de frío por dentro.

Le vinieron retazos de un sueño.

¡Una pesadilla!

Pero ¿de verdad solo había sido un sueño? ¿O había surgido algo de su subconsciente para comunicárselo en forma de sueño? ¿Un recuerdo?

Se tapó la cara con las manos, la inundaron imágenes, cada cual más dolorosa que la anterior.

Y entonces ocurrió: de golpe recordó quién era. Efectivamente, su nombre era Rhea. Rhea Marell y tenía veintidós años. Era de Inverness, Escocia, donde había vivido con sus padres en la casa más bonita del mundo. Había sido muy feliz hasta que aquel día aciago en su pasado se lo había arrebatado todo de golpe.

A sus padres, su hogar. Todo lo que había amado y que le había transmitido seguridad.

La vida con la tía Jane, el tío Sean y sus cuatro hijos había estado bien. Habían mantenido su palabra y se habían ocupado realmente bien de ella, pero una cosa no habían sabido transmitirle: la sensación de sentirse segura.

Con sus familiares nunca llegó a sentirse realmente como en casa. Desde el principio había deseado que todo resultara ser un

enorme error. Que Mamá y Papá regresarían un día para venir a buscarla. Pero eso nunca ocurrió, claro que no.

Fueron transcurriendo los años y con cada día que pasaba se sentía un poco más desarraigada.

Hasta que había encontrado un sustituto con el que llenar el vacío en su interior: los estudios. Primero había hecho todo lo posible para acabar el bachillerato con la mejor nota posible. Luego se había lanzado de cabeza a la carrera de biología. Se le había metido entre ceja y ceja que quería ser microbióloga para dedicarse a la investigación farmacéutica y poder ayudar a la gente, pero luego…

Un dolor agudo en la frente detuvo el alud de recuerdos. Los detuvo una niebla espesa, aparentemente impenetrable.

Emitiendo un gemido de dolor se dejó caer en la almohada.

Hoy no avanzaría más.

Frustrada se dio la vuelta, cerró los ojos para seguir durmiendo porque seguía siendo noche cerrada, pero se rindió a los pocos segundos. El corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que la dejó sin aliento. No conseguiría volver a dormir. No serviría de nada intentarlo.

Malhumorada, apartó las mantas, se incorporó y sopesó si un vaso de leche caliente le ayudaría.

Pero para ello tenía que ir a la cocina. Ojalá a Ellin y a Mattis no les importara que campara a sus anchas en casa ajena. Decidió correr el riesgo.

Tratando de evitar cualquier ruido, abrió la puerta, atravesó el pasillo, entró en la cocina y se asustó al ver a Ellin sentada a la mesa, a oscuras y llorando.

Dispuesta a retroceder discretamente, Ellin alzó los ojos y la vio.

—Lo siento —susurró Rhea y se dio la vuelta para salir pitando de allí.

—¡Rhea! ¡Espere! —la detuvo Ellin—. ¿Está segura de haber oído algo ahí fuera?

Rhea se asustó, al percatarse de que la pobre mujer estaba desvelada y preocupadísima por culpa suya. Pero ahora no podía

admitir que había mentido para encubrir su acción de espionaje. Así que siguió aferrándose a la mentira.

—Siento haberla asustado y que siga despierta por mi culpa.

Ellin se secó las lágrimas con el dorso de la mano, echó un vistazo al reloj.

—Aún no son las cinco, ¿cómo es que se ha levantado tan pronto?

Rhea sopesó por un instante si contarle la verdad, que había recuperado parte de sus recuerdos, pero optó por no hacerlo, al menos no de momento. Seguía sin saber si podía fiarse de esta pareja. Sí, la habían salvado de morir ahogada en el mar y la habían acogido, pero había detalles que la hacían desconfiar. Tal vez fuera porque reaccionaban de manera rara ante determinadas cosas. Por ejemplo, a su pregunta de si vivían solos en esta casa, el marido de Mattis no había respondido, había cambiado de tema sutilmente. Y hacía un rato, Ellin había reaccionado con un ataque de miedo cuando había pillado a Rhea husmeando por la casa.

¿No hubiera sido más normal reaccionar con un cabreo?

Y, por último, la reacción de la pareja a su mentira del ruido. Aquellos dos no estaban preocupados sin más por el hecho de que ahí fuera pudiera haber alguien merodeando, algo más bien improbable con la que estaba cayendo. Los dos habían entrado en pánico, literalmente. Y que a causa de eso Ellin estuviera sentada en la cocina, a solas, desvelada y con ojos llorosos, a Rhea le pareció casi paranoico.

¿Y por qué salía Mattis a dar vueltas por la isla, hiciera el tiempo que hiciera? Era como si estuviera buscando algo o alguien, pensó.

Cuanto más observaba a la pareja, más convencida estaba Rhea de que ocultaban algo. Si solo era ante ella o si había algo más, eso aún no lo tenía claro.

Al percatarse de que Ellin seguía mirándola fijamente y que ella aún no había contestado a sus preguntas, se apresuró a hacerlo.

—No podía dormir —fue la mentira que sumó a la primera—. Ese ruido…

—¿Sí? —Ellin se alarmó.

—Me tiene preocupada. Para ser sincera, me da miedo.

Ellin asintió con la cabeza.

—¿Qué tal si nos preparo un té?

—No quisiera pecar de grosera, pero preferiría un vaso de leche caliente.

Ellin la quedó mirando, luego se sobresaltó de manera casi imperceptible.

—Sí, claro. Buena idea. —Se levantó, rebuscó en la nevera—. Siéntese, por favor —le pidió mientras vertía algo de leche en dos tazas, le dedicó una sonrisa falsa—. Me pone nerviosa verla ahí de pie.

Rhea tomó asiento en una de las sillas, sopesó si preguntarle a su anfitriona por qué había estado llorando, pero pensó que resultaría muy descarado, así que no dijo nada. No era asunto suyo y era algo muy personal. Puede que fuera por una discusión con Mattis…

Mientras Ellin preparaba las bebidas, Rhea ojeó la cocina. Se fijó en la cesta de la ropa a la izquierda de la nevera. La coronaba un osito de peluche tan esponjoso que parecía recién salido de la lavadora.

Una idea repentina trajo luz a los recovecos de su cerebro.

La habitación de arriba cerrada con llave.

Ellin, a la que había pillado llorando en varias ocasiones.

Eso solo podía significar que…

—¿Puede cogerme la taza, por favor? —La voz de Ellin interrumpió el hilo de sus pensamientos.

Cogió la taza que le estaba ofreciendo, casi la dejó caer al oír un chirrido fuerte, seguido de un golpe. Era la puerta de la entrada que se había golpeado con la fuerza del viento. Le siguieron unos pasos pesados, acompañados de un murmullo malhumorado.

Rhea frunció el ceño. ¿Qué hacía Mattis a estas horas afuera?

—No hay manera, cariño —gritó desde el pasillo—. No he llegado ni al faro.

Al entrar acto seguido en la cocina, quedó petrificado al verla allí.

—La pobre no podía dormir —le explicó Ellin—. Está igual de preocupada que nosotros por el ruido de antes. —Ellin se acercó a

Mattis, lo besó en la mejilla—. ¿Alguna novedad? —preguntó en voz muy baja.

No lo suficientemente baja en aquella estancia diminuta por lo que Rhea la oyó de todos modos.

—Otra vez nada —contestó Mattis frustrado.

Luego, mojado como estaba, se sentó a la mesa, la observó.

—¿Y usted qué? ¿Ya ha recordado algo?

—Me temo que no —dijo Rhea lo más convincente que pudo—. Solo una cosa… Creo que soy escocesa. De la zona de Inverness.

Mattis alzó las cejas.

—¿Escocesa? Pues por su acento no lo parece. ¿Está segura?

Rhea suspiró.

—Creo que sí. —Luego cogió aire, miró a Mattis—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Él no contestó, quedó simplemente a la espera.

—¿Tienen ustedes hijos?

El ruido de platos, luego Ellin maldiciendo por lo bajo.

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber Mattis y a Rhea le pareció oír una amenaza encubierta.

—He visto el osito de peluche —improvisó ella rápidamente y señaló la cesta de la ropa.

Mattis tragó, miró a su esposa. Fue entonces que Rhea se fijó en que Ellin había palidecido.

—Teníamos —contestó Mattis tras una pausa demasiado larga, a lo que Ellin rompió a llorar.

—Tenemos un hijo —consiguió emitir entre sollozo y sollozo.

Rhea miró sorprendida a Ellin, luego a Mattis, sin entender qué significaban aquellas declaraciones contradictorias.

—No entiendo —soltó confusa, mirando incómoda a Mattis.

Creyó que iba a responderle cuando, de repente, el hombre se levantó, le lanzó una mirada de desesperación a su mujer.

—¡Estoy harto de esta mierda!

Pasó el borde de la mano por el cuello, volvió a mirar a Rhea y se fue con pasos furiosos.

CATORCE

LONDON

2014

BECCA

—¿Puedo hacer algo por ti? —Ver a Arden, quien apenas podía moverse, hizo que Becca se sintiera indefensa. Sí, el corsé lo amparaba algo, pero también le dificultaba cualquier movimiento.

—No te preocupes, me las voy arreglando. —Su voz sonó distorsionada, pero al menos conseguía comunicarse, a pesar de la mandíbula rota. Según los médicos, recuperarse del todo sería una camino largo, pero iban a dejarlo volver a casa donde por fin podría descansar.

—Que faena que tenga una reunión justo hoy. Si no, hubiera cogido el día libre o trabajado desde casa.

Él la miró preocupado.

—¿Qué pasa, Arden?

—¿Y no puede mandarte tu compañero luego un resumen de la reunión?

—Sí, puedo preguntarle —contestó ella observándole—. ¿A qué viene ese cambio de parecer? Ayer me dijiste que dejara de agobiarte con tantos cuidados.

Los ojos de Arden parpadearon nerviosos.

—¿Qué ocurre, Arden?

Arden bufó.

—Está bien. No me hace ninguna gracia que andes de noche sola por Londres.

—Si solo me lleva dos minutos ir de la oficina al *parking*.

—La otra noche no estábamos mucho más lejos.

Ella suspiró.

—¿Sabes lo que pasa? Que me niego a cambiar mi vida y mis costumbres solo porque ese malnacido… —Se calló para retener las lágrimas.

De repente notó la mano de Arden en el brazo.

Lo miró. La mirada de él era penetrante y escrutadora, como si estuviera intentando leerle el pensamiento. Debía de verle en la cara que le estaba ocultando algo.

Todavía no se había atrevido a comentarle la peor de sus sospechas. Arden por su parte tampoco había mencionado que la policía ya lo hubiera interrogado. Ella se había enterado cuando el médico había acudido a ella para quejarse sobre el comportamiento desconsiderado de los agentes. Según él, habían taladrado a Arden con preguntas, a pesar de la insistencia médica de no hacerlo.

¿Por qué no le había contado nada Arden?

¿Era para no preocuparla o había algo más? ¿Sentimiento de culpa, tal vez?

Le mantuvo la mirada, cuadró los hombros.

—Por cierto, gracias por encargarte de que quiten la pintada. —Le apretó la mano, la soltó.

Ella asintió.

—No ha sido nada fácil. He tenido que llamar a un montón de empresas hasta que por fin di con alguien en el pueblo de al lado. Va a venir y arreglarlo antes de que te den el alta.

La mirada de Arden se oscureció.

—¿Qué pasa, Becca? Noto que hay algo que te preocupa.

Se le aceleró el pulso. ¿Debería confrontarlo con sus sospechas? ¿Sería mejor escaquearse con una excusa?

—Por favor, habla conmigo —rogó Arden.

Ella suspiró, dejó caer los hombros.

—Está bien. Efectivamente, hay algo. Esa policía, Rosalie Miller, mencionó una hipótesis. Dijo que pudo haber sido un ataque

ocasionado por celos.

—¿Qué significa eso?

—Dice que es posible que la razón hayan sido los celos, bueno, una aventura entre tú y otra mujer. El atacante podría ser el marido de la otra.

—¡Ah, eso! —Él asintió, la miró apenado—. A mí también me lo comentó.

Ella lo quedó mirando, no pudo evitar una rabia repentina que surgió en su interior.

—¿Y? ¿Qué tienes que decir al respecto? —preguntó con más dureza que la intencionada.

Él tan solo suspiró.

—¡Venga! ¡Di algo! —le espetó ella.

—Por tu reacción veo que crees que cabe esa posibilidad. —Parecía decepcionado—. Que la policía especule en esa dirección, vale, lo entiendo, al fin y al cabo, no me conocen. Pero ¿tú? —Sacudió la cabeza muy despacio—. Pensaba que confiabas en mí.

—¡Y lo hago!

—Pues ahora mismo no me lo parece.

—¿Y cómo estarías tú en mi lugar? Un bruto de mierda nos asalta sin más, hace una pintada asquerosa en nuestra casa, me llama en plena noche… ¿Qué se supone que he de pensar, según tú?

—¿Qué acabas de decir? ¿Que te ha llamado?

—Más de una vez. La primera, la noche después del ataque. Luego al día siguiente…

—¿Has hablado con él?

—Lo he intentado, pero no dice nada. Solo lo oigo respirar.

Arden suspiró.

—¿Y la subinspectora está al tanto de esas llamadas? Ahora comprendo por qué se aferra a la idea de la infidelidad como desencadenante del ataque. Incluso cuando le perjuré que no te había mentido ni una sola vez y mucho menos engañado, ella insistía erre que erre. ¡Esa mujer no me cree! Por lo visto tú tampoco.

—¿Entonces es cierto? —La voz de Becca estaba rota.

—¡Claro que no! —Arden la miró directo a los ojos, parecía completamente sincero.

—Pero entonces, ¿a qué viene el insulto en la fachada de nuestra casa? ¿Por qué te dio una paliza de muerte? ¿Por qué las llamadas?

Arden la miró pensativo.

—Sinceramente, cariño, no tengo ni la menor idea y eso es lo que me da tanto miedo.

QUINCE

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Tras la partida de Mattis, durante un rato reinó el silencio en la cocina. Ellin seguía con los ojos clavados en la puerta. Luego los deslizó hasta Rhea.

Parecía incómoda por el exabrupto de Mattis.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Rhea con tono intencionadamente bajo—. ¿He hecho algo que lo haya incomodado? Si así es, lo siento mucho. No era mi intención.

—Qué va. —Ellin se levantó, empezó a dar vueltas de un lado para otro, como si tuviera que desahogarse de alguna manera, se detuvo pegada a Rhea—. Mejor olvídelo. No ha querido decir eso. Es que… es complicado.

Ellin se mordió el labio, como guardándose algo, pero luego se giró de golpe y huyó literalmente de la cocina.

A los dos segundos, Rhea oyó la voz amortiguada de Ellin en el piso de arriba hablándole con cierta insistencia al marido. Poco después, un portazo. Luego silencio.

¿Qué ha sido eso?, se volvió a preguntar Becca, sin dar con una respuesta. Acabó por levantarse para volver a su habitación. Sin embargo, a mitad de camino se detuvo junto al perchero.

De él colgaba la chaqueta de aguas de Ellin. Debería servirle. Se la puso, subió la cremallera. Al ver sus pies descalzos no dudó y

cogió las botas de goma de menor tamaño colocadas junto al perchero, se las puso y se encaminó a la puerta.

Le daba igual el peligro del que tanto hablaban Ellin y Mattis. Tenía que salir, alejarse de ellos, pero, sobre todo, quería ver con sus propios ojos el sitio en el que había naufragado.

Rhea tuvo que agarrar la puerta con fuerza para que el viento no se la arrancara de las manos. Al instante notó los azotes de la lluvia dándole en la cara, congelados y salados.

Pero eso no iba a detenerla. Tan solo se sobresaltó un poco al oír a lo lejos los gritos de una gaviota. Sonaban ásperos, casi acusatorios.

Rhea se cubrió con la capucha de la chaqueta, se armó de valor y salió a la intemperie. Aún no había cerrado la puerta cuando una ráfaga de viento se la arrancó de las manos y la cerró dando un golpazo.

—¡Mierda! —murmuró.

Había tratado de no hacer ningún ruido para no llamar la atención y ahora esto. A más tardar a estas alturas, Ellin y Mattis ya estaban al tanto de que había salido, haciendo caso omiso de su consejo de no hacerlo.

—¡Qué les den! —murmuró de nuevo, se puso en marcha. Pero no conseguía quitarse de la cabeza las advertencias de Ellin y Mattis. No se habían cansado de insistir en lo peligroso que era salir con este tiempo y bajar a la playa. Pero, después de todo lo que acababa de acontecer, no aguantaba ni un segundo más en la casa. El aire allí dentro le resultaba asfixiante, y no por culpa de la chimenea ni la cocina de leña, sino por el miedo casi palpable de Ellin y la rabia acumulada de Mattis que la atemorizaban más que nada.

Tras haber recorrido unos cuantos metros, se detuvo y giró hacia atrás.

Que la casa de Ellin y Mattis se encontraba algo elevada y completamente sola sobre una colina por encima de la costa rocosa, ya lo sabía, pero que estuviera rodeada de enebros, tojos espinosos y matojos de hierba áspera típicos de la isla atlántica, que a la oscuridad matutina incluso resultaban románticos, en eso no se había fijado. ¿Y cómo iba a hacerlo? Hasta ahora no había tenido

ocasión de ver el exterior. Tan solo había pasado el rato sentada en casa tratando de recordar. Recordar lo que fuera.

Tus recuerdos llegarán, la tranquilizó su voz interior. *Al fin y al cabo, parte de ellos ya han regresado. ¡Tienes que darte tiempo!*

—Pero justo eso es lo que no tengo —murmuró frustrada.

Bajó el camino serpenteante, estrecho y mojado que llevaba a la pequeña playa. El lodo y la gravilla cedieron bajo sus pies, a veces resbalaba, pero logró mantenerse en pie.

La naturaleza de la isla, por lo poco que discernía a la luz del amanecer, era virgen y salvaje, nada parecía haber sido domado ni embellecido. Recordó las palabras de Mattis. Aquí solo vivían familias de marineros, gente sencilla, y eso era lo que transmitía la isla. La isla de Ons no parecía ser un lugar atestado de turistas en verano. Aparte de una naturaleza virgen y prístina no ofrecía ningún otro atractivo para la juventud. Nada de bares, nada de playas ni marcha nocturna.

¿A qué había venido?

¿Y por qué había venido sola?

Ese PORQUÉ hizo que se le pusiera un nudo en la garganta. Echó a un lado tanta pregunta. No servía de nada darle más vueltas. Mejor concentrarse en el entorno.

Escudriñó la zona. A su derecha había un acantilado. Las olas rompían contra las rocas negras, levantando espuma blanca, como si el océano quisiera deshacerse de algo que no podía seguir guardando por más tiempo. Coincidía con sus pensamientos oscuros.

Avanzó despacio, atenta a dónde ponía los pies para no resbalar, hasta que el sendero rocoso desembocó en la arena mojada.

El temporal azotaba con tanta violencia aquí abajo en la playa que para poder caminar y resistir los embistes, tuvo que inclinarse hacia adelante. Se centró en cada paso para no tropezar con los troncos que había echado el mar o para no quedar enganchada en los montones de algas.

Al ver un bidón de plástico destrozado, se agachó, escudriñó los alrededores. Sus ojos inspeccionaban de manera sistemática cada metro, pero allí no había nada. Nada que pudiera ser suyo.

A su izquierda, una suela de zapato. Un poco más allá, un trozo de tela viejo. Lo cogió, lo estudió más de cerca, pero no, no era suyo.

Suspiró, consciente de que se le estaba acelerando el pulso.

El furor de las olas, los rugidos de la tormenta no sonaban a mal tiempo, a ganas de meterte en casa bajo las mantas. No, sonaban a miedo, ¡a advertencia!

Soltó una risa nerviosa. ¿Estaría volviéndose loca? Los miedos de Ellin, ¿la habrían salpicado?

Se incorporó, dio media vuelta.

Allá arriba, al borde la colina, apenas se reconocía la casa, tan solo un contorno oscuro contra el cielo negro grisáceo.

Algo en este lugar, la playa desierta, la cala solitaria con sus senderos estrechos y los pinos altos que en la oscuridad casi resultaban amenazantes, le estaba susurrando que tuviera cuidado.

¿Cuidado?

¿Con qué?

¿Con quién?

Una ráfaga fuerte de viento la golpeó, le arrancó la capucha y, de algún modo, logró introducirse a través de las costuras de la chaqueta y alcanzarle la piel. La recorrió un escalofrío, apretó los ojos y se obligó a avanzar, enterrando las manos heladas en los bolsillos. Cada dos por tres se agachaba, daba vuelta a las piedras, aplastaba algas con el pie, palpaba los objetos que el temporal había echado a tierra durante las noches anteriores.

De repente se detuvo.

Una tabla sobresalía en diagonal de entre un montón de algas. Rhea se acuclilló, estiró la mano despacio, se sobresaltó, como si estuviera tocando algo familiar.

Apartó las algas con los dedos.

La tabla era más o menos del tamaño de su brazo, aún no estaba pulida por la acción del mar. En el lateral se reconocía claramente algo de pintura azul celeste.

Entrecerró los ojos para poder ver con más precisión, soltó un jadeo sorprendido.

¡Una letra!

¿Una T?

Al lado, otra letra más, desconchada en parte. Solo quedaba un arco. Podría ser una C. Tal vez. Aunque también una O a la que le faltaba la otra mitad. O puede que fuera parte de un número.

Rhea aguantó la respiración. Sus dedos se cerraron lentamente alrededor de la tabla, que, a pesar del frío, parecía estar caliente. Casi viva.

Poco antes de ahogarse, había estado en un barco, le habían contado Mattis y Ellin. Se había caído por la borda, se había hundido y luego Mattis la había vuelto a sacar. Le había salvado la vida.

¿Formaba este trozo de madera parte de dicho barco?

Y en caso afirmativo, esta letra, esta T, ¿debiera decirle algo?

Empezó a darle vueltas al trozo de madera como si así pudiera recordar mejor, pero la cosa se quedó en esas dos letras: una T completa, otra segunda letra, o número, incompleto que prometían más de lo que revelaban.

Lo único cierto era esa maldita niebla en su cerebro.

Echó la cabeza atrás, notó las gotas de lluvia en la cara, el viento tirándole de la capucha.

Decidió dejarlo estar de momento, regresar. El trozo de madera se lo llevó.

Así empapado, pesaba más de lo que parecía. El viento tiraba de ella a lo largo del ascenso, pero ella ni lo notó. El camino y las piedras estaban resbaladizas, pero ella avanzaba de manera mecánica. Un paso tras otro, la vista clavada en el suelo, el palo apretado contra el pecho, casi como si fuera un tesoro.

Presentía, o tal vez deseaba, que aquella letra, esa T, pondría en marcha sus recuerdos. No hoy, pero tal vez mañana…

La casa se erguía solitaria y abandonada a la lluvia, ni una sola luz en las ventanas, solo una débil línea roja en el horizonte, tratando tímidamente de imponerse al manto de nubes.

Rhea abrió la puerta, entró, la volvió a cerrar con cuidado. No le llegó ningún ruido del piso de arriba, pero estaba convencida de que Ellin y Mattis estarían despiertos. Puede que se hubieran quedado en cama. Puede que estuvieran sentados en el colchón. Mudos. Cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Apartó la capucha empapada y entró en la cocina. Abrió el grifo del fregadero, puso el trozo de madera bajo el chorro. Se fue desprendiendo la arena, los cristales salinos, los restos de algas.

Repasó las letras con los dedos, como si estuviera desenterrando algo que llevaba mucho tiempo oculto. Luego lo secó con un trapo de cocina. Se tomó su tiempo, un trabajo meticuloso.

Abandonó la cocina con la tabla bajo el brazo. En el pasillo se quitó la chaqueta y se agachó para quitarse las botas de goma.

A punto de dirigirse a su habitación, se fijó en algo: una mancha oscura en la alfombra colorida, justo delante de la puerta que daba a su dormitorio, junto a la cómoda.

Intentó distinguir el color.

¿Era rojo? ¿Rojo oscuro? ¿O más bien marrón?

Un marrón oxidado.

Rhea permaneció inmóvil unos instantes. Luego inspiró hondo, se acuclilló, pasó la punta del dedo por encima de la mancha.

Demasiado oscuro para ser vino tinto. Además, resultaba resistente, casi pegajosa.

Agarró la esquina de la alfombra y la levantó.

Al ver la madera, se le aceleró el corazón.

Los tablones del suelo también mostraban manchas irregulares de color marrón rojizo. Fuera lo que fuera aquello, había penetrado en la madera.

Volvió a dejar la alfombra en su sitio, quedó mirando fijamente la mancha oscura en la tela clara, notó que rompía a sudar.

Esa mancha diminuta parecía sangre.

¿Era sangre?

Y si sí, ¿la sangre de quién había corrido aquí?

DIECISÉIS
MONTE CLÉRIGO

2017

JENNY

En el aire colgaba un olor metálico.

Pesado.

Asqueroso.

Algo no iba bien.

Jenny abrió los ojos, gimió, como si un dolor agudo estuviera atacándole el cráneo. ¿Qué le pasaba? Volvió a cerrar los ojos y reflexionó. ¿Qué había pasado anoche?

Había querido hablar con Bobby para recriminarle que hubiera dejado la puerta abierta. Sin embargo, él había insistido en que, antes de bajar con Lucas a la playa, la había cerrado como siempre.

Al final lo había dejado correr, había apartado todo pensamiento relacionado con la estúpida puerta, aunque le había costado. Le había propuesto a Bobby preparar una cena rica para los tres, pero él tan solo le había dirigido una mirada resignada y murmurado:

—No hace falta que te molestes. Ya iré luego a buscar unas pizzas.

Y así lo había hecho. Había cogido el coche y regresado con las cajas de cartón que había dejado en la mesa de la cocina.

Habían cenado sin decir nada. Solo Lucas había hablado entusiasmado contando sus aventuras en la playa.

Pero ¿de verdad había transcurrido así?

Desde la distancia, se preguntaba ahora si no lo habría interpretado todo mal.

Tras la cena, había sido todo igual que los días anteriores: Bobby había desaparecido con Lucas en el piso de arriba y no había vuelto a dar señales de vida en toda la noche.

Ese debió de ser el momento en el que volvió a imponerse la sensación de desasosiego. Frustrada se había puesto una chaqueta y metido en el coche para ir al pueblo. Necesitaba distraerse, algo que la apartara de su dolor, de sentirse perdida.

Se había atrincherado en un bar, tomado una copa de vino, o tal vez dos, y comprado una botella para llevar. Y con ella había vuelto a casa.

Pero ¿y luego?

Volvió a abrir los ojos de golpe al percatarse de que no recordaba nada. Nada de nada. ¿Qué había pasado a su regreso?

¡*Blackout* total!

Lo único que podía hacer era imaginar lo que había pasado. Debió de tomarse la botella entera. Y luego, mucho, mucho más tarde, tal vez incluso de madrugada, se habría metido en cama.

¿No?

¿Había ocurrido así?

Sacudió la cabeza, gimió de dolor.

En su cabeza reinaba el vacío.

Agarró la manta con la intención de apartarla y levantarse, sin embargo, de repente fue como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Lo primero que registró fue el dibujo floral de la manta, amarillo con amapolas, nada del otro mundo, un poco relucientes a causa del sol de mediodía que entraba por la ventana.

Pero luego notó un sabor en la boca que la intranquilizó. Metálico, ligeramente dulzón. Frunció el ceño. Había algo diferente. O al menos tuvo esa impresión.

Al querer incorporarse, notó que el camisón se le pegaba a la piel. Estaba húmedo. Bajó la mirada, cogió una bocanada de aire.

Rojo. Por todos los lados. En el camisón. Las manos. Los muslos. También en la sábana.

¿Qué era eso?

Tiró del camisón, se levantó de la cama dando un traspiés, cayendo casi. El corazón le iba a mil por hora. El pánico se apoderó de ella. Luego se le encogió el estómago. Tragó para controlar las arcadas.

—¿Bobby? —Lo llamó con voz ronca, trató de apoyarse en la pared. Su propia voz le resultó desconocida.

¿Qué le estaba pasando?

Arrastrando los pies salió del dormitorio, recorrió el pasillo. La puerta del cuarto de baño estaba entreabierta. Había algo delante, en mitad del pasillo. Parpadeó confundida al reconocer el contorno. Se detuvo de golpe. Había alguien tirado en el suelo. ¡Una persona!

Jenny quedó paralizada.

¿Sería Bobby? ¿Su marido?

Quiso acercarse, pero sus pies se negaron a cumplir con su función. Le costó un esfuerzo enorme avanzar. Una vez junto al cuerpo inmóvil, sus pulmones empezaron a jadear.

¡Se había hecho realidad su peor pesadilla!

¡Ese era Bobby!

Yacía de costado, los ojos muy abiertos, la boca medio abierta. El pecho manchado de sangre. La camiseta rajada. Se había formado un charco de sangre debajo de su cuerpo. Un charco oscuro, casi negro. A tan solo unos centímetros del cuerpo, un cuchillo.

Emitió un chillido agudo. Las piernas le fallaron, cayó de rodillas. Las lágrimas le quemaron los ojos. Oyó un grito.

Animal, apenas humano.

Le llevó un tiempo entender que ese grito lo había emitido ella.

No pudo seguir mirando. Se tapó los ojos. Se percató de que no solo le temblaban las manos de manera incontrolada, sino el cuerpo entero. Se apoyó en la pared para levantarse.

—¡Lucas!

Gritó su nombre, se dirigió tambaleante a la habitación de su hijo. La puerta estaba abierta, la cama vacía. La manta estaba tirada en el suelo. En la almohada había algunas salpicaduras de sangre. No muchas, pero las suficientes como para aumentar hasta lo indecible su horror.

—¡No! —Su mente se negaba a dar por hecho lo que estaba viendo. A sacar conclusiones. Dio un paso atrás, chocó con el hombro contra el marco de la puerta. Todo le daba vueltas.

Luego se nubló todo a su alrededor.

Al recuperar la consciencia, tuvo la sensación de que el mundo estaba amortiguado por algodones. Oyó unas voces cerca. Pasos a su lado. Los crujidos de un aparato de radio. Alguien hablando portugués. Ella estaba tendida en el sofá, tapada con una manta. Las manos le olían a jabón, a alguna sustancia química. Alguien tuvo que haberla lavado.

En la estancia reinaba el caos. Había dos hombres uniformados hablando en voz baja entre sí. Una mujer con el pelo atado en una coleta estaba arrodillada a su lado, observándola atentamente. Oyó a otro agente en la terraza conversando con el vecino.

Otros dos policías más se movían por la casa, aparentemente buscando algo. Jenny percibió sus miradas de lástima al pasar a su lado.

Reconoció el sonido de cámaras fotográficas, luego de nuevo la radio. La casa vacacional se había convertido en el escenario de un crimen. Todo le resultaba desconocido, ajeno, y ya no tenía nada que ver con el lugar que tanto amaba.

—¿Señora Wood? ¿Puede oírme? —La voz de la agente era clara, hablaba un inglés perfecto, con un ligero acento.

Jenny parpadeó.

—¿Qué ha pasado? —susurró—. ¿Dónde está mi hijo?

—Por favor —dijo la mujer con voz calmada—, intente recordar, ¿Podría decirme que ha pasado aquí?

Jenny sacudió la cabeza. Con labios temblorosos dijo:

—Me desperté… todo estaba lleno de sangre…

—¿Y luego?

—¿Y luego? —repitió Jenny. Miró alrededor, dudó si seguir hablando, como si sus palabras fueran a sellar algo que ella aún no

estaba dispuesta a aceptar.

—Por favor, continúe.

—Bobby estaba tirado en el pasillo, en mitad de un charco de sangre, muerto… y la habitación de Lucas estaba vacía. Y luego… No sé más.

—¿Lucas es su hijo?

—Sí. —Volvió a titubear—. ¡Había sangre en su almohada! —El pánico se apoderó de ella—. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi niño?

—Vamos a encontrarlo —le aseguró la agente—. Pero ahora tiene que centrarse y contarme todo lo que sepa.

Jenny asintió. Trató de contener las lágrimas, de no perder los nervios.

—Pero no sé nada. ¡Nada de nada!

Un policía algo más mayor se acercó a ellas, frunció el ceño.

—¿No recuerda nada?

Jenny lo miró. Se sentía desamparada.

—Simplemente me desperté. No oí nada. Absolutamente nada.

El hombre anotó algo en una libreta pequeña mientras otro policía le ofrecía un vaso de agua que Jenny aceptó con manos temblorosas, aunque no fue capaz de beber nada.

—Los vecinos llamaron a emergencias cuando oyeron gritos por segunda vez —explicó la agente—. Son unos veraneantes nuevos que viven en la casa de al lado, a pocos metros.

—Pero ¿cómo es posible? —Jenny miraba al vacío—. Mi marido… mi hijo… yo… yo estaba presente. Yo estaba aquí.

El policía se acercó un poco más. Su tono de voz seguía siendo amable, pero sus palabras sonaron cortantes.

—A su marido lo mataron de varias puñaladas. En esta casa, muy cerca de usted. ¿Y dice que no oyó nada?

Jenny tragó.

—No… Tan solo me desperté.

La agente le puso una mano tranquilizadora en el brazo.

—Tenemos que llevárnosla a comisaría para interrogarla. Lo normal en estos casos. No es que esté usted bajo sospecha, pero necesitamos una declaración – y sus recuerdos.

Jenny asintió sin fuerzas. Tenía el cuerpo como adormecido. Solo el corazón le latía demasiado fuerte. Parecía una especie de aviso.

La habitación resultaba desolada y triste, tan solo consiguió que su miedo fuera a más. Así que este era el aspecto que tenía una sala de interrogatorios, el lugar donde se interrogaba a los criminales y declaraban los testigos, testigos y autores de un crimen.

Miró alrededor. Delante de ella, una mesa metálica, gris, dos sillas, una cámara colgada del techo. El ambiente olía a café y lejía.

¿Y ella?

¿Era testigo o víctima?

Una piltrafa humana que no comprendía qué le estaba pasando.

En su desesperación empezó a masajearse las manos, que estaban tan agarrotadas que ya resultaba doloroso. En casa, una de las agentes le había ayudado a ponerse ropa limpia. El pantalón de un chándal y una camiseta, lo primero que había pillado.

Pero ¿acaso importaba?

Por ella, como si hubiera estado desnuda. Qué más daba sintiéndose como se sentía. Desnuda, indefensa, a la merced de otros.

No tenía ni la menor idea de cuántas horas habían transcurrido desde que se había despertado. Todo se volvía difuso, una y otra vez. Solo una única imagen grabada en su memoria: Bobby tirado en el suelo, inmóvil, ensangrentado, con ojos vacíos dirigidos al cielo. Y la cama de Lucas. Vacía, con salpicaduras de sangre.

Se abrió la puerta. Dos personas entraron en la estancia: la inspectora Sofía Ramos, a la que ya había conocido en la casa. A su lado un hombre con rasgos angulares y pelo cano. El comisario Delgado. Se sentaron frente a ella. Ramos sacó un bloc de notas del bolsillo. Delgado apoyó los brazos en posición de reposo en la mesa. Entre ellos, una grabadora.

—Jenny Wood, ciudadana británica, actualmente y por razones vacacionales, residente en Monte Clérigo —comenzó Ramos—.

Interrogatorio en relación con la muerte de Robert Wood y la desaparición de Lucas Wood de tres años de edad. Presentes: el comisario Miguel Delgado, la inspectora Sofía Ramos. Aljezur, el 12 de agosto. Hora: las 14:44.

Jenny asintió, los ojos clavados en sus manos que temblaban ligeramente.

—Señora Wood —dijo Ramos con voz reposada—, queremos que vuelva a contarnos detalladamente lo ocurrido hoy por la mañana.

Jenny cogió aire.

—Me desperté, noté la sangre. Toda la ropa de cama estaba manchada. Al igual que mi cuerpo, el suelo. Al principio pensé que estaba soñando, pero luego…

Se interrumpió. Una lágrima le resbaló por la mejilla. No se la secó.

—Mal como pude me levanté, salí al pasillo. Encontré a Bobby. Estaba allí tendido… de costado, en un charco de sangre. Luego fui corriendo a la habitación de Lucas. Su cama estaba vacía. Pero había sangre en su almohada. —Sacudió ligeramente la cabeza, como queriendo desprenderse del recuerdo—. Grité. Una y otra vez. Y luego… no recuerdo nada más. Debí de desmayarme.

—Así que ¿no recuerda ningún ruido? ¿Ninguna discusión? ¿Pasos en la casa?

—No.

Delgado se inclinó hacia delante.

—¿Siempre duerme tan profundamente, señora Wood?

—A veces —murmuró ella.

—¿Incluso cuando están asesinando a su marido a escasos diez metros de usted? De once puñaladas, asestadas con un cuchillo de cocina.

Jenny guardó silencio.

Delgado dejó un expediente sobre la mesa.

—Hemos hablado con los vecinos. Con la familia de enfrente. La mujer, también inglesa, dice haber oído una pelea ayer por la mañana.

A Jenny se le revolvió el estómago.

—No fue una pelea. No exactamente. Bobby estaba cabreado conmigo. No gritamos, tan solo hablamos. Puede que levantáramos un poco la voz, pero, aun así, no fue ninguna pelea.

Ramos asintió.

—Esa vecina declaró que no había oído las palabras exactas, pero que estaba claro que la situación era bastante tensa. Que sonaba a rabia, dolor.

La respiración de Jenny se aceleró. Luego bajó la mirada.

—No nos estábamos peleando —repitió en voz baja.

—¿Entonces?

—Estábamos hablando. Bobby estaba harto. Dijo que ya no aguantaba más.

Ramos ladeó la cabeza.

—¿El qué exactamente?

Jenny cerró por un instante los ojos.

—A mí.

—¿Podría explicarnos eso?

—Soy alcohólica —admitió Jenny con voz neutra—. De vez en cuando, bebo, pero no todos los días. Sin embargo, cuando lo hago, a veces pierdo el control. Me desmayo. Bobby me recogió en más de una ocasión. Tenía recaídas. Yo le prometía que lo lograría, pero…

Delgado:

—¿Cuándo fue la última vez que bebió?

Jenny suspiró al darse cuenta de que mentir no serviría de nada. Analizarían su sangre. Lo descubrirían.

—Anoche. Era tarde. Bobby ya se había ido con Lucas para cama. Estaba sola, me sentía sola, por eso fui al pueblo y bebí algo en un bar. Solo una copa. O dos. Ya no lo recuerdo bien. Traje una botella para casa. Es posible que me la bebiera entera.

Ramos anotó algo.

—¿Y el día de la pelea?

Jenny sacudió la cabeza, como si así fuera a resultar menos doloroso.

—Ese día también había bebido. Al principio solo una copa, luego la botella entera. Pasó sin más. Yo no quería. Cuando Bobby me encontró por la mañana dormida en la tumbona en la terraza, se

enfureció. Una palabra enganchaba con otra. No discutimos propiamente. La ira de Bobby se calmó enseguida, lo que quedó fue tristeza, agotamiento. Al final me dijo que quería dejarme. Que quería el divorcio… porque ya no me soportaba cuando bebía. O cuando no bebía…

—¿Eso qué significa? ¿Se vuelve usted agresiva?

—No, era por Lucas.

—¿Es decir?

—A ojos de Bobby soy una madre terrible.

Delgado:

—¿Y a ojos de Lucas?

—Lucas se lleva muy bien con su padre, lo adora. Conmigo es… no sé, diferente, más distante. No nos entendemos tan bien como Bobby y él.

—¿Y tras la riña?

—¿A qué se refiere?

—¿Su hijo se enteró de algo?

—No.

—¿Qué pasó luego? ¿Cómo transcurrió el día de ayer después de esa pelea?

—Bobby se llevó a nuestro hijo. Pasaron el día en la playa, no volvieron hasta tarde. Yo quería hacer algo de cenar, pero Bobby insistió en que iría a coger unas pizzas. Cenamos, apenas hablamos, luego subió con Lucas.

—¿Algo más que debiéramos saber?

Le vino a la cabeza el tema de la puerta. Carraspeó.

—Cuando me desperté ayer por la tarde, resulta que la puerta principal solo estaba apoyada, o sea, no bien cerrada. Normalmente, Bobby cuando sale, siempre cierra con llave. —Se interrumpió, resopló— Es… era policía en Inglaterra —añadió—. Insistía mucho en lo de la seguridad. Siempre comprobaba que todo estuviera cerrado.

El agente la miró sorprendido.

—¿Así que su marido era un compañero de profesión?

Ella asintió con la cabeza.

—Esa puerta, ¿fallaba el cierre?

—No que yo sepa.

—¿Se lo comentó a su marido?

—Lo intenté, pero como seguíamos arrastrando el mal rollo y él parecía distraído, lo dejé estar. Por Lucas. No quería comentar otro asunto crítico más delante del niño. Tuve la impresión de que Lucas ya se había dado cuenta de que teníamos problemas. Es cierto que nos controlábamos delante del niño y que hemos intentado mantenerlo al margen, pero me temo que no lo hemos conseguido del todo.

—¿Hablaron sobre el tema de la educación en caso de un posible divorcio?

—No exactamente —respondió ella—. Yo tenía muy claro lo que implicaría un divorcio.

—¿Y eso sería?

—Que Bobby solicitaría la custodia exclusiva. Lo intentaría al menos.

La mirada de Ramos fue penetrante.

—Así que temía usted perderlo todo.

Jenny se sobresaltó.

—Pues claro. Pero ¡yo no he hecho nada! ¡No toqué a Bobby! Me fue a dormir, como siempre, tenía sueño, estaba hecha polvo. Nada más.

Delgado:

—Pero estaba usted furiosa. Tal vez desesperada. ¿Quizás asustada?

Jenny lo miró con ojos anegados en lágrimas.

—No desperté cuando murió. No sé qué pasó. Solo sé que yo no estaba ahí.

Llamaron a la puerta. Entró una agente joven, le susurró algo a Ramos. La inspectora se levantó, leyó un documento, volvió a dirigirse a Jenny.

—Han avistado a un niño pequeño. A unos cuatro kilómetros al norte. En la carretera que va a Rogil. Parece que iba solo. Podría tratarse de su hijo.

Jenny cogió una bocanada de aire.

—¡Lucas!

Quiso salir corriendo, pero la inspectora se acercó a ella, la detuvo.

—No estamos seguros.

Jenny intentó levantarse una vez más, pero Delgado alzó la mano.

—Usted se queda aquí hasta que sepamos más.

Volvió a dejarse caer en la silla. En su interior había estallado el caos. Todo se mezclaba: la esperanza, el miedo, la vergüenza, un frío que le llegaba hasta la médula. Y en medio de todo eso una pregunta que no se atrevía a hacer.

¿Y si efectivamente había sido ella?

¿Y si en medio de una borrachera había atacado a su marido y ahora no lo recordaba?

¿Podría ser que albergara un monstruo en su interior? ¿Un monstruo que había asesinado brutalmente a su propio marido?

DIECISIETE
ISLA DE ONS

2024

RHEA

El cielo pende oscuro y espeso sobre el mar, aunque debajo de esa negrura flota la niebla, una pared húmeda y pegajosa compuesta de blanco y gris. Entre la bruma resistente surge el contorno de un pequeño barco de pesca. Se balancea y cruje sobre las olas que no dejan de golpear el casco del barco.

Rhea se agarra con dedos helados a la barandilla mojada, nota que el miedo y el frío se están convirtiendo en una masa paralizante en el interior de su pecho. Jadea desesperada.

¿Cómo, demonios, ha llegado a este maldito barco?

Otea el horizonte nebuloso, pero no ve nada, tan solo un abismo gris que amenaza con arrastrarla a sus profundidades.

Pero por mucho que se esfuerza por descubrir cómo ha llegado hasta aquí, no lo consigue. Es como si la noche la hubiera tragado y luego vuelto a escupir sin previo aviso ni explicación alguna. Los tablones bajo sus pies están resbaladizos, mojados por la espuma marina. La madera resulta desagradable y fría. La niebla le pesa sobre los hombros, se mezcla con el olor salado del mar.

El mar ruge con un frío cortante, le tira del cabello, hace que la tela ligera de su pantalón fino ondea alrededor de sus piernas. Tiene frío, se abraza para protegerse el cuerpo.

De entre la niebla surge una voz, confusa, distorsionada por el viento. Se gira hacia ella, no ve a nadie. El grito se hace más fuerte, más apremiante.

Un hombre le grita algo, pero si sus intenciones son de ayudarla o de hacerle algo terrible queda oculto. El sonido de su voz le resulta desconocido y a la vez extrañamente familiar, lo cual no hace otra cosa más que aumentar sus miedos.

¿Debería temerle? ¿Preocuparse por la presencia de ese hombre? ¿Es un aliado o un peligro?

De repente nota un golpe fuerte en la espalda. El barco se balancea como loco y antes de poder reaccionar, pierde el agarre de la barandilla, sus manos se agarran al vacío, no encuentran nada a lo que poder aferrarse.

Entonces todo se precipita.

Se tambalea, pierde el equilibrio y cae de espaldas al mar helado. La oscuridad la engulle al hundirse. El shock resulta brutal, el agua le cala la ropa, amenaza con arrastrarla hasta el fondo del mar. A su alrededor se hace el silencio, solo se oye el susurro del agua y los latidos acelerados de su propio corazón.

Rhea patalea, trata de agarrarse al barco, pero la madera está resbaladiza, le fallan las fuerzas. Se hunde cada vez más en la oscuridad del mar. El agua penetra en sus pulmones, le arden la nariz y la garganta. Lucha por respirar.

Entonces, en la calma de debajo de la superficie, ve a una mujer que flota sin moverse. Su rostro está vacío, no hay

ojos, ni boca, tan solo una superficie lisa, pálida, que destaca contra la negrura del agua.

—Lo siento, cariño. —Rhea oye una voz que no le llega a través de los oídos, sino que entra directamente en su cabeza. Una voz suave, triste, llena de pesar, tan cercana y, sin embargo, tan lejos.

Pero antes de poder reaccionar, el rostro se rompe igual que una pompa de jabón, se funde con el agua.

Ahora está sola y abandonada.

—¡Despierte! —Una sacudida recorrió el cuerpo de Rhea. Lanzó un grito, parpadeó confundida. Al principio no tenía ni idea de lo que había pasado, luego vio a Ellin, que la estaba mirando a través de unos ojos muy abiertos.

Rhea se incorporó, registró que Ellin se alejaba de ella algo rápido de más, que la miraba con desconfianza reflejada en el rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rhea agarrándose el pecho. Su corazón iba a mil por hora, como si acabara de ganarle una carrera a la muerte. Intentó desprenderse de la pesadilla, pero las imágenes eran aún muy recientes, la sensación de frío y miedo demasiado presente.

Por fin volvió a mirar a Ellin. Tenía la mano alzada, como queriendo protegerse de alguien. ¿De ella acaso?

Tragó insegura, estudió a Ellin.

—¿Qué hace aquí junto a mi cama?

La mujer se sobresaltó ligeramente, apartó los ojos.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Rhea sonó áspera y rota.

—Estaba preocupada por usted. Estaba gritando y pataleando como loca. Quise despertarla, pero usted… usted me pegó, así que tuve que… —Ellin se calló.

—¿Que qué?

—He tenido que darle una bofetada para que se calmara. Estaba asustada, ¿entiende? Y usted histérica. Y luego me pilló el brazo.

—¿Que la pillé? ¿Qué significa eso?

Ellin se arremangó para que Rhea viera las huellas azules de sus dedos.

—¿Eso he sido yo? —preguntó confundida.

Ellin tan solo se encogió de hombros, bajó rápidamente la manga y se levantó. Sin decir ni una palabra más, se fue de la habitación, cerró la puerta tras de sí, dejó a Rhea a solas con sus pensamientos.

El miedo volvió a apoderarse de ella lentamente. Ellin, que hasta ahora había parecido tan tímida y reservada, era todo un enigma. Parecía tan frágil y vulnerable, que le dolía haberle hecho daño sin querer. Y luego estaba Mattis. A él tampoco lograba calarlo del todo.

Por un lado, era un hombre tranquilo y prudente. Sin embargo, ayer había perdido completamente los estribos, le había transmitido la sensación de que de ahí en adelante más le valía estar atenta.

Sintió un escalofrío. Esas marcas oscuras en el brazo de Ellin – no podían ser suyas. Tardó en darse cuenta de eso. Las marcas eran demasiado grandes.

Titubeó, sintió todavía más frío. ¡Mattis! ¡Las marcas eran suyas! Era la única explicación posible. ¿Estaría Mattis maltratando a su mujer?

¿Qué mundo siniestro ocultaban las paredes de esta casa? ¿Existiría una historia de violencia y dolor oculta? Ellin, la que temía todo y a todos, y Mattis, que irradiaba una amenaza invisible, pero perceptible. Una sensación de la que Rhea no lograba desprenderse, por mucho que lo intentaba y deseaba.

Se levantó y fue al baño. El reflejo en el espejo mostró un rostro pálido y cansado. Los ojos estaban rodeados de ojeras profundas, como si hubieran visto y soportado demasiado. Contempló su rostro, buscó una explicación.

Le llegaron ruidos desde el pasillo, tazas entrechocando. Rhea siguió el sonido y abrió la puerta de la cocina. Ellin estaba sentada a la mesa, aferrada a una taza de té humeante. Estaba tensa, los ojos clavados en la mesa. Al entrar Rhea, los alzó.

—He preparado una infusión, para usted también: manzanilla con miel. La tiene en la encimera.

Rhea cogió agradecida la taza y se sentó. El calor de la infusión le atravesó las manos, sin embargo, no disipó el frío que sentía en su interior.

—Por lo de ayer… —comenzó con cautela.

Ellin alzó la cabeza y la interrumpió tajante.

—¿Por qué salió?

Rhea se encogió, se sintió pillada.

—Tenía que salir. Me estaba ahogando. Esta casa, Mattis, mi amnesia. Pensé que me volvería loca si no salía a coger algo de aire fresco.

—Mattis estaba muy preocupado —dijo Ellin calmadamente—. Quiso salir en su búsqueda, pero yo lo detuve. No quiero que ponga su vida en peligro por su culpa.

Estas últimas palabras de Ellin a Rhea le sonaron a provocación, sin embargo, intentó no entrar al trapo.

—Comprendo —replicó especialmente tranquila—. Y no pasa nada. Ya no soy una niña y no es responsabilidad suya cuidarme. —Carraspeó—. La reacción de su marido ayer, ¿qué significó, Ellin? Usted dijo que había un hijo, pero él…

—¿Qué?

—Me dio un poco de miedo la vehemencia de su reacción.

Ellin la miró a los ojos. Parecía furiosa. Llevó la taza a la boca para beber, pero se le escapó de las manos temblorosas, golpeó primero la mesa, luego cayó al suelo. Ellin pasó nerviosa la mano por el charco en la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó Rhea asustada.

—Es por Mattis. Ha salido. A pesar del temporal. Tengo miedo de que le pase algo —susurró Ellin.

Pero Rhea no se lo tragó, era como si las palabras de aquella mujer ocultaran mucho más. ¿Decía alguna vez la verdad? ¿Había algo que Ellin no se atrevía a decir?

¿Cómo se suponía que debía reaccionar ella?

Decidió ocuparse de lo más inmediato. Se levantó, buscó en las alacenas una escoba y un recogedor y empezó a recoger los pedazos de la taza. Fue un acto mecánico, casi meditativo, una manera de poner orden en aquel caos, aunque solo fuera

externamente. Decidió tirar los pedazos rotos fuera, abrió la puerta. El temporal le azotó de inmediato la cara. Seguía lloviendo a cántaros y la humedad se pegaba a los pulmones.

El contenedor de basura estaba junto a la puerta. Rhea abrió la tapa y miró dentro. Arriba del todo había una bolsa negra de plástico, una bolsa grande, pero que solo estaba llena hasta un cuarto de su capacidad. Llevada por la curiosidad tiró de ella y contempló su contenido. Bridas cortadas, tiras de cinta adhesiva usadas.

Fue la combinación la que la hizo estremecerse hasta lo más hondo. Los objetos resultaban amenazantes, como herramientas para algo que no podía ser bueno.

Rápidamente dejó la bolsa en su sitio, tiró los restos de la taza rota encima, cerró la tapa del contenedor y miró al cielo. La casa a su espalda estaba silenciosa, demasiado silenciosa.

Con el corazón latiéndole muy fuerte, regresó hasta la puerta.

De repente tuvo la sensación de volver a meterse en una trampa de la que, sin embargo, acababa de librarse.

De vuelta en la casa, Rhea recuperó su taza de manzanilla, dio un sorbo, aunque sin lograr saborearlo. Las preguntas no dejaban de danzar en su cabeza. ¿Quién era Mattis en realidad? ¿A qué venía ese miedo que parecía ensombrecerlo todo?

El mar allá afuera y el ambiente extraño aquí dentro se entrelazaron para crear una pesadilla fría, calma. ¿Y Rhea? En el ojo del huracán.

DIECIOCHO

LONDON

2014

BECCA

Becca solía alegrarse cuando, una vez más, llegaba a casa sana y salva tras haber sorteado el tráfico londinense. Sin embargo, esta vez, a medida que se iba acercando a casa, iba aminorando, como queriendo posponer la llegada, cuanto más mejor. Levaba todo el día dándole vueltas a la discusión con Arden. Se preguntaba cómo pudo haber escalado de tal manera.

Arden, al darse cuenta de que ella ya no se fiaba de él, de que dudaba de sus palabras, se había decepcionado mucho. Pero ¿acaso debería haber fingido ante él? ¿Mentirle? El ataque y todo lo acontecido en los últimos días señalaban en una única dirección. ¿Cabía la posibilidad de que su marido efectivamente no supiera por qué había sido víctima de aquel pérfido ataque?

La agresión a Arden bien podría ser el acto de un loco, perpetrado por un idiota, alguien que tuviera a Arden entre ceja y ceja, por el motivo que fuera. Pero ¿y la pintada en la casa? ¿Y las llamadas anónimas? ¿Y las palabras que ese individuo le había soltado la noche del ataque y luego al teléfono?

Con todo esto, ¿cómo podía ser que Arden no tuviera ni idea de nada?

Tenía que haber una razón para tanto odio y afán de venganza.

La palabra infidelidad pendía sobre Becca como la espada de Damocles cuando llegó a su casa. Apagó el motor, desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó del coche, que en esta ocasión no solo cerró, sino que, además, comprobó dos veces si el mecanismo de cierre efectivamente se había accionado.

A mayores, echó un vistazo alrededor antes de encaminarse hacia la puerta principal. Sin embargo, ya era noche cerrada y a la luz de las farolas de la calle no pudo distinguir nada sospechoso.

Aun así, temiendo que alguien la persiguiese, corrió hacia la puerta. En efecto, sentía un hormigueo en la nuca acompañado de la sensación de ser observada. Llevada por el miedo se giró de golpe, oteó la calle, pero no vio a nadie.

Pero eso no tenía por qué significar nada.

Había esquinas y sombras de sobra en las que poder ocultarse.

Le costó controlar la respiración mientras cogía la llave de casa. Los dedos le temblaban tanto que no fue hasta el segundo intento que consiguió meter la llave y abrir la puerta.

Nada más entrar, cerró la puerta de golpe y se tomó un momento para dejar la tensión atrás.

Apoyó la espalda contra la puerta, todavía con la respiración acelerada, y se centró en calmarse.

A continuación, cuadró los hombros, se sacó la chaqueta y los zapatos para subir a ver a Arden.

Sin embargo, al llegar al primer piso, volvió a invadirla ese mal presentimiento que se intensificaba a medida que se acercaba al dormitorio. Para sus adentros expresó el deseo de que Arden estuviera dormido para poder disfrutar de unos minutos para sí misma.

Abrió la puerta con cuidado, cerró los ojos un segundo, aliviada, al oír la respiración tranquila y los suaves ronquidos de Arden. Sin hacer ruido, emprendió la retirada y bajó a la cocina.

Una vez allí, sacó la botella empezada de vino y se sirvió una copa generosa. La necesitaba con urgencia, para calmar los nervios. Mientras la iba bebiendo, se acordó de la cajetilla de tabaco que había comprado al mediodía.

Por si las moscas. Había imaginado que necesitaría ese maldito cigarrillo que llevaba tres años sin tocar. Tres años atrás había dejado de fumar no solo por Arden, sino porque ella misma era consciente de que dependía cada vez más de aquella mierda.

Pero desde el asalto había perdido el equilibrio interno y dudaba de si alguna vez volvería a ser la misma.

Al menos no mientras no atrapen a ese cabrón que nos está haciendo todo esto, pensó.

Fue al pasillo, cogió el bolso que había dejado tirado en el suelo, buscó el paquete de cigarrillos ya empezado para dirigirse con él a la terraza, pero a los dos pasos se detuvo.

¿A la terraza? ¿Al exterior?

Era como si el hormigueo fuera una señal que le mandaba el cuerpo, advirtiéndole que mejor sería no hacerlo. Miró alarmada la puerta de cristal del salón que daba al exterior.

Dio medio vuelta, regresó a la cocina. Allí abrió la ventana por arriba, encendió un cigarrillo, dio la primera calada, expulsó el aire lentamente, cerró los ojos.

El timbre del teléfono en el pasillo la sobresaltó.

Tiró rápidamente el cigarrillo empezado en el fregadero, fue al pasillo. Parada delante del teléfono, se quedó mirando titubeante el aparato. ¿Y si era otra vez ese hombre?

¡Pues en ese caso llamas a la policía! Que pinchen el teléfono para identificar a la persona que llama.

Becca sacudió la cabeza. Era el procedimiento que usaba la policía en casos de secuestro o asesinato, pero seguramente no cuando alguien llamaba una y otra vez y solo respiraba contra el auricular.

Dado que el teléfono no dejaba de sonar, Becca se armó de valor, descolgó. En la pantalla apareció el aviso de que se trataba de un número desconocido.

—Diga —logró decir con voz áspera por la tensión.

Nada.

Silencio absoluto al otro lado.

Luego una respiración suave, igual que la otra noche…

La rabia la inundó.

—¿Qué mierda quieres de nosotros, hijo de puta? ¿No te ha llegado con darle una paliza de muerte a mi marido?

Se oyó un jadeo.

Luego un sollozo reprimido.

A Becca se le heló la sangre.

¡No se trataba de un hombre!

—¿Hola? —gritó—. ¿Quién es?

Un carraspeo suave.

—¿Con quién hablo? —Efectivamente, era la voz nerviosa, casi rota, de una mujer, joven, casi infantil.

—¡Tendrá que saber a quién ha llamado, digo yo! —le espetó Becca, avergonzada acto seguido por aquella reacción tan hostil. Podría haberse tratado de una equivocación, que la joven hubiera marcado mal.

—Lo siento —fue la respuesta—. Es que le di al botón de rellamada.

Becca se quedó de piedra.

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

—Eso me pregunto yo también —fue la respuesta nerviosa de la mujer al otro lado de la línea—. En los últimos días este número se marcó varias veces desde el mío, casi siempre en plena noche. Será mejor que me lo explique usted a mí.

—Yo… no lo comprendo —balbuceó Becca.

—Pues yo tampoco —le respondió la otra—. ¿Y qué acaba de decir de su marido? ¿De dónde saca que yo le he hecho algo? Si ni siquiera la conozco.

Becca cerró los ojos, no tenía ni idea de qué significaba todo aquello. Acabó soltando un suspiro de resignación.

—A mi marido lo atacaron hace unos días, le dieron una paliza brutal. Poco después alguien hizo una pintada asquerosa en la pared de mi casa escribiendo la palabra Cerdo en letras grandes. Luego empecé a recibir llamadas nocturnas, siempre bajo número oculto. Normalmente no me hablaban, solo respiraban. En otra ocasión un tipo soltó barbaridades sobre mi esposo. Es por eso por lo que he saltado antes. Pensaba que usted era el tío ese.

Silencio al otro lado de la línea. Luego un suspiro.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a llamarle mi marido y, aun por encima, bajo un número oculto?

—Esa pregunta me la hago yo también. Además, me interesaría saber qué tiene que ver su marido con el mío y si es él quien lo ha dejado así maltrecho.

—¡Mi marido no fue! —espetó la otra mujer—. Jamás le haría daño a otra persona. Mi marido es policía y no un criminal.

—¿Policía? —Becca no podía dar crédito—. ¿Que su marido es policía?

Ninguna respuesta.

—¿Por qué iba a llamarme un policía y no identificarse ni hablar o insultar a mi marido? No tiene sentido.

Al otro lado de la línea se oyó un llanto.

—¿Por qué llora?

De nuevo ninguna respuesta. Luego un carraspeo.

—¿Cómo se llama su marido?

Becca reflexionó, luego decidió que contestar a esa pregunta podría ser de ayuda.

—Arden —dijo—. ¿Y el suyo? ¿Cómo…?

—¿Acaba de decir Arden? —La voz de la mujer sonó afónica y ronca, como si de repente tuviera un miedo espantoso.

—Sí, exacto, mi marido se llama Arden. ¿Y cómo se llama el suyo?

Un clic en la comunicación.

¡La mujer había colgado sin más!

DIECINUEVE

ALJEZUR

2017

JENNY

La alfombra olía a tabaco rancio y lejía barata. Las cortinas estaban corridas, pero la luz que penetraba a través de ellas inundaba la habitación de un color grisáceo enfermizo. Jenny no tenía ni idea de la hora que era. Estaba tendida en la cama, sin moverse, mirando el techo amarillento, tratando de no pensar en nada, de no sentir nada, con el único deseo de volver a dormirse.

Pero había demasiadas cosas que se lo impedían. El edredón áspero rascaba. La ropa se le pegaba a la piel, más que dormir había entrado en un estado de inconsciencia en el que se fundían recuerdos y sueños, atravesados por la voz de Bobby, la risa de Lucas, el ulular de las sirenas y el olor metálico de la sangre.

Solo de pensar en el charco de sangre en el que había encontrado a Bobby se le formaba un nudo en la garganta.

Para evitar otro ataque de pánico, se concentró en los chirridos que emitía el ventilador colocado en la esquina. De mucho no servía aquel aparato: el aire seguía asfixiante, rancio, como todo lo demás.

Se centró en estos últimos tres días de su vida que lo habían cambiado todo.

Tres días malditos, desde el instante en que había encontrado a Bobby. Tres días desde la desaparición de Lucas.

Días en los que apenas había comido ni bebido.

Su estómago reaccionaba con arcadas a todo, incluso al agua.

Llamaron a la puerta. Se abrió. Entró su madre, con una bandeja en la mano, llena de comida del bar cutre de abajo. Miró con cara de asco los dos cruasanes secos, la taza de café que olía igual de amargo como seguramente sabría. Seguro que ya estaba frío. Además, media manzana, ya algo marrón, cortada en rodajas.

—Tienes que comer algo —le pidió su madre tendiéndole la bandeja. Su voz sonó rasposa, cansada.

Jenny se incorporó. Le dolía todo. Los hombros, la espalda, el pecho y el estómago. Sobre todo, el estómago… Miró a su madre.

—Gracias. Y perdona que desde ayer apenas haya dicho nada. Es que sigo muy cansada y ya no puedo más.

—Lo sé, cariño. —Se sentó en el borde de la cama, le sonrió, le acarició el cabello, igual que solía hacer en el pasado. Eso era casi lo peor. La normalidad de ese gesto en medio de todo aquel caos.

Su madre le agarró la barbilla entre el pulgar y el dedo índice, de esa manera la obligó a mirarla.

—En serio, tienes que comer algo.

Jenny negó con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Sé que cuesta —dijo su madre mientras se pasaba la mano libre por la cara—. Pero también tendrás que hablar sobre ello. No puedes guardártelo todo, meter todo para dentro.

Jenny sabía que su madre tenía razón. Pero ¿qué decirle?

—Ya lo sabes todo —susurró finalmente.

Su madre frunció el ceño.

—Eso no es verdad, Jenny. Solo sé lo que pone en los periódicos. Y lo que dice la policía. Quiero saber lo que tienes que decir tú. Y cómo pudo escalar hasta este punto.

Jenny abrió mucho los ojos.

—¿No creerás que fui yo?

—No, hija, pero la policía sí. Y quiero saber por qué creen eso. ¿Por qué no me cuentas todo desde el principio?

Jenny cerró los ojos.

—Fue… una pesadilla, en serio, Mamá. Lo peor que he visto en mi vida. Yo… apenas recuerdo los detalles. Solo veo toda esa sangre ante mí. Y la cama vacía de Lucas.

—¿Qué pasó los días previos? ¿Discutisteis?

—No. No exactamente. Estaba cabreado conmigo. Decepcionado. Ya no le quedaban fuerzas para seguir así. Al menos eso fue lo que me dijo.

—¿Y tú? ¿Volviste a beber?

Jenny se sobresaltó.

—Dime la verdad, Jenny.

Asintió casi imperceptiblemente.

—A veces. Por las noches. Solo una copa. A veces dos.

Su madre se quedó mirándola un buen rato.

Al principio, Jenny creyó ver un reproche mudo en su mirada, pero luego comprendió que era dolor. Y tristeza.

—¿Y qué pasa con tus medicamentos? ¿Sigues tomándolos?

Jenny apretó los labios.

—Ya no. Los dejé hace medio año.

—¿Y por qué?

—Porque creía que podía sola. Por Lucas. Esas pastillas me dejaban en un estado letárgico. Tenía constantemente sueño.

Emma inspiró hondo.

—¿Y Bobby cómo se lo tomó? ¿Lo aceptó?

Jenny se rio, una risa amarga.

—No lo sabía.

—¿Por qué no?

—Porque últimamente las cosas eran complicadas entre nosotros. Su trabajo le exigía mucho. No quería agobiarlo aún más.

—O sea, que se dio cuenta de que bebías.

—Sí. Y se enteró de que fracasaba como madre. Una y otra vez.

—¿Por qué eres tan dura contigo misma?

—Porque es la verdad. Y porque Bobby me lo dijo un sinfín de veces.

—¿Y por qué no te ayudó en vez de hacerte tantos reproches?

—Lo intentó.

—Se ve que no lo suficiente.

—Eso no lo sabes. Tú no estabas presente. Era muy paciente conmigo, me pedía una y otra vez que pidiera ayuda, intentaba hablar conmigo, pero…

—¿Qué?

—Hablar resultaba demasiado doloroso.

—De modo que no le brindaste la oportunidad de ayudarte.

—Más o menos.

—Quería el divorcio.

Jenny miró sorprendida a su madre.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa, cariño. —Cogió aire, la observó—. ¿Cuál fue tu reacción cuando te lo dijo?

—Quería enmendar mis fallos, pensé que las vacaciones me ayudarían… a ambos. Pero volví a fastidiarla. Compré una botella de vino, me la bebí y Bobby me encontró. Claro que se enteró de que bebía.

Jenny notó la mano de su madre en el hombro.

—¿Por qué bebes? ¿Por qué te haces tanto daño? ¿A qué viene esa tortura constante? ¿Sigue siendo por aquello?

Jenny tragó.

—¿Así que ese es el motivo?

Jenny no dijo nada, tan solo asintió con la cabeza.

Su madre suspiró.

—Cariño, tienes que soltar de una vez. No fue culpa tuya. Lo que ocurrió no fue por tu culpa. Tú fuiste una víctima, ¿me oyes? Nadie te reprochó en ningún momento lo que tuviste que hacer.

Jenny soltó aire, asintió.

—Es solo que resulta muy difícil, ¿entiendes? Supongo que es por eso por lo que la he fastidiado con Lucas.

Su madre carraspeó.

—Si eso es lo que crees, que sepas que Bobby también la fastidió. Cuando las cosas se complican, no sirve salir huyendo.

Jenny la miró.

—¿Lo dice la mujer que con dieciséis años me dejó con mis abuelos?

Los ojos de su madre se inundaron de lágrimas.

—Fue una época difícil para todos nosotros. Tú estabas destrozada por todo lo ocurrido y yo… sí, yo también cometí errores.

Era demasiado débil. Pero esto es el aquí y ahora. Ahora soy fuerte y voy a estar a tu lado apoyándote siempre que necesites mi ayuda.

Jenny alzó los ojos al techo.

—Al igual que Lucas necesita de mi ayuda. —Se tapó la cara con las manos, lloró—. Anda por ahí a saber dónde. ¡Tal vez completamente solo!

—Van a encontrarlo. Está vivo. Lo presiento.

—¿Y si realmente creen que he sido yo? ¿Que maté primero a Bobby y que luego lo maté a él?

Su madre guardó silencio.

Jenny se giró hacia ella.

—Mi cuerpo estaba lleno de su sangre. Mis huellas dactilares en el cuchillo. Bajo mis uñas encontraron partículas de la piel de Bobby. Y no hay ni el menor indicio de que alguien hubiera allanado la casa. Los vecinos dicen que habíamos discutido.

—¿Fue así?

—Sí. Yo estaba borracha. Esa es la razón de por qué no recuerdo nada. A los ojos de la policía, perdí el control. Me miraban como si fuera una criminal peligrosa.

Su madre abrió los ojos alarmada.

—¿Hablaste con la policía? ¿Sin un abogado?

—Dijeron que querían ayudarme a encontrar a Lucas. Al asesino de Bobby. ¡Igual que yo!

—¡Jenny! —Su madre se pasó la mano por el pelo—. Quieren cerrar el caso. No ayudarte.

—No tengo dinero para poder costearme un abogado.

—¿Cómo puede ser? Bobby cobra bien y sus padres son ricos.

—Pero es dinero suyo, no mío. Hace años que no trabajo. Bobby corría él solo con los gastos de la casa. Me daba una paga generosa, pero no llega para poder permitirme un abogado.

Su madre sacudió la cabeza.

—¿Una paga? ¡Cariño! ¿Cómo pudiste permitir llegar al extremo de depender así de él?

Jenny se enfureció.

—¿En serio? ¿Eso es lo que te importa ahora?

—Perdona, tienes razón. Y no, no es importante, pero, aun así, necesitas urgentemente asistencia jurídica. La pagaré yo.

Jenny la miró sorprendida. Su madre estaba pálida, pero decidida.

—No tienes por qué hacerlo. A ti tampoco te sobra el dinero.

—Eres mi hija. Mi única hija, por la que haré lo que haga falta.

Las palabras de su madre le originaron un dolor en el pecho, los recuerdos regresaron. El día de ayer. La comisaría. La luz estéril. Los bancos desnudos. Y lo peor de todo: los padres de Bobby.

John Wood, las manos temblorosas, la voz rota. Su mirada la había golpeado como un relámpago – llena de dolor, pero no de odio.

Beth, sin embargo, era harina de otro costal. Su mirada había sido fría y penetrante. Sus palabras devastadoras.

—Siempre he sabido que eras una loca que arrastrarías a Bobby al abismo. Mi hijo… jamás debió… —No había acabado la frase, se había roto, agarrado a su marido.

Lo que ocurrió después, Jenny no lo recordaba. Solo recordaba esa rabia casi tangible que flotaba en el aire. El desmayo. Uno de los policías se había acercado para calmar a Beth.

En cuanto a ella: incluso los policías la habían ignorado.

Pero no era eso lo que le causaba los quebraderos de cabeza. Era la reacción de Beth, la cual, por otro lado, no debía de sorprenderla. Ella nunca le había caído bien a Beth. Incluso el día de la boda, la sonrisa de su suegra había sido postiza, fría. Jenny no sabía si se debía a sus orígenes, a su pasado o simplemente al mero hecho de existir.

Pero ayer, Beth se lo había hecho sentir de manera cruel. Y si la propia Beth la consideraba culpable, entonces pronto lo harían todos los demás.

—¿Qué pasa, cariño?

—Es solo que acabo de recordar que ayer vi a John y a Beth.

—¿Y? ¿Ellos qué dicen?

—Beth me miró como si hubiera sido yo la que hubiera apuñalado con mis propias manos a Bobby.

—Conozco a esa mujer —dijo su madre—. Nunca le has gustado. Me di cuenta desde el primer momento. Ya en la boda. No, antes incluso, durante la primera visita. Parece que no te consideraba lo suficientemente buena para su hijo.

—Le dijo a la policía que yo sufría de depresiones. Que era una mujer impredecible. Que Bobby temía por Lucas.

—¡Santo cielo!

Jenny asintió.

—Quiere verme destruida. Y quiere que me condenen. Pero, si eso pasa, si todos creen que estoy loca, entonces Lucas se habrá ido para siempre. ¡Dejarán de buscarlo!

Su madre le cogió las manos, se las apretó.

—No voy a permitir eso, cariño. ¡Bajo ningún concepto! ¡Te lo juro!

Jenny cerró los ojos, notó las lágrimas. El día aún no había empezado y ya no le quedaban fuerzas para levantarse y enfrentarse a él.

Aun así, se obligó a abrir los ojos, miró a su madre, intentó esbozar una sonrisa de agradecimiento.

Bajo ningún concepto podía rendirse. No ahora.

Tenía que luchar.

No solo por ella, sino por Lucas.

Y por la verdad. Por muy enterrada que esta estuviera.

VEINTE

LONDON

2014

BECCA

Arden la estaba mirando adormilado, después de que ella le hubiera hablado de la llamada misteriosa del día anterior.

—¡Te conoce! —insistió Becca con la voz atropellada. Bastante le había costado no pedirle cuentas anoche, justo tras la llamada. Que Arden ahora tan solo la mirara sin decir nada, como si primero tuviera que despertar del todo, fue la gota que colmó el vaso. De hecho, había intentado despertarlo para la cena, pero Arden había seguido roncando pacíficamente.

A raíz de lo cual ella había decidido dormir en la habitación de invitados, con la excusa de hacerlo por el bien de la curación y el descanso de Arden. Pero lo cierto era que estaba furiosa con él, simple y llanamente.

Que esa mujer hubiera colgado el teléfono al oír su nombre tan solo podía significar que, efectivamente, se conocían y que probablemente estuvieran liados. La mujer había sonado desequilibrada, casi atemorizada. Y ahora Arden tratando de salvarse con un silencio poco creíble.

Lo miró furiosa.

—Si no es verdad que te veías con esa mujer, ¿por qué colgó sin decirme cómo se llama su marido? ¿O ella? —Cogió aire, echó la cabeza atrás—. Voy a decirte por qué —emitió por fin y con mucho

esfuerzo—. Porque mientras estábamos hablando, ató cabos y ¡fue precisamente cuando le dije cómo te llamabas!

Arden se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y sacudió la cabeza.

—Becca, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo? Nunca he tenido, ni tengo ningún lío con nadie. Por favor, ¡tienes que creerme! —Inspiró hondo—. Todo esto no tiene ningún sentido. Párate a pensar, cariño: ¿por qué iba una mujer llamar a casa si está igual de perdida que tú? ¡No tiene lógica!

—¿Qué es lo que no tiene lógica?

—Becca, ¡piensa! Si estuviera liado con ella, ¿no crees que se hubiera dado cuenta de la relación antes, a más tardar, cuando descolgaste?

Becca se encogió de hombros.

—Puede que no le hablaras de mí y que crea que eres soltero. Dicen que eso ya se dio.

—¿Y va ella y le cuenta a la supuesta esposa de su amante, *motu proprio*, que su marido es agente de policía?

—¡No lo sé! —gritó Becca—. Solo intento sacarle algo de sentido a todo esto.

—¿Y para hacerlo solo barajas esta posibilidad? ¿Que yo te esté poniendo los cuernos?

Ella suspiró, se tapó la cara con las manos.

—Podríamos involucrar a la policía. Al fin y al cabo, ahora tenemos una pista. Sabemos que el hombre que me agredió y me dejó de esta guisa es un policía. Al menos, eso parece.

Becca dejó caer las manos, miró a Arden, se encogió de hombros.

—¿Y de qué serviría? La inspectora que lleva nuestro caso está convencidísima de que eres un adúltero. ¡No va a mover ni un solo dedo para desmontar a unos de sus compañeros!

—Cierto. —Arden suspiró—. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

Becca estudió su rostro, se mordió el labio, medio dispuesta a creer los argumentos de él.

—¿Podría ser cosa de alguna ex tuya?

Arden la miró sorprendido.

—¿Y de dónde sacas eso?

—¿No podría ser que haya alguien en tu pasado que quiera saldar cuentas contigo ahora?

—A ver, claro que hubo otras mujeres antes que tú, pero ninguna de ellas me guarda rencor. Rompí amigablemente con todas ellas.

Ella frunció el ceño, puso todo su empeño en aclarar el lío que tenía montado en su cabeza. Acabó dándose por vencida.

—¿Tienes al menos alguna idea? —preguntó finalmente—. ¿Seguro que no hay ninguna mujer con la que tuvieras algo que ver y que pudiera estar cabreada contigo? ¿Tan cabreada como para mandarte a su marido? Podría ser cualquiera, una antigua vecina o compañera de trabajo.

—Como ya te he dicho: cariño, no hay nadie, nadie que yo sepa.

Miró a Arden, buscó en su rostro la respuesta a la pregunta que le rondaba la cabeza: ¿le estaba mintiendo? Sin embargo, su mirada parecía sincera. Aun así, hubiera dado lo que fuera por poder leerle la mente.

—Sigues sin creerme.

Ella hizo una mueca.

—¿Cómo estarías tú en mi lugar?

—No dudaría de ti ni por un solo segundo.

—¡Eso no lo sabes porque no estás en mi situación!

—¡Sí que lo sé! —replicó él—. Lo sé porque me fío de ti al cien por cien.

Ella apartó la mirada, a punto de irse le dio un dolor agudo en el bajo vientre. Se dobló cual navaja, soltó un gemido de dolor.

—¿Qué te pasa, cariño? —Había preocupación en la voz de Arden. Al mirar hacia él, vio que este intentaba levantarse de la cama.

—¡No te levantes! —lo retuvo—. De vez en cuando me da este dolor. Es molesto, pero soportable. Y los mareos seguro que son por culpa de la preocupación. Pero como te caigas porque no te sostienen las piernas, ¡la armamos gorda!

Arden parecía demasiado perplejo como para responder. Suspiró y se dejó caer de nuevo en la almohada. Parecía molesto.

—Siento ser tan borde —trató de disculparse ella mientras le costaba tragar.

Él la miró, asintió finalmente.

—Ya está olvidado. De todos modos, deberías ir al médico, cariño. Cuanto antes, mejor.

Ella rechazó la propuesta con un gesto de la mano.

—Lo dicho, seguro que es por el estrés.

—¿Y tienes náuseas? —preguntó Arden de repente. A Becca le pareció que había recelo en su voz.

—A veces —admitió.

—¿Cuándo te bajó la regla por última vez? —quiso saber él.

—Hace tres semanas —respondió ella—. Aunque fue un sangrado muy débil. —De repente se tensó, las ideas en su cabeza se volvieron locas.

Miró a Arden y lo que vio reflejado en su rostro fue una mezcla de miedo, alegría e inseguridad.

—Tienes que ir al médico, Becca, hoy mismo. Puede que estés…

—Embarazada —terminó ella la frase por él. Notó una oleada de euforia atravesándole el cuerpo, una euforia que se mezcló con la negatividad de los últimos días. Permaneció un atisbo de esperanza, algo de luz en medio de tanta oscuridad.

—El sangrado débil podría ser un indicio. Suele pasar, ¿no? —La voz de Arden se abrió paso hasta su consciente.

Ella asintió lentamente.

—Ayer me compré una cajetilla de tabaco —confesó, aunque sabía que sobraba confesarle eso a su marido. Como si no tuvieran ya bastantes problemas serios de verdad.

Arden la miró, intentó sonreír, pero solo consiguió una mueca de dolor.

—Ya me había parecido.

Becca esperó por si venía algo más, sin embargo, Arden tan solo la miraba.

—Estaba hecha polvo —admitió—. Sigo estándolo.

—Pues con más razón hay que asegurarse de si estás esperando un bebé. Así sabrás qué podrás hacer de aquí en adelante y qué no. Podemos ir tomando medidas.

—¿Como por ejemplo?

—Podríamos ir a vivir una temporada con mis padres, hasta que la situación se haya calmado.

—¡Por encima de mi cadáver! —salió disparado de la boca de Becca, negó vehementemente con la cabeza—. Sabes que me caen bien tus padres, pero vivir con ellos… ¡Eso no va a salir bien! Además… —Se interrumpió para dar con las palabras adecuadas—. No voy a permitir que ningún idiota me eche de mi propia casa.

—¿Entonces?

—Pues tendremos que hacer de tripas corazón —respondió ella —. Tan pronto la policía haya metido a ese cerdo entre rejas, estaré mejor.

Arden extendió la mano hacia ella, pero ella dudó.

—Por favor —le pidió él muy serio.

Ella cedió y se sentó en la cama junto a él.

Arden le cogió la mano, se la apretó suavemente.

—Vamos a superar esto, prometido.

—¿De verdad lo crees?

—Sí porque sé quién soy y que no tengo nada que ocultar. No ante ti y no ante la policía.

—Vale. —Ella le devolvió el gesto, se levantó—. Debería ir a la oficina, pero creo que voy a tomarme el día libre e ir a la consulta del Dr. Snider. A la vuelta haré la compra. ¿Necesitas algo?

Arden negó con la cabeza, soltó un gemido.

—Aunque un chuletón no estaría mal.

Ella lo miró, hizo una mueca.

—Buen intento, pero va a ser que no. Para ti sopa, tal como recomendó el médico.

Becca fue hasta la puerta, en el umbral, se giró hacia Arden.

—¿Quieres un té antes de que me vaya? ¿U otra cosa?

—No, gracias. Creo que voy a seguir durmiendo un poco más. Hasta que vuelvas. Estos medicamentos me tumban cada vez que los tomo.

Becca sonrió.

—Si resulta que no estoy embarazada, esta noche te robaré alguna pastilla. A ver si así consigo volver a dormir de un tirón yo

también.

Cuando a los pocos minutos se dirigía a su coche, vio una nota metida debajo del limpiaparabrisas.

Se le aceleró el corazón, recordó la sensación de anoche. Había notado que alguien la estaba observando a pesar de no haber visto a nadie.

Con paso titubeante se dirigió hacia el coche, cogió el papel, lo desdobló, leyó las palabras, unas letras mayúsculas ganchudas.

Rompió a sudar, ni un segundo después, le entraron arcadas.

Apartó la mirada del papel, la dirigió hacia la casa, controló el impulso de regresar y atrincherarse en casa.

Volvió a leer la nota.

¿Cómo es estar casada con un monstruo?

Con dedos temblorosos arrugó el papel, lo tiró con desprecio y rabia.

Deberías ir con esto a la policía, le susurró una voz en su cabeza.

Al darse cuenta de que eso era cierto, suspiró, recogió la bola de papel del suelo. Luego se sentó en el coche y arrancó.

VEINTIUNO

FARO

2017

JENNY

Aquí volvían a estar tras lo que parecía una sentida eternidad. El cuero resbaladizo del sillón del mugriento vestíbulo ya se había adherido a las piernas de Jenny. Su madre estaba sentada frente a ella, el móvil entre los dedos, como si fuera una arma. No había dejado de telefonear desde primera hora de la mañana.

Con quién hablaba era algo que no le había revelado a Jenny. Tan solo le había dicho que había encontrado a alguien.

A un abogado. Un buen hombre, como enfatizó. Un hombre con experiencia en casos como el suyo.

A Jenny le daba igual. Le daba igual todo. El café que tenía delante estaba frío. Su mirada se dirigía constantemente hacia la pared detrás de su madre, mejor dicho, hacia el cuadro que representaba un acantilado oscuro, casi negro, sobre el que volaba una bandada de gaviotas. Mientras lo miraba se imaginaba qué opinaría Lucas sobre el cuadro. Seguramente preguntaría si ese sitio estaba cerca. O si podían bañarse allí.

Por fin su madre dejó el móvil. Pero la tranquilidad no duró ni un minuto. El móvil empezó a vibrar de nuevo.

Su madre miró la pantalla, palideció.

—¿Qué pasa? —preguntó Jenny alarmada.

—Están ahí fuera—. La madre alzó los ojos—. Los buitres de la prensa. Varias unidades móviles con cámaras. Acaban de avisarme de recepción.

A Jenny se le revolvió el estómago.

—¿Y ahora qué hacemos? En algún momento entrarán, ¿y luego qué?

—Deja que me encargue yo. —Tecleó un mensaje en el móvil, inspiró hondo—. ¡Hala! ¡Listo!

No habían transcurrido ni veinte segundos cuando volvió a sonar el móvil.

Jenny estaba demasiado distraída y asustada con la idea de que los periodistas la harían pedazos si conseguían ponerle un micrófono delante. Llevada por el pánico se hundió en el sillón y cerró los sentidos a todo. Se esforzó especialmente en no enterarse de lo que le estaba diciendo su madre al móvil.

—¿Jenny?

Sobresaltada alzó los ojos.

—Vamos a recoger nuestras cosas y a largarnos de aquí. En diez minutos vienen a buscarnos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no podemos quedarnos aquí. El abogado va a enviar a alguien que nos llevará a Faro. Allí hay más movida y pasarás desapercibida entre la multitud de turistas.

—Pero ¿puedo?

Su madre soltó un bufido, hizo una mueca.

—¡Que ni se atreva la policía a decir algo, que se las verán conmigo! Lo importante ahora es que tú estés a salvo. Y ahora, vamos, que tenemos poco tiempo.

De repente todo era ajetreo. Su madre se levantó de un salto, regresó a la habitación. A Jenny le llevó algo más reaccionar. Le pesaba el cuerpo. El suelo bajo sus pies parecía haberse inclinado. Cuando entró en su habitación, había ropa tirada por todas partes, como si por allí hubiera pasado un ciclón. Había traído poca cosa: unas cuantas camisetas, vaqueros, ropa interior.

Las cosas de Lucas y Bobby seguían en la casa vacacional.

Poco después estaban sentadas en un coche negro con los cristales tintados. El chófer no abría la boca. La madre le indicó brevemente a dónde querían ir.

Un hotel de lujo en el que se daba mucho valor a la privacidad de los huéspedes, le explicó su madre en voz baja. Lo había organizado el abogado y ella correría con los gastos. Los del hotel y de su asesoramiento jurídico.

—No sé si podré devolverte todo este dinero —dijo Jenny abrumada, pero agradecida al mismo tiempo por poder contar con la ayuda y el apoyo de su madre.

Su madre le cogió la mano, se la apretó.

—No tienes que devolverme nada, ¿vale? Yo solo quiero que estés en buenas manos. Me importas mucho más que todo el dinero del mundo. Si hiciera falta, vendería todo lo que tengo.

Jenny no supo qué decir, se aisló de la emoción que la invadió. Cansada apoyó la cabeza contra el cristal frío de la ventanilla. En su cabeza se estaba proyectando una película. Las escenas avanzaban y retrocedían en el tiempo. Todo estaba fragmentado. Recordaba el sonido del vino en la copa. El silencio de la casa. La soledad que había sentido. La botella en la mano. Pero luego… un corte abrupto en el celuloide.

—Ya nos está esperando en el vestíbulo —la informó su madre.

—¿Qué? ¿Quién? —Jenny se sobresaltó, sus pensamientos la habían llevado muy lejos.

—Pues tu abogado.

No fue hasta ese momento que Jenny se fijó en que estaban parados ante la entrada de cristal de un ostentoso hotel de lujo. Un botones abrió la puerta del coche.

Jenny respiró hondo. Luego se apeó.

El abogado era más joven de lo que Jenny se había imaginado. Tal vez cuarenta y pocos, delgado, ojos oscuros. No llevaba americana, tan solo una camisa arremangada. Se levantó al verlas entrar, se presentó:

—Soy Álvaro da Cruz. Abogado penalista portugués, especializado en asesinatos y desapariciones con carácter internacional. Supongo que es con usted con quien he estado hablando por teléfono —dijo dirigiéndose a la madre de Jenny—, es decir, usted debe de ser Emma. ¿Emma Williams? ¿Y usted es Jenny Wood?

Le tendió la mano a cada una de ellas.

Antes de poder decir Jenny algo, su madre volvió a tomar las riendas y colocó un brazo protector alrededor del hombro de su hija.

—Pienso quedarme aquí sin separarme de mi hija ni un solo momento.

Da Cruz sonrió fugazmente.

—Tampoco esperaba lo contrario. —Las invitó con un gesto de la mano y asintió con la cabeza dirigiéndose tanto a Jenny como a la madre de esta.

Parecía haber inspeccionado previamente el terreno porque las guio hasta una mesa pequeña en la parte de atrás del vestíbulo, un poco alejada del resto de los huéspedes. Respaldaba esa impresión el hecho de que al instante se acercara un camarero con una bandeja con refrescos y una botella de agua sin haber esperado la comanda.

—Tomen asiento —las invitó Da Cruz antes de sentarse él.

—Gracias —fue lo único que consiguió emitir Jenny antes de acomodarse.

—Antes de nada —comenzó Da Cruz—, quiero decirles que me tomo muy en serio su caso. Y haré todo lo posible por ayudarla, señora Wood.

Jenny asintió de manera mecánica. Su madre apretó los labios, parecía nerviosa.

—Ya he podido echarle un vistazo al informe policial provisional. A primera vista, las pruebas con las que cuentan las autoridades

portuguesas pueden considerarse incriminatorias. —Pausa—. Muy incriminatorias.

Jenny tragó. Estaba agarrando con fuerza el vaso de agua que el abogado debía haber pedido antes de su llegada.

—¿Qué dice exactamente el informe?

Da Cruz dejó una carpeta en la mesa. No la abrió, solo la miró.

—Once puñaladas. La primera en la garganta. Seguramente mientras se encontraba en posición horizontal. Después de eso, la víctima parece que se arrastró hasta el pasillo donde el agresor le asestó diez puñaladas más. En la espalda, el pecho, así como en los hombros y la barriga. Heridas profundas que indican que había mucha rabia y odio involucrados. Un odio abismal. Pero también hizo falta mucha fuerza para asestar esas puñaladas.

—¿Odio? ¡Yo amaba a Bobby sobre todas las cosas!

El abogado prosiguió impasible.

—El arma del crimen es un cuchillo de cocina japonés, de la casa. No presenta huellas dactilares de terceros. Tan solo las suyas. Ningún indicio de allanamiento. Tampoco de que hubiera alguien más en el interior de la casa. Tan solo huellas suyas, de su marido y de su hijo.

—Pero yo… —empezó ella, pero él la detuvo con un gesto de la mano.

—Lo sé. Según su declaración, usted estaba durmiendo. Había estado bebiendo. Dos copas de vino en un bar, una botella en casa. Luego se quedó dormida. ¿Correcto?

Ella asintió despacio.

—Pero tampoco recuerdo haberme metido en cama. En mi cabeza solo hay un vacío enorme que arranca en el momento que llegué a casa.

—Despertó usted al mediodía del día siguiente. Llena de sangre. Bobby ya estaba muerto. Lucas, desaparecido.

Ella volvió a asentir con la cabeza.

—Los análisis toxicológicos lo confirman: alcohol sí, drogas no. Ni tranquilizantes. Ningún indicio de que la hayan sedado. Lo cual no significa que haya mentido usted, pero sí que complica la posibilidad

de barajar otras hipótesis. —Da Cruz se recostó. Guardó silencio por un momento, carraspeó—. No la han detenido aún. ¿Sabe por qué?

Jenny negó con la cabeza.

—Porque todavía no han encontrado al niño. —La miró fijamente, directamente a los ojos.

—¿Y eso qué significa?

—Mientras siga la posibilidad de que Lucas esté con vida, cabe también la posibilidad de que haya habido un intruso en la casa. No hay huellas, sin embargo, existe la alternativa de un secuestro. Que alguien se haya llevado a su hijo y matado a su marido. —Volvió a guardar silencio. Luego frunció el ceño—. Sin embargo, si llega a aparecer el cuerpo de Lucas, la cosa pintará muy mal para usted.

El corazón de Jenny iba a mil. Su madre había palidecido.

—¿Eso significa que mientras no lo encuentren…?

—Tenemos una posibilidad. Pequeña, pero tenemos que aprovecharla.

—¿Cree que he sido yo? —La voz de Jenny apenas fue un susurro.

Él le mantuvo la mirada.

—Creo que no lo recuerda usted todo. Y ahora que la he conocido, no la creo capaz de hacer algo así. Pero eso no cuenta. Lo único que cuenta es aquello que se puede demostrar. Lo que nos lleva a la pregunta decisiva que he de hacerle: señora Wood, ¿asesinó usted a su marido Robert Simon Wood asestándole once puñaladas y le hizo usted algo a su hijo Lucas Wood?

Jenny reculó, le costó no salir corriendo.

—Lo siento, pero, como asesor jurídico suyo, tengo que hacerle esta pregunta, independientemente de lo que crea yo. Tenemos que poder confiar el uno en el otro. Quiero ayudarla y para eso necesito la ayuda de usted. Y esta empieza siendo usted completamente sincera conmigo.

Jenny tragó, le echó una breve mirada a su madre, luego miró al abogado.

—Yo no he matado a Bobby. Y tampoco sé dónde está Lucas.

—Bien —dijo Álvaro da Cruz—, entonces ya podemos empezar. Lo importante ahora es que no hable usted sin estar yo presente. Ni

con la policía ni con la prensa. Y bajo ningún concepto hable con la familia de su marido.

Jenny asintió con la cabeza.

—¿Y mientras tanto qué va a hacer la policía? —quiso saber Emma.

—Han buscado todo. La casa, los alrededores. Han llamado a la Interpol. Se están comprobando los avistamientos. Se han visto varios niños, pero ninguno de ellos era Lucas. Ya está en marcha la colaboración con las autoridades británicas. En ese sentido, existen declaraciones que confirman que la relación de usted con Lucas era complicada. Que era usted psíquicamente inestable y propensa a sufrir crisis maníacas.

—Eso no es del todo cierto —interfirió Jenny apenas audible—. Sí, he tenido problemas, pero inestable no era. Estaba un poco agotada a veces. Sufro de depresión, pero crisis nunca he tenido.

—¿Se está medicando?

—Ahora mismo no.

El abogado tragó.

—Eso será lo primero a por lo que van a tirarse como buitres. Van a comprobar si un colapso psíquico suyo podría haber desembocado en asesinato.

—No he tenido ningún colapso.

—Eso no se lo van a creer si no presentamos algo de manera activa. Por eso ha de recordar usted. Todo lo que se le ocurra, cada momento. Y tengo que saber si tienen enemigos, alguien que les quisiera hacer daño. Alguien que tal vez tuviera a Bobby en el punto de mira. Por favor, piénselo detenidamente.

Jenny cerró los ojos. Trató de escuchar su interior. Apareció una imagen. No quería verla, la desechó,

¡Esa no podía ser la razón! ¡Jamás! Al fin y al cabo, había enmendado su error.

Abrió los ojos.

—No —dijo decidida—. No hay nadie.

VEINTIDÓS
ISLA DE ONS

2024

RHEA

Llevaba horas sentada en el sofá-cama mirando por la ventana, observando el temporal, pensando en qué podía hacer para largarse de una vez por todas de allí y alejarse de esta gente.

Ya le daba igual el no haber recuperado todos sus recuerdos, o sea, no tener idea de a dónde ir cuando esto ya formara por fin parte del pasado.

Lo mejor será ir al cuartel más cercano, que te ayuden allí. O vete a un hospital. El caso es librarte de esta gente tan rara.

Se sobresaltó cuando llamaron a la puerta. Mattis entró sin esperar respuesta. A ella eso la molestó, pero seguramente estaría en todo su derecho. Al fin y al cabo, estaba en su casa, ella dependía de la generosidad y ayuda de este hombre.

Pero al ver la expresión seria en la cara del otro, se le formó un nudo en la garganta. Él la estuvo mirando en silencio varios segundos, luego se acercó a ella, se sentó a su lado en el sofá sin que lo invitara a hacerlo.

—Dos días más —soltó por fin—. Y la lluvia habrá acabado por fin, el temporal seguirá hacia el sur, lo que significa que volverá a haber ferri.

Rhea entendió lo que aquello implicaba. Era tolerada, pero no bien recibida.

Mattis la estaba observando, aparentemente a la espera.

—Soy consciente de que soy la causante de la tensión que reina en la casa —arrancó a modo de explicación—. Este no es mi lugar y, aun así, me están ustedes ofreciendo cobijo aun siendo una desconocida. Por ello les estoy muy agradecida, de verdad.

Mattis guardó silencio, tan solo suspiró, cosa que ella interpretó como una confirmación.

—¿No podría quedarme en otra casa hasta que todo haya vuelto a la normalidad? —propuso—. Puede que haya alguien en la isla que alquile habitaciones de manera oficial.

Mattis esbozó una sonrisa indulgente.

—¿Y cómo piensa pagar la habitación? No tiene ni dinero ni ropa. Ni siquiera puede identificarse. ¿Quién iba a dejarla, bajo esas circunstancias, quedarse a modo de alquiler? Por no mencionar que la gente que vive aquí, aparte de nosotros, son familias de pescadores. Le aseguro que en sus casas diminutas no disponen de habitaciones que puedan alquilar.

—Pero habrá viviendas vacacionales. ¿no?

—Hay un *camping*, como ya le he dicho. Pero suele estar cerrado en temporada baja, y más cuando hace este tiempo. En el *camping* hay dos caravanas que se pueden alquilar, pero sin dinero ni documentación, le resultaría difícil quedarse en una de ellas incluso en temporada alta.

—¿Qué pasa con la línea de teléfono e internet? ¿Ya funcionan?

—Me temo que no. Si así fuera, ya hubiera avisado a los de emergencias para que vinieran a recogerla. Además, tengo mucha curiosidad por saber quién es usted. Tiene que haber alguien buscándola.

Rhea tragó, cerró por un instante los ojos. Al volver a abrirlos, se asustó porque Mattis estaba observándola con gesto sombrío. Parecía enfadado con ella.

—¿Pasa algo? —preguntó vacilante.

—Se me ha ocurrido algo. Deberíamos azuzar un poco sus recuerdos.

—No hago otra cosa desde que he llegado hace dos días —objetó ella frustrada, notando a la vez que se estaba enfadando. Pero ¿qué

se creía este tipo? ¿Que se pasaba el día a la bartola y que disfrutaba amargándoles la vida a dos desconocidos?

Alzó las cejas.

—¿Y en qué ha pensado exactamente?

—Muy fácil. Yo le hago unas preguntas y usted me las contesta. De manera espontánea, sin pararse a pensar y sin presionar nada. Con eso debería bastar. ¿Qué le parece? ¿Lo intentamos?

—Por mí, vale —se rindió ella, sintiéndose cada vez más acorralada, cosa que le gustaba cada vez menos.

—Ellin tendría que intentar hipnotizarla.

—¿Qué? —Rhea miró consternada a Mattis—. ¿Acaso su mujer es terapeuta o algo por el estilo?

Él negó con la cabeza.

—Pues entonces, ¿cómo piensa conseguirlo?

—Ellin se sometió hace años a una terapia de autohipnosis porque tenía algunos problemillas. Cree que podría hacerlo. Hipnotizarla.

—¿Y por qué, con tanta parafernalia, iba a recordar algo que por sí solo no recuerdo? ¡Yo no creo en esas bobadas!

—Porque gracias a la hipnosis, alcanzará un estado de relajación total que le facilitará a su mente procesar información que de otro modo permanece inhibida. De ese modo se podría recalibrar su memoria y acceder a sus recuerdos reprimidos.

Rhea se quedó de piedra.

—¿Cree que estoy reprimiendo mis recuerdos a propósito?

A pesar de la provocación que contenía aquella pregunta, Mattis le sostuvo la mirada, finalmente asintió lentamente con la cabeza.

—Se encuentra usted más o menos bien, al menos físicamente. ¿O me equivoco?

Ella asintió a regañadientes.

—Y no hay peligro alguno de que su cerebro haya sufrido un daño permanente. No tiene dolores de cabeza fuertes, ni mareos. Tiene una mirada lúcida y alerta.

Rhea tuvo que volver a darle la razón.

—O sea, en el fondo, no queda otra opción más que esa.

—He recuperado parte de mis recuerdos —admitió a regañadientes.

—¿Ah, sí?

Le habló de la muerte de sus padres, del sueño del otro día sobre el entierro tras el accidente aéreo. Pero cuanto más iba revelando, más incómoda se sentía. Era casi como desnudarse ante un desconocido.

—Siento mucho lo de tus padres —dijo Mattis y parecía sincero—. ¿Qué pasó después? ¿Tuviste que ir a un orfanato?

Volvía a tutearla, cosa que ella registró solo de pasada.

—Mi tío, el hermano de Papá me acogió —explicó ella.

—¿Y qué tal?

—Me costó acostumbrarme, hacerme a la idea de que mis padres no volverían, que no los volvería a ver jamás. Intenté no mostrar ese dolor que me tenía completamente subyugada.

—¿Cómo?

—Resultaba casi enfermizo lo que hacía para distraerme: me sumergí en el trabajo y los estudios. Eso me daba fuerzas, me decía a mí misma que mis padres estarían orgullosos de mí si supieran de lo que era capaz. Con el tiempo me convertí en una experta en reprimir mis emociones, en no pensar en ese trauma de mi infancia.

Al darse cuenta de lo que acababa de decir, inspiró hondo, estudió la cara de Mattis. Él la estaba mirando con una sonrisa triunfal.

—¿Cree usted que ahora estoy haciendo lo mismo? ¿Que estoy reprimiendo mis recuerdos porque la razón de que esté aquí puede estar relacionado con una experiencia traumática? ¿Eso es lo que piensa?

—Tiene su lógica, ¿no?

—Pero en el pasado reprimí mis recuerdos y mi dolor a propósito. Los escondí muy dentro de mí, sin embargo, podía recurrir a ellos en cualquier momento. Ahora es completamente distinto. No estoy ocultando nada, es que realmente no recuerdo nada.

—¿Y qué conclusión saca de ello?

Rhea miró a Mattis y frunció el ceño.

—Que tuvo que pasar algo antes del accidente en el que casi me ahogo.

—¡Exactamente! —exclamó él—. Y si recuerda ese algo, el resto vendrá solo.

A Rhea le pareció que aquello, efectivamente, tenía su lógica. Sin embargo, algo en su interior se revelaba contra la idea de dejarse hipnotizar por estos desconocidos, a pesar de que no creía que fuera a funcionar.

—Está bien —cedió finalmente y trató de sonar sincera—. Pero no ahora.

—¿Por qué no?

—Me duele muchísimo la cabeza y me gustaría acostarme un rato si no le importa.

Él la miró, como para asegurarse de que no estaba mintiéndole, luego asintió con la cabeza y se levantó.

—Entonces lo haremos esta noche.

A Rhea aquello le sonó a que no le quedaba ninguna otra alternativa.

VEINTITRÉS

MANCHESTER

2017

JENNY

Con lo que más le costaba lidiar a Jenny era con la calma dentro de la casa. La ausencia de la risa infantil, de las carreras en el piso de arriba, tan solo un silencio que dolía en el alma.

Ya llevaba dos semanas en casa y no había ni un solo día en el que no se arrepintiera de haber regresado.

Álvaro da Cruz y su madre habían tenido que convencerla para que viniera después de que las autoridades portuguesas la hubieran esposado y la hubieran hecho pasar una noche en prisión preventiva. A Da Cruz le había costado lo suyo liberarla cuando, una semana tras el asesinato de Bobby, seguía sin haber nadie que reclamara un rescate por Lucas.

Da Cruz la había remitido a Ben Hoffman, un colega de Londres. Supuestamente, se trataba de uno de los mejores abogados penalistas del país. Si era cierto, aún quedaba por ver. Que era uno de los más caros, de eso estaba segura. Su tarifa eran 400 libras la hora.

La madre de Jenny había insistido en pagarlo ella. Pero tras la primera reunión con el superabogado, este le había prometido ocuparse antes de nada de su precaria situación financiera. Como viuda de Bobby y sin haber un contrato matrimonial de por medio, le correspondía poder acceder a parte del dinero de él. Al menos,

mientras no se demostrase que ella era la responsable de su asesinato.

Ahora estaba atrapada en esta casa. Dependía de un desconocido para que este tirara de los hilos que determinarían su futuro. Ben Hoffman había sonado optimista y le había prometido llamarla a diario para ponerla al día. Pero hasta ahora no había habido novedades de verdad.

La policía en Portugal seguía dando palos de ciego con respecto al asesinato de Bobby y también la búsqueda de Lucas había sido infructuosa hasta ahora.

Jenny sabía que, en un caso de secuestro, las primeras 48 horas eran las más importantes y que, si, transcurrido ese tiempo, no había señal de la persona desaparecida, las probabilidades de encontrarla con vida pintaban muy mal. Lucas ya llevaba más de seis semanas desaparecido – una eternidad, una tortura, para una madre.

Según Álvaro da Cruz, la guardia costera también estaba buscando a Lucas empleando buzos todos los días, pero hasta ahora no habían encontrado nada, por suerte.

Su madre, Emma, venía todos los días para animarla, le repetía una y otra vez que no perdiera la esperanza. Pero a cada día que pasaba, más le costaba.

Ahora fue cuando Jenny comprendió lo feliz que podrían haber sido los tres, Bobby, Lucas y ella, si ella no se hubiera aferrado a su pasado y no hubiera intentado ahogar con alcohol el dolor que se había anclado en su interior.

Un dolor que ahora había ganado en intensidad y que había sido solapado por el miedo.

Se rio con amargura al percatarse de lo que eso significaba. Había sido demasiado débil como para acceder a la petición de Bobby de luchar por un comienzo nuevo. En vez de eso, había necesitado una catástrofe mucho mayor para despertarla y dejar atrás de una vez por todas las viejas historias.

Pero qué patética era.

Las lágrimas le hacían escocer los ojos, luego notó el dolor ya familiar en el estómago. Comía demasiado poco, pasaba los días

consumiéndose por dentro.

Y constantemente la misma pregunta:

¿Cabía la posibilidad de que sí fuera ella la responsable de todo aquello?

Tanto su madre como los dos abogados creían en su inocencia, pero a los abogados se les pagaba por ello y su madre… bueno, a su madre no le quedaba otra que apoyar a la hija.

Cerró los ojos, pero los abrió a los pocos segundos, alarmada, al oír el timbre de la puerta. Se armó mentalmente para recibir otra noticia nefasta, a un visitante que llegaba sin aviso, cuando oyó un clic metálico.

¡La cerradura de la puerta principal!

Luego pasos…

—Soy yo, cariño.

La voz de Emma.

Con el dorso de la mano se secó aliviada las lágrimas, pasó al pasillo donde se echó en brazos de su madre.

—Tranquila, cariño. Ya estoy aquí.

Se desprendió de su madre, la miró agradecida.

—Eres la única constante en mi vida. Jamás lo hubiera pensado, no después de cómo era antes.

Emma se ruborizó, hizo un gesto para restarle importancia.

—Hablemos de otra cosa, ¿vale?

Jenny asintió con la cabeza, tragó.

—No consigo quitarme a Beth de la cabeza, Mamá. Su mirada en el entierro la semana pasada. Tengo la impresión de que no me quería allí.

—Bobby era tu esposo. ¡Tenías que estar allí!

—Sus compañeros me miraban con desprecio, como si lo supieran.

—¿Supieran el qué?

—Que fui yo.

—¡Pero tú no fuiste! Y lo que piensen los demás no tiene por qué importarte. Lo único que importa es que encuentren a Lucas. Que vuelva a casa.

—Lo sé, pero cuando todo el mundo te considera una asesina… eso deja huella, Mamá. Es horrible.

Su madre la miró fijamente a los ojos.

—¿No irás a tener una crisis o algo así? Como el otro día cuando te plantaste en mi casa en plena noche porque de repente estabas convencida de que la habías hecho algo a Bobby.

—A veces, lo creo, sí.

—¡Te conozco!

—Nadie conoce de verdad a otro.

—Yo sí. ¡Porque eres mi hija!

Jenny parpadeó a causa de las lágrimas, tragó.

—Entonces ¿por qué todos los demás sí lo creen posible? Nuestros amigos. Bria y Jan… El otro día pasaron junto a mí e hicieron como si no me hubieran visto. Y luego Jessi, supuestamente mi mejor amiga… Cuando la llamé, me despachó con una excusa barata.

—¡Deja de pensar esas cosas! Si ya antes de las vacaciones, apenas tenías contacto con tus amigos. Ponte en su lugar. ¿Cómo te sentirías tú? ¿De repente deben fingir una cercanía que ya no existía? Y los compañeros de Bobby son policías. Debería importarte un bledo lo que piensen siempre y cuando creas en ti y en el hecho de que eres inocente. Y, sobre todo, tienes que creer firmemente que van a encontrar a Lucas y a devolvértelo.

Se oyeron sirenas a lo lejos y Jenny se sobresaltó y miró asustada alrededor. Desde los acontecimientos en Portugal cualquier ruido la amilanaba.

Las sirenas seguían acercándose. Llevada por el pánico miró a su madre.

Emma parecía haberse quedado de piedra.

El pánico de Jenny se vio reforzado al oírse las frenadas en el asfalto mojado de delante de la casa. Se abrieron y cerraron puertas. Pisadas pesadas. Finalmente, un timbrazo.

¡Aquí estaban!

Una sacudida atravesó el cuerpo de Emma. Se giró hacia ella.

—Ya voy yo. ¡Tú quédate donde estás!

Jenny estaba paralizada. No era capaz de moverse, de pensar. Lo único que percibía eran los latidos fuertes de su corazón y el sudor que brotó de cada poro de su cuerpo a pesar del frío que sentía por dentro.

Segundos o minutos después.

—Cariño…

La voz baja de su madre llegó hasta ella como a través de una niebla espesa. La miró, tragó.

—Lo siento tanto, mi niña. Lo he intentado todo, pero no puedo librarme de ellos. Quieren hablar contigo. Tienes que atenderlos. Ahora.

Jenny intentó ponerse en marcha, pero sus pies se negaron a moverse ni un solo milímetro. Lo que pasó fue que se mareó. Su campo de visión cambió, se estrechó, como si estuviera en un túnel.

Bullicio de voces.

En el medio de todas ellas, Emma. Parecía histérica.

Luego una voz de mujer, firme, como si estuviera al mando. Una voz masculina, tranquila, apaciguadora. De nuevo las voces furiosas de su madre, que no parecía entender qué estaba pasando. Lo mismo que ella.

—¿Me oye, señora Wood? —La voz del hombre.

Se giró hacia él, apenas entendía lo que le estaba comunicando.

Algo de un zapato de Lucas. Una rama expulsada por el mar en la que por lo visto se había enganchado.

Parpadeó confundida, no acababa de entender qué quería transmitirle esa gente.

En medio de tantas voces, distinguió los sollozos de su madre. Luego otra vez la voz de la mujer que le estaba gritando algo.

Jenny creyó que le iba a estallar la cabeza. Completamente sobrepasada alzó los brazos e hizo aspavientos con ellos con la esperanza de así restaurar la paz, de poner fin a todo aquello.

—Señora Wood… también había un pantalón. Azul celeste con el dibujo de Spiderman. Usted dijo que Lucas llevaba un pijama así cuando desapareció. ¿Es cierto?

Jenny dejó caer los brazos, asintió sin fuerzas, aunque seguía sin entender qué tenía que ver la ropa de Lucas con tanta policía en su casa. Oyó pisadas fuertes encima de ella, cerró los ojos al comprender que habían entrado más agentes y que estaban registrando su casa. Sin preguntar, sin pedir permiso.

Tras abrir de nuevo los ojos, vio frente a ella el rostro del policía con la voz cálida.

—¿Entiende lo que le estoy diciendo, señora Wood? Tenemos una orden de registro porque…

—¿Qué es lo que tiene? ¿Qué hacen aquí? —preguntó, tratando de despertar de esta pesadilla.

—Hemos encontrado unas cuantas prendas de Lucas, prendas que llevaba cuando desapareció. Estaban desperdigadas a varios kilómetros entre sí. Seguramente expulsadas por el mar. Lo siento de todo corazón, señora Wood, pero hemos de partir de la base de que su hijo está muerto. —El policía se interrumpió, carraspeó—. Y tenemos que pedirle que nos acompañe.

Ella asintió, quiso levantarse, pero el túnel a través del cual veía al hombre se estrechó aún más. La figura del policía desapareció ante sus ojos.

VEINTICUATRO

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Así que ahora iba a empezar. El supuesto interrogatorio hipnótico o lo que fuera que tuvieran en mente sus anfitriones impuestos. Rhea estaba sentada en el sofá, las piernas encogidas, envuelta en una manta.

Ellin se sentó en el sillón frente a ella, dejó un vaso de agua que llevaba en la mano en una mesita que había al lado.

Mattis estaba de pie detrás de ella, apoyado contra el marco de la puerta, los brazos cruzados delante del pecho. Parecía tenso, sus labios formaban una línea fina.

—Cuando tú me digas —dijo Ellin con voz baja, pero firme—. Es muy sencillo. Lo único que voy a hacer es guiarte hasta tu subconsciente.

Rhea asintió lentamente, aunque muy dispuesta no estaba.

—Vale.

Ellin sonrió. Una sonrisa profesional, intencionada, no transmitida por los ojos. No solo resultaba desplazada, sino falsa. Sacó un pequeño péndulo del bolsillo. Un colgante brillante sujeto a una cadena.

—No tienes por qué estar mirándolo todo el rato —le explicó—. Solo un momento para dejarte llevar en este experimento. Simplemente observa cómo oscila de un lado a otro.

Rhea registró la mirada escrutadora de Mattis, después se concentró en el péndulo improvisado.

Tras mirar un buen rato el colgante oscilante, cerró los ojos e intentó que la voz de Ellin rebotara en ella. Sin embargo, siguió oyéndola, aunque amortiguada.

—Estás muy tranquila. Inspiras… expiras… a cada respiración te relajas un poco más. Imagina que estás en un bosque. O en otro lugar que te guste, un lugar precioso que te transmita paz interior.

Rhea tragó con esfuerzo, se imaginaba una pared contra la que chocaban las indicaciones de Ellin. Solo por si las moscas…

—Puede que veas una luz —oyó decir a Ellin—. O puede que no. No pasa nada. —La voz de Ellin sonó insistente, como si estuviera impacientándose.

Rhea se concentró en respirar de manera tranquila y regular, en el frío de sus manos que reposaban en los muslos.

Ellin siguió hablando. Palabras insistentes, monótonas que a Rhea casi le hacían gracia. ¿No se estaba escuchando la propia Ellin? ¿Las estupideces que estaba diciendo?

Rhea consiguió en el último momento sofocar una risita burlona.

De repente un ruido llamó su intención.

La respiración de Mattis…

Entrecortada, como bajo estrés.

Y entonces comprendió… A Mattis y a Ellin les daba igual que ella recuperara sus recuerdos. Tenía que haber otra razón para sus esfuerzos.

Pero ¿cuál?

Algo había que sabían de ella.

Pero ¿el qué?

¿Algo sobre ella? ¿Sobre su vida? Puede que incluso supieran qué la había traído hasta aquí.

Recordó la bolsa de la basura con las bridas y la cinta adhesiva. Las heridas en las muñecas de Ellin. La sangre en la alfombra del pasillo. Vio en su ojo interior a Mattis perdiendo los estribos el otro día.

La voz de Ellin se abrió paso hasta su consciente, se mezcló con sus pensamientos.

—… puede que surja algo… una imagen, un ruido… tal vez un barco.

¡Y algo apareció!

Efectivamente, vio un barco de madera, notó el sabor de la sal en la boca, la sensación apremiante de tener que salir corriendo. La sensación de peligro inminente. Debía correr para salvar su vida.

Abrió los ojos, vio a Ellin inclinada sobre ella. ¿Había conseguido hipnotizarla o de dónde habían surgido esas sensaciones, esas imágenes? Dirigió la mirada a Mattis, que tenía los ojos fijos en un punto de la habitación, como si estuviera con la cabeza en otra parte.

Resopló con fuerza.

—¡Ya está bien! ¡Hemos acabado! —le espetó a Ellin—. ¡No quiero seguir!

Cogió aire, de repente le costó respirar. El aire en aquella habitación era como una masa espesa. Aunque también podía deberse al hecho de que Mattis irradiaba algo amenazante.

Ellin la miró durante unos segundos, sin decir nada, manoseando nerviosa la cadena, miró a Mattis y se encogió de hombros.

—Al menos lo he intentado.

Rhea observó cómo se acercaba con paso titubeante a su marido, se paraba a pocos centímetros de él, sin decir ni una palabra. Luego se fue de la habitación.

—Da la impresión de que no quieres recordar —soltó Mattis echando chispas por los ojos.

Otra vez el tuteo, como si le saliera más natural que el pronombre empleado con los desconocidos.

Se acercó a ella, se sentó en el sillón que hasta hacía poco había ocupado Ellin, sacudió la cabeza, la miró como a una niña desobediente.

—¿Puedes explicarme por qué interrumpiste la sesión?

—Me dio miedo —respondió Rhea fiel a la verdad.

—¿A qué?

Se encogió de hombros, indecisa, era cierto que no lo sabía.

—Tengo que ir al baño —dijo, queriendo pasar a su lado para huir de aquella habitación. Volvía a sentirse deshidratada, le dolía la

cabeza.

Ya casi había sobrepasado a Mattis cuando la mano de este salió disparada y la agarró del brazo, con fuerza e inflexible.

—¡Volveremos a intentarlo más tarde! —Eso no era ni una sugerencia ni una petición: ¡era una orden!

Ella tragó, clavó los ojos en el suelo. Al hacerlo su mirada se fijó en el brazo de Mattis, bajo la manga de la camisa se vislumbraba una herida. Similar a la de Ellin. Parecía relativamente reciente.

Trató de disimular, que no se le notara lo que había visto, pero el corazón se le desbocó.

—¿Vale? —Una voz dura como el acero.

Lo miró, le mantuvo la mirada.

—¿Y si me niego?

El gesto de Mattis se volvió más sombrío. Luego esbozó una sonrisa maliciosa. La soltó, alzó el brazo herido, subió la manga para que la herida en la muñeca quedara bien visible.

Estaba atento, como a la espera de una reacción concreta.

Y de hecho la hubo. De repente, Rhea se mareó. Empezó a tambalearse, como si sus piernas ya no fueran capaces de sostenerla.

Entonces se dio media vuelta y salió corriendo al cuarto de baño.

VEINTICINCO

LONDON

2014

BECCA

En la casa reinaba el silencio, tan solo se oía algún ruido procedente de la cocina. Como siempre, Arden había despertado antes que ella y ya andaba trasteando por la casa. Una amiga le había explicado hacía poco, cuando le había hablado de su madrugador particular, que era el comportamiento típico de las alondras, que despertaban temprano e iban temprano para cama. Ella debía de ser más bien tipo búho porque quedaba despierta hasta tarde, por lo que aprovechaba por las mañanas hasta el último segundo en cama. De ahí que muchas veces saliera precipitada de casa y que de vez en cuando incluso llegara tarde al trabajo.

Que, a pesar de todo, ella y Arden hubieran establecido una rutina diaria se debía a que respetaban los deseos y necesidades del otro.

Becca bostezó, a punto de apartar las mantas y levantarse, recordó que era sábado y que podía quedar algo más tiempo en cama. Se estiró perezosamente, sonrió para sus adentros. Permaneció tendida con las manos sobre la barriga, atenta, intentando oír a base de fuerza de voluntad el latido del corazón de su bebé.

Dibujó distraída pequeños círculos sobre la barriga desnuda, esperando una minúscula respuesta que por supuesto no llegó

porque aún era muy pronto para eso. Aun así, era plenamente feliz.

Desde hacía ocho semanas, la vida suya y de Arden volvía a transcurrir de manera tranquila.

Bien era cierto que la policía seguía sin tener ninguna pista con respecto al agresor, pero a esas alturas ya daba igual si lo pillaban o no. Era como si hubiera perdido el interés en ellos. Desde su última nota en el parabrisas no había vuelto a dar más señales de vida. Nada de llamadas a medianoche, nada de mensajes misteriosos ni destrozos en la propiedad. Y lo mejor de todo: no había vuelto a cruzarse en el camino de Arden. Rezaba para que siguiera así.

Se había vuelto a restablecer el equilibrio en sus vidas y Becca disfrutaba de cada momento. Además, Arden se estaba recuperando día a día.

Las primeras semanas tras el accidente le habían afectado seriamente. Su temor a otro ataque o a más amenazas le había impedido dormir por las noches. No había dejado de preguntarse si aquel desconocido volvería a intentarlo y, si lo hacía, cabía la posibilidad de que en esta ocasión su marido no tuviera tanta suerte como la primera vez. A eso había que sumarle el miedo subyacente de que esa amenaza constante efectivamente fuera el resultado de una traición, que Arden estuviera fingiendo y que en realidad llevara una doble vida.

Se había odiado a sí misma por desconfiar así de él, una desconfianza que aquel desconocido había introducido en la vida de ambos.

Cuando, como guinda del pastel, se había enterado de que estaba esperando un hijo, le había parecido un milagro. Y también una compensación por todo por lo que habían tenido que pasar.

Aquel pequeño milagro ya estaba haciéndose notar en forma de pequeña protuberancia bajo la camiseta que usaba para dormir. Había días en los que incluso notaba un pequeño tirón que, según la explicación del médico, era el útero que se iba expandiendo a medida que el embarazo iba avanzando.

Los crujidos de las escaleras la volvieron al presente.

Se medio incorporó. Poco después se abrió la puerta y entró Arden. Llevaba puesta su camiseta favorita, una superviviente de su

adolescencia con una foto gastada de su banda de rock favorita. Llevaba el pelo revuelto y hacía malabarismos para que no se le cayera la bandeja en la que llevaba una taza de té y un plátano.

—Le he preparado el desayuno a mi hija —anunció sonriendo, dejando la bandeja en el colchón, junto a Becca.

Esta se rio.

—Aún está por ver si será niña. De todos modos, te nombro oficialmente el segundo hombre más amable de todo Londres.

Él alzó una ceja, se sentó a su lado.

—¿Y cómo es que solo ocupo el segundo puesto?

Ella soltó una carcajada, le cogió la mano, la puso en su propia barriga.

—Porque el primer puesto es para tu hijo —dijo ella con una sonrisa pícara.

—Bueno, si es por eso…

Becca cogió la taza de té, dio un sorbo. Manzanilla. El calor le sentaba bien a su estómago flojo. Esperaba que a más tardar dentro de una hora hiciera su efecto. Cuando así fuera, disfrutaría de la única taza de café que tomaba al día, por supuesto, con permiso médico.

Arden le apartó un mechón de la cara, la quedó mirando un instante. Sus dedos quedaron en su cuello, le acariciaron la zona sensible justo debajo de la oreja. Su mirada era suave y estaba centrada. Diferente, no como la de antes, sino más cálida, como si ahora que llevaba su hijo dentro, la viera con otros ojos.

Becca dejó la taza a un lado, lo atrajo hacia ella, lo besó con suavidad en la boca, notó el tirón ya casi familiar en el bajo vientre.

—¿Podrías apartar la bandeja? Vamos a necesitar algo de espacio.

Arden abrió los ojos fingiendo sorpresa.

—¿Tienes algo especial en mente?

Ella soltó una risita tonta, lo apartó de ella, señaló con la cabeza la bandeja.

—Apártala o esta tienda permanecerá cerrada.

No hizo falta repetírselo dos veces. Arden se metió en cama, le subió la camiseta hasta el cuello, le mordisqueó el pezón.

Por fin sus cuerpos se encontraron, se entregaron a un lento redescubrimiento. Nada en Arden resultó precipitado. La besó con delicadeza, la hizo reír, le mordisqueó la parte interior del muslo porque sabía que le gustaba. Era como si quisiera decirle, «mira, seguimos aquí, unidos, igual que antes».

Un rato después, tumbados uno al lado del otro, ella atenta a la respiración de él, tuvo por primera vez en mucho tiempo la sensación de que todo volvería a estar bien.

Arden le sonrió enamorado, le besó la punta de la nariz, luego apretó la oreja contra la barriga de ella.

—Sé que aún no puedes oírme —murmulló—. Pero si sí, deja que te diga una cosa: vas a tener la mejor mamá del mundo. Y al mejor papá. Los dos vamos a cuidar de ti, mi tesoro.

Becca le acarició el cuello. Se le hizo un nudo en la garganta. Puede que, por la emoción de aquel instante o simplemente por lo bello que era. Tal vez, demasiado bello.

Arden le besó la barriga, luego se levantó.

—Voy a prepararnos un desayuno de verdad.

Lo oyó bajar por las escaleras, poco después oyó los platos en la cocina. Permaneció un rato más en cama antes de ir al baño para ducharse.

Las baldosas resultaban frías bajo sus pies desnudos, el agua, un poco caliente de más. Al salir, por un momento sintió un mareo. Pero no le dio mayor importancia. Sabía que esos mareos formaban parte del embarazo.

Emocionada con el fin de semana que tenían por delante, se puso unas mallas y un jersey amplio y suave.

Ya de camino hacia abajo pudo oler el rico aroma de pan recién tostado. Se encontró con Arden en el pasillo. Venía con el periódico y unas cuantas cartas en la mano. Sonriente él le abrió la puerta de la cocina y dejó la correspondencia encima de la mesa.

—¿Quieres mantequilla en las tostadas?

—Con huevo revuelto sería maravilloso.

Ella cogió las cartas, comprobó el remitente, le entregó una a él en la que ponía su nombre.

—Parece algo oficial. ¿Una multa quizás?

Lo dijo sin darle importancia, sonriendo de hecho porque por fin habían vuelto al punto en el que se podía bromear con una multa. Pero al mirar a Arden, se asustó. Había abierto el sobre y no conseguía apartar la mirada del escrito que sostenía en la mano. ¿Eran imaginaciones suyas o efectivamente a Arden le temblaban las manos?

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Arden no reaccionó. Finalmente dejó la carta en la mesa de la cocina, sin decir nada.

Ella se acercó. Ahí volvía a estar: esa tenebrosidad en sus ojos que no había echado de menos estas últimas semanas. Por primera vez en ocho semanas, todo volvía a estar ahí.

—No —dijo él en voz muy baja—. Se trata de un delito acerca del cual quieren interrogarme.

—Ah —respondió Becca—. ¿Entonces por fin lo han pillado? ¿Al hijo de puta que te atacó?

—No, se trata de algo que supuestamente hice yo. —Su voz sonaba rota.

Becca sacudió la cabeza sin poder dar crédito.

—No lo entiendo. ¿Y qué se supone que has hecho tú?

—Por lo visto he violado a una mujer.

Ella se sobresaltó ante aquellas palabras, dio un paso atrás como si la hubiera pegado. No podía creer lo que acababa de oír.

—No, di que no es cierto.

Él guardó silencio.

Permanecieron así un buen rato, mirándose sin decir nada. Mientras tanto, las tostadas estaban quemándose en la sartén.

VEINTISÉIS
ISLA DE ONS

2024

RH

Las baldosas del cuarto de baño estaban frías. Rhea estaba sentada encima de la tapa del inodoro, la mirada clavada en la veta de madera de la puerta. El corazón le latía con fuerza haciéndose notar en las costillas. Desde la hipnosis no había vuelto a salir. La reacción de Mattis ante su negativa firme a volver a intentarlo la había bloqueado. La firmeza de su mano en el brazo de ella, su mirada llena de maldad cuando le había mostrado sus heridas en todo su esplendor.

Aquel tío le daba mucho miedo.

¿Qué demonios le pasaba a ese hombre?

¿Y Ellin? ¿Qué problema tenía?

No cabía la menor duda de que estaba asustada, le tenía miedo a su marido o a otra persona, pero ¿qué relación guardaba todo aquello con ella? ¿Qué sabía aquella pareja sobre ella?

Se asustó al oír algo.

Un portazo. La puerta de casa acababa de cerrarse.

¿Habría salido Mattis a recorrer de nuevo la isla?

Si ese era el caso, aquello le brindaba a ella la ocasión de hablar con Ellin a solas. Ellin no le daba miedo. Y en el peor de los casos, podría acabar con ella sin mayor problema.

Un momento, ¿a qué venía este pensamiento?

Rhea se asustó al percatarse de lo que significaba. ¿En serio temía que Ellin o Mattis, o tal vez ambos, pudieran hacerle daño?

Se levantó, abrió la puerta despacio, metió la cabeza por la rendija para espiar el pasillo.

—¿Ellin? —llamó con cuidado—. ¿Mattis?

Nada. Solo silencio absoluto. ¿Habrían salido los dos?

Fue a la cocina.

Vacía.

Lo mismo en el salón.

Recordó el teléfono en el pasillo. Corrió hacia él, descolgó, apretó el auricular contra la oreja.

Nada. Sin línea.

Al menos respecto a eso, Mattis no había mentido.

Comprobó la clavija. Estaba conectada.

Recordó que, en la inspección de la casa que había llevado a cabo hacía unos días, había visto una especie de despacho. Arriba, en la primera planta.

Titubeó un instante, pero luego subió corriendo. En caso de encontrarse con Ellin, se excusaría diciendo que la estaba buscando.

Subió peldaño a peldaño. La madera crujía bajo sus pies desnudos por lo que se vio obligada a detenerse a cada paso, por precaución.

Al notar algo bajo el pie, se detuvo. Era algo blando. Fibroso. Se detuvo y agachó, sacó algo de entre los dedos de los pies.

Un manojo de pelos. Rhea tragó a causa del asco que le produjo. Estudió los cabellos. Eran castaño oscuros, casi negros. Largos. Demasiado largos como para ser de Ellin, que tenía media melena y era rubia. Tampoco podían ser de Mattis. Él tenía el cabello corto. Rhea alzó el manojo, lo hizo girar entre los dedos. Olía como a vómito y algo metálico. ¿Sangre?

Asqueada, soltó la maraña de pelos.

¿Qué significaba aquello?

Con latidos atropellados reemprendió el ascenso.

Dudó ante el despacho, pero finalmente abrió la puerta. Era una estancia amueblada con un estilo sencillo y funcional. Un escritorio, un sillón, una estantería con archivadores. En el escritorio, un

teléfono que comprobó de inmediato. También muerto. Ningún ruido. Ningún zumbido.

Siguió buscando, un ordenador o cualquier otro medio de comunicación electrónico. Pero no había ni portátil ni *tablet* ni *router*. Sacudió la cabeza. Mattis seguramente habría guardado todo bajo llave. Lo único que quedaba en la mesa era una pila de papeles y una foto enmarcada.

La cogió. Se veía a Mattis y a Ellis. Entre ambos, un niño feliz riéndose, de unos siete u ocho años como mucho, pelirrojo. O sea, el manojo de pelos de las escaleras tampoco podía ser suyo.

Pero ¡un momento!

¡Pelirrojo! Sin saber por qué, rompió a sudar.

El cabello del niño en la foto no era castaño rojizo. No era castaño con destellos rojos.

Era rojo fuego.

¡Como el suyo!

VEINTISIETE
ISLA DE ONS

2024

RHEA

El viento azota el sendero. El suelo bajo los pies desnudos de Rhea es escarpado y está helado. Con espanto se fija en cómo cae en picado la costa hasta un mar negro como la pez. Por un momento le sobreviene un mareo, cuando una ola especialmente fuerte revienta contra las rocas.

Se pasa una mano por la cara, llevada por el pánico, trata de averiguar cómo ha llegado aquí. Lo único que recuerda es el miedo cuyas garras se han aferrado a ella cuando ha salido disparada. Sin ningún plan, sin ningún destino, solo siguiendo su instinto de huida. Nota el corazón golpearle el tórax. Le cuesta respirar. Ningún alma a la vista. Está a solas con el viento, el mar enfurecido y las gaviotas con sus gritos extrañamente distorsionados.

Luego un ruido que le penetra en la médula.

¿Qué ha sido eso?

Se gira de golpe, en medio de la oscuridad trata de dar con el origen del sonido.

Ahí está de nuevo. Ahora comprende qué está oyendo. Es un niño. Muy cerca. Un niño que parece igual de asustado que ella.

El próximo grito le llega desde el faro antiguo, de algún lugar tras los arbustos de enebro que se doblan bajo los latigazos del temporal.

Sale corriendo. Sus pies golpean con fuerza el suelo, cada paso duele, pero ella sigue avanzando. No les presta atención a las púas de los arbustos que le abren la piel, a los pies ensangrentados.

Entonces lo ve.

Un hombre con capucha. Sale detrás de la sombra de unos árboles, lleva un niño en brazos.

Un niño pequeño. El niño grita, se retuerce, luego se fija en ella.

¿Puede verla?

Con paso titubeante se acerca al hombre, reconoce el cabello rojo del niño, revuelto por el viento.

«¡Mami! ¡Ayúdame!»

La voz del niño le atraviesa el cuerpo cual puñalada. Quiere llegar hasta él, cogerlo y protegerlo con sus brazos, pero las piernas le fallan.

«¡Mami!»

El niño extiende los brazos hacia ella. Tiene los dedos sucios, los ojos rojos de tanto llorar.

Ella intenta gritar.

Pero nada.

De su garganta no sale ni un solo sonido.

El hombre se detiene, la cabeza gacha bajo la capucha.

¿Se habrá percatado de su presencia?

De nuevo el pánico inundándola, pero ya no consigue avanzar, colocar un pies delante de otro. Está como petrificada.

El sendero bajo ella empieza a desmoronarse. El suelo desaparece, nota cómo ella misma cae al abismo.

El niño vuelve a gritar, un último grito desesperado.

Entonces ya solo hay agua a su alrededor. El llanto del niño se mezcla con el rugido de las olas.

Rhea despertó sobresaltada. La oscuridad reinante en la habitación le pesaba y, al igual que en su sueño, tuvo la sensación de no tener ningún control sobre su cuerpo. Cogió una bocanada de aire, suspiró aliviada al notar que el pecho subía y bajaba.

Parpadeó, escuchó. No se oía absolutamente nada en la casa. El único ruido que percibió fue el eco de los gritos del niño en su sueño.

¡Mami! ¡Ayúdame!

¿Y si no había sido un sueño, sino un recuerdo?

Tragó con dificultad, intentó recordar los acontecimientos de antes de irse a dormir.

El extraño intento de Ellin de hipnotizarla, recordó. La reacción de Mattis después de que ella le hubiera puesto fin a todo aquel cuento y se hubiera negado a seguir dejándose hipnotizar.

Luego la foto con el niño, arriba, en el despacho de Mattis.

Cabello rojo, como el suyo… y la sensación muy adentro de conocer a aquel niño.

Pero ¿y luego?

Ellin y Mattis habían salido estando ella en el baño. En un momento dado, Ellin había regresado, le había dicho que no se encontraba bien, que quería tumbarse. Mattis seguía fuera.

¿Cuándo había regresado Mattis?

Rhea cerró los ojos, se concentró, pero no consiguió recordarlo.

¿Qué había pasado luego?

Se había preparado algo para comer – eso al menos sí lo recordaba. Con el plato en la mano se había retirado a su habitación y por miedo a que Mattis pudiera volver a entrar, había empujado la cómoda hasta la puerta para atrancarla.

El corazón se le aceleró cuando miró hacia la puerta. ¿Seguiría la cómoda en el mismo sitio?

Con gesto titubeante apartó la manta, se levantó, palpó a ciegas en busca del interruptor en la pared, lo accionó.

Al encenderse la luz y ver la cómoda delante de la puerta, sin haberse movido ni un solo centímetro, se desprendió de ella parte de la tensión.

Fue al sofá-cama, se sentó, pero la inquietud se negaba a desaparecer. De repente creyó ahogarse, ya no pudo soportar más la estrechez de la habitación, que ahora resultaba como una cárcel.

En su mente apareció el hombre encapuchado de su sueño. Fue entonces que comprendió que no era a él a quien había temido. Sí, en su sueño se había convertido en una estatua de sal, pero no era por el hombre. Otra cosa, no, otra persona había desatado su pánico. Pero ¿quién? Solo estaban ella, el hombre y el niño que gritaba.

¡Nadie más! ¿O acaso sí?

Le vino a la mente Mattis.

Su herida en la muñeca. Estrías profundas con una costra de sangre. Las había exhibido literalmente. Había querido que ella las viera. No como Ellin. Cuando poco después de su llegada había notado una herida similar en las muñecas de Ellin, esta había intentado ocultarlas. Al hacerlo había dado la impresión de ser muy frágil, tanto que Rhea había supuesto que el responsable de las heridas era Mattis. Que Ellin le tenía miedo a su propio marido.

Pero ¿y si no era como parecía a primera vista?

¡El pánico de Ellin!

La ira de Mattis reprimida de manera evidente.

Desde el primer momento, Rhea había sentido una especie de rechazo hacia el hombre que le había salvado la vida porque consideraba que de él emanaba algo intimidatorio.

Y desde el primer momento también había sido consciente de lo absurda que resultaba esa sensación. Sin embargo, ahora le pareció reconocer que esa contradicción podría ser la clave de todo.

Se obligó a pensar. Nada de aflojar.

Rhea notó que el muro en su cabeza, el que separaba su consciencia y los viejos recuerdos, se había vuelto más quebradizo.

De repente recordó las bridas que había visto en el contenedor de basura.

¿Encajarían con las heridas de aquellas dos personas?

Sí, se contestó a sí misma.

Se le revolvió el estómago.

Se levantó, fue hacia la ventana, pero dado que en su habitación había luz y fuera estaba todo oscuro, no distinguió nada. Tan solo oyó el rugir del temporal, le pareció oír también las olas rompiendo contra las rocas, sentir el frío que penetraba en la habitación a través de las rendijas de la vieja ventana.

No se le iba de la cabeza el niño de su sueño. No había podido verlo de cerca, pero estaba bastante segura de que se trataba del mismo niño de la foto del despacho de Mattis.

De repente recordó también el osito de peluche que había visto hacía unos días en la cesta de la ropa en la cocina.

Ese pensamiento no la soltaba.

¿Qué pasaba con la habitación en la planta superior que era la única cerrada con llave en toda la casa? Hasta hacía nada había creído que Ellin había perdido un hijo y que esa había sido su habitación, lo que también explicaba la tristeza de Ellin y su reacción extraña al preguntarle si había niños en la casa. Lo que había resultado más enigmático había sido la reacción completamente diferente de Mattis.

¿Y si nada era lo que parecía?

Inspiró hondo.

¿Y si el hijo no había muerto, sino desaparecido?

¡Piensa, Rhea! ¡Estás muy cerca!, le insistía una voz en su interior.

¿Podría ser que el niño hubiera desaparecido recientemente? ¿Tal vez en el mismo intervalo de tiempo en el que ella había varado en

la playa?

Esa hipótesis desencadenó algo todavía intangible, pero la idea no la soltó, la instaba a seguir pensando.

¿Podría ser que Mattis estuviera allí fuera, en pleno temporal, para buscar a ese niño? El cuento de que se ocupaba de los viejos pescadores del otro lado de la isla sonaba poco convincente.

De golpe, todo su comportamiento adquirió sentido. ¿Sería esa la solución? ¿Estaría Mattis buscando al niño pelirrojo de la foto, el que parecía formar parte del matrimonio?

¿Quién era el niño con el que había soñado ella? ¿Y por qué en el sueño la había llamado Mamá?

¿Mamá?

Eso no podía ser. Ella apenas tenía veintidós años, demasiado joven para un hijo de la edad del niño. Tendría que haberlo tenido siendo muy adolescente. A pesar de que parte de sus recuerdos seguían ocultos, estaba completamente segura de no haber parido ningún hijo.

Pero ¿por qué se sentía tan atraída hacia aquel niño? Era como si el niño pelirrojo de la foto fuera más de ella que de Ellin y Mattis. ¿Y por qué la perseguía incluso en sueños?

Oyó el ruido de la cisterna en el cuarto de baño y de manera instintiva contuvo la respiración, atenta a cualquier ruido. Había venido de arriba, por lo que acto seguido tendría que oír pisadas, o bien en el piso de arriba o en las escaleras.

Pero la casa permaneció en silencio.

Regresó con gesto pensativo al sofá-cama, se dejó caer en la base hundida cuando se fijó en el plato con los restos del bocadillo que había preparado antes de ir para cama.

Había algo más.

Algo que había llamado su atención.

Reflexionó. Luego asintió al recordar que luego se había atrincherado.

Pero ¿cuál había sido el detonante?

Cerró los ojos, se centró, recordó la preparación del bocadillo, cómo había sacado la mantequilla y el embutido de la nevera.

¡Eso era!

Tenía que ver con la nevera. Intentó visualizarla. Era uno de esos mamotretos de aparato como los que aparecían en las películas americanas. Lo suficientemente grande como para guardar en ella provisiones para una familia numerosa. Intentó recordar. ¿Qué, demonios, había visto?

Abrió los ojos. Los llevó a la cómoda que le había costado empujar hasta la puerta.

—Lo que estoy haciendo es una estupidez —se amonestó a sí misma, se levantó, empezó a apartar el mueble, para poder salir por una rendija al exterior. Dudó un instante, pero luego accionó el picaporte y salió al pasillo.

Ya casi había llegado a la cocina cuando oyó unos susurros. Se detuvo de golpe, escuchó. La voz procedía de muy cerca.

¿Seguro que lo quieres llevar a cabo?

La voz de un hombre. ¡Pero no la de Mattis!

Y, sin embargo, conocía la voz. Era la voz de un desconocido que en su mente asociaba con la del hombre de su sueño. Cogió una bocanada de aire, asustada. El asunto se ponía cada vez más escalofriante.

Apenas atreviéndose a respirar, siguió escuchando. Pero no oyó nada.

Se metió rápidamente en la cocina, cerró la puerta, encendió la luz. Delante de la nevera, se centró en las notas sujetas a la puerta con simpáticos imanes. Eran muchos. Pero ¿cuál había desencadenado esa angustia que ya no la soltaba?

Se fijó en un imán. Una pequeña estatua de la libertad de color verde claro, sujetando la lista de la compra.

¡Un momento!

¿Lista de la compra?

¿Provisiones?

¿La nevera?

¿El contenido de la nevera?

Parpadeó, trató de seguir asociando, de agarrar eso que estaba asomando por el borde de su consciencia.

De repente una voz en su cabeza. ¡Su propia voz!

¡Él es mío, no de ellos!

Una oración que no tenía ningún sentido.

Pero era como si la hubiera emitida ella.

Pero ¿cuándo y en qué contexto? ¿Y a quién se refería con «él»? ¿Al niño pelirrojo, el que tenía el mismo color de cabello que ella?

Dejándose llevar por un impulso, extendió el brazo, abrió la nevera, se vio sepultada en cuestión de segundos en mitad de una escena emitida en su cabeza.

Se vio a sí misma sacando comida de la nevera, sin criterio alguno, y tirándola en una mochila. Una imagen que no tenía ningún sentido porque nunca había estado aquí antes. Mattis la había sacado del agua y traído aquí. No había ninguna mochila que pudiera relacionarse con la de esa escena.

Pero entonces ¿por qué la veía?

¡Tenía que significar algo!

¡Venga! ¡No tenemos todo el tiempo del mundo!

¡De nuevo la voz inquieta del desconocido! Y de nuevo una representación solo mental. Esta vez estaba segura de que esas palabras iban dirigidas a ella. Que habían sido pronunciadas en esta misma habitación.

La recorrió un escalofrío, una sensación que recordaba de manera vaga. Se parecía a los segundos en los que las olas rompían sobre ella, para quitárselo todo, incluso la vida.

¿Qué más?

Gimió por lo bajo al marearse, al caer de rodillas. Todo a su alrededor le daba vueltas, lo que la rodeaba desapareció.

Tuvo la sensación de estar a la vez en este mismo lugar y en todas esas escenas que pasaban demasiado rápido a su lado.

No entendía por qué de repente veía todas esas imágenes familiares a la par que confusas, sin ninguna conexión. ¿De dónde salían esas voces cuyas palabras recordaba, pero cuyo sentido seguía oculto?

¿Qué le estaba pasando? ¿Estaba sufriendo una crisis?

Notó algo frío en la mejilla, fue consciente de que estaba tirada en el suelo, temblando.

Ahora no, por favor, pensó, intentó incorporarse, pero ya era demasiado tarde. El ataque de pánico la tenía firmemente asida y no

había nada que ella pudiera hacer excepto seguir allí tendida, esperando a que pasara.

VEINTIOCHO

LONDON

2014

BECC

La sala de conferencias se encontraba en la tercera planta de un edificio de ladrillo de la época victoriana, cerca de Temple Station. Las persianas estaban medio cerradas y fuera lloviznaba. El tiempo perfecto para una cita, pensó Becca. Estaba sentada en una silla tapizada en color gris, las manos entrelazadas sobre el abultado vientre. Llevaba un abrigo demasiado ajustado porque quería ahorrarse las 400 libras que le costaba un abrigo de embarazada. Arden estaba sentado a su lado, con los hombros encogidos, la barbilla salida. Sentado frente a él estaba Daniel White. Cincuenta y tantos, asociado de un bufete especializado en derecho penal, dando golpecitos en la mesa con un lápiz. Una costumbre enervante que estaba poniendo a Becca más nerviosa de lo que ya estaba.

White la miró primero a ella, luego a Arden.

—Hagamos una vez más un resumen antes de que la semana que viene las cosas se pongan serias de verdad.

Arden suspiró impaciente, como si le pusiera de los nervios el tanteo prudente del abogado.

—La víctima… Su examante no niega que en el pasado hubiera una relación sexual.

Arden alzó la mano.

—Espere.

White se detuvo, lo miró sin decir nada.

—Eso no suena bien.

—¿El qué exactamente?

—¿Cómo lo digo? —balbuceó Arden—. No me gusta que llame a Jenny… a Jennifer mi examante.

—¿Qué es lo que le molesta?

—Amante o examante hace que la mayoría de la gente piense que tenía una aventura con ella a la vez que estaba en una relación con otra persona. No era el caso. Jenny y yo éramos adolescentes cuando nos conocimos. Íbamos al mismo colegio, compartíamos la misma pandilla de amigos. Los dos estábamos solos, nos enamoramos, nos juntamos. Nada sucio en todo eso.

—Yo no he insinuado tal cosa.

—Sí que lo ha hecho al referirse a Jenny como mi examante. Con esas palabras está usted convirtiendo todo lo que nos unía en algo sucio, sórdido.

White pareció reflexionar.

—Una buena objeción, señor Rowe. Perdóneme, por favor.

Arden respiró hondo, se relajó un poco.

—Veamos, los hechos aquí descritos son los siguientes: su exnovia, Jenny, no estaba de acuerdo con que usted durmiera con ella. Afirma que usted la drogó.

—Eso son bobadas. ¡Fue sexo consentido! —Arden se inclinó hacia delante—. Estábamos enamorados. Al menos así lo creía yo.

—Pero ella era menor de edad. Acababa de cumplir los quince. Y usted ya tenía dieciocho años, es decir, era usted mayor de edad. ¡Un adulto!

—Yo no sabía que era tan joven.

—Acaba de decir que iban al mismo colegio, que compartían amigos.

Arden sacudió la cabeza con fuerza.

A Becca le pareció que estaba a punto de darle un ataque de rabia. O también podría ser que solo estuviera completamente desesperado.

—No quiero que me malinterprete, colega Rowe —dijo White con tono conciliador—. Yo personalmente le creo. No por ser su

abogado, sino porque, a pesar de todo lo que he visto a lo largo de mi vida profesional, sigo creyendo en la bondad de la gente y porque yo también fui joven. Pero no es a mí a quien tiene que convencer. Ha de convencer de su inocencia al juez y al jurado. ¿Nos entendemos?

Arden se mordisqueó el labio antes de contestar.

—No pretendo que esto sea una disculpa —comenzó—, pero Jennifer aparentaba mucho más de quince años. Y tampoco se comportaba como una quinceañera. Yo no había pillado que era menor de edad. Pero tiene usted razón, debí preguntarle al menos la edad. Pero no lo hice. Yo era joven, ingenuo. ¿Qué puedo decir? Las chicas no llevan la edad impresa en la frente.

—Ignorar la ley no es excusa, señor Rowe. Es un dicho tonto, pero es cierto. Para presentar una denuncia basta el hecho de que usted siendo mayor de edad tuviera relaciones sexuales con una niña de quince años —dijo White—. Sexo con una quinceañera es ilegal *per se*, incluso si ella ha dado su consentimiento. Pero dado que el fiscal alega un delito de violación y Jennifer va a presentarse como demandante y testigo, estamos ante un problema bastante más grave.

Becca notó que se le estaba encogiendo el estómago. Arden ya le había contado todo esto. Que en el pasado había tenido una relación breve con una chica. Que había sido ingenuo y tonto, pero en ningún momento se había propasado ni había tenido malas intenciones.

Sin embargo, aquí estaban, hablando por enésima vez de sustancias químicas, un hijo que supuestamente había sido engendrado durante una violación brutal y luego dado en adopción. Becca no tenía ni la menor idea de cómo lidiar con todo esto.

White hojeó un informe grueso.

—A eso hay que añadir que usted es abogado. O al menos lo era. El bufete lo ha suspendido hasta nuevo aviso por lo que veo aquí. ¿Es correcto?

Arden asintió.

—Estoy fuera. Como medida provisional, según ellos. Pero a saber lo que significa eso.

—¿Cuánto tiempo llevaba en el bufete?

—Casi seis años. Empecé justo después de hacer el examen.

White alzó una ceja.

—Bueno, dado que está usted especializado en derecho de familia, ha sido una consecuencia lógica, o concederle unas vacaciones o despedirlo. Aunque también hubiese ocurrido si su especialización hubiese sido otra. No se puede mandar a juicio a un abogado a defender el derecho y la ley si él mismo va a tener que responder por sus actos ante los tribunales. —White sacudió la cabeza de manera apenas perceptible, miró a Arden—. Todo esto no es precisamente beneficioso para usted. Si se entera la prensa, van a darse un festín. El abogado limpio con un pasado tenebroso, eso vende. Deberíamos anticiparnos y dar con un periodista dispuesto a publicar nuestra versión de los hechos.

—¿No hay manera de ponerles un bozal a esos buitres? —preguntó Arden.

—Ni se le ocurra decir eso en voz alta. ¡Conoce usted muy bien el concepto y significado de libertad de prensa!

Becca bajó la mirada, tragó.

—Por supuesto. He estado años luchando por la credibilidad y los derechos de mis clientes. Por cada detalle, por muy pequeño que fuera, de sus declaraciones. Sé muy bien, lo frágiles que pueden ser los recuerdos y la credibilidad que les concede la opinión pública cuando White se reajustó las gafas.

—Entonces también sabrá que aquí no es cuestión de verdad objetiva. Es cuestión de percepción. Dice usted que está fuera. ¿Cómo pinta su vuelta a la profesión?

—Es mi peor pesadilla. Si me condenan o si queda la menor de las dudas, estoy acabado profesionalmente. Nadie va a querer contratarme porque nadie quiere un abogado que en el recuerdo de la gente es un criminal. Paralelamente, se está llevando a cabo una investigación disciplinaria por parte de la Escuela de abogados. Aunque me declaren inocente, mi reputación podría quedar arruinada para siempre.

Becca le puso la mano en el brazo. Él no lo apartó, pero tampoco reaccionó ante este gesto de ánimo.

Arden suspiró hondo.

—No tengo ni idea de cómo seguir. Pensaba que íbamos a comenzar una vida nueva, formar una familia. En vez de eso estoy arrastrando a Becca a una pesadilla interminable.

—No está todo perdido —le aseguró White—. Tenemos que hacer todo lo posible para que nuestra estrategia funcione.

—Y concretamente, ¿de qué estrategia se trata? —preguntó Becca, que hasta ahora se había mantenido al margen.

—Tenemos que controlar todo lo que podamos controlar, sin descontrolarnos nosotros. Es usted un buen hombre, hasta ahora con las manos limpias, ama a su esposa, va a ser padre dentro de poco. No vamos a atacar a Jennifer Williams. No va a haber revelaciones de la vida posterior de esa mujer, no vamos a sacar ningún trapo sucio. Eso solo nos perjudicaría. Lo que vamos a hacer va a ser ceñirnos a los hechos. A su versión de los mismos. Y a su vida actual. Su integridad.

Arden lo miró.

—¿Y si en el juicio me dirijo directamente a Jenny? ¿Si le digo que lo que está haciendo está mal?

—¡Ni se le ocurra! —White negó con la cabeza—. Eso sería como una confesión. El jurado se preguntaría: ¿Qué tiene que ocultar este hombre? ¿Por qué está intentando presionarla?

Se dirigió a Becca.

—Usted no tendrá que declarar. Sin embargo, su presencia en la sala tendrá su efecto. Una mujer en la recta final del embarazo que cree firmemente en su pareja y lo apoya es una imagen que queda grabada en la retina. ¡Sin necesidad de decir ni una sola palabra!

Ella asintió muda. Arden le puso una mano en la rodilla. Un gesto que tiempo atrás la había tranquilizado. Ahora resultaba extraño.

—¿Y si ni ella misma está segura del todo? —preguntó Becca—. ¿Si recuerda algo, pero en realidad ocurrió de otra manera? A veces nuestros recuerdos nos juegan una mala pasada.

—No importaría —respondió White—. El caso va a llegar a los tribunales y a estas alturas la mujer no va a echarse atrás. La cosa ya está demasiado avanzada. A ello hay que añadir el delito del acto sexual con una menor de edad. Y, por supuesto, también la

alternativa de que sea su marido quien lo recuerde mal. Eso no significa que yo lo crea así.

Becca asintió, le costaba contener las lágrimas.

White se inclinó hacia ella, le apretó con suavidad la mano.

—Si en el fondo tiene usted razón. Transcurridos catorce años, los recuerdos pueden falsearse. Pero eso no va a proteger a Arden de manera automática. Va a depender de la credibilidad de Arden y de la suya. De la imagen que dan juntos.

—¿Y dice que ese bebé es hijo de mi marido? —preguntó Becca con voz baja—. ¿Qué implica eso para nosotros?

—Un factor de riesgo desde el punto de vista jurídico. La existencia de un hijo va a respaldar la credibilidad de la declaración de Jennifer. Incluso sin prueba de ADN de por medio.

Arden frunció el ceño.

—Pero ella nunca me mencionó ese hijo. Yo no sabía nada de su existencia.

—El fiscal va a tirar de emociones. Nada de pruebas, nada de condena, eso solo existe en la teoría. En la práctica dependerá de la opinión pública y el jurado, que no es inmune a las imágenes opresivas que les plantan en la cabeza.

Becca guardó silencio. En el interior de su barriga también reinaba la calma. Demasiada calma, pensó de repente. A lo largo de la mañana, el bebé había reaccionado a la inquietud de la madre dando patadas fuertes. Pero ahora, nada de nada.

El regreso a casa transcurrió en silencio. La lluvia había cesado y dejado tras de sí carreteras brillantes de humedad. Becca miraba las fachadas de las casas, los muros grises, las luces tras las ventanas. Su mente estaba con el otro hijo, el hijo de Jennifer. Aún no había alcanzado los quince años. Tal vez tuviera los ojos claros de Arden.

Y tal vez nunca llegaría a saber quién era su padre. Después de que Jennifer lo entregara en adopción, se había quedado con unos

extraños. Para Arden había sido un verdadero *shock* cuando, hacía unas pocas semanas, le habían hablado de ese hijo por primera vez.

Para ella también era horrible. Arden era padre de un hijo que jamás conocería.

Al entrar en su calle, había tres jóvenes con capucha parados en el bordillo con sus bicis. Uno estaba fumando, otro grabando con el móvil. Se acercaron al reducir el coche la marcha.

—¡Hey! Ahí está. El follaniñas.

Becca se asustó. Arden frenó en seco.

—Ignóralos.

—¿Quieres follarte a otra niña, hijo de puta?

Becca se apeó. El corazón le latía con fuerza. Uno de los chicos pasó pegado a ella, la rozó con el manillar.

—¡Y la furcia embarazada de él! Qué enferma. Qué asco.

Arden se acercó dando la vuelta al coche.

—Iros para casa, chicos.

Uno de ellos le escupió. El escupitajo le dio a Arden en el hombro. Becca vio cómo se le había tensado el cuerpo y que estaba dando un paso hacia delante. Otro chico le dio un empujón en el pecho.

—¡Arden, déjalo estar! —gritó Becca.

Luego el golpe. No muy fuerte. Más bien un empujón desde atrás. El tercer chico se había acercado a hurtadillas. Ella perdió el equilibrio, se tambaleó, cayó hacia delante. Dio con la rodilla contra el bordillo. Luego fue la barriga la que chocó con el hormigón. Fue una caída fuerte.

Arden gritó algo que ella no entendió. Luego voces como cacareos, pasos rápidos. Los chicos estaban huyendo. Uno seguía riéndose.

Becca se colocó de lado, gimiendo de dolor. Luego notó algo caliente entre las piernas. ¿Sería sangre?

Se llevó los dedos a la entrepierna, vio la sangre en ellos. Demasiada.

—Voy a llamar una ambulancia —dijo Arden. Había pánico en su voz.

Poco después oyó el sonido de sirenas. Al poco tiempo alguien la colocó en una camilla. Una luz le quemó los ojos. Luego le palparon la tripa. Había voces hablando por encima de ella. Las palabras llegaban entrecortadas, fragmentadas.

—… Séptimo mes… Hemorragia masiva… Situación crítica.

Acto seguido unos pitidos fuertes, luego un silencio angustioso.

—¡No hay pulso!

Un zumbido rítmico, de nuevo el silencio.

Los párpados de Becca se movían inquietos.

—Tenemos que salvar al menos a la madre. ¡Rápido! Hay que llevarla a la clínica ya.

Becca quiso girar la cabeza, no lo consiguió. Notó algo frío en el codo. Notó un hormigueo en las manos.

—Tenemos que empezar ahora o vamos a perderla a ella también.

Un sanitario le colocó una máscara de oxígeno en la cara.

—¡Respire hondo! No está usted sola. ¡Va a conseguirlo!

Becca intentó asentir con la cabeza.

Sin embargo, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Luego un tirón. Era como si su interior se estuviera vaciando. Un tirón fuerte en la barriga.

Las voces se alejaron, perdieron intensidad.

Mi hijo no, rezó con las últimas fuerzas que le quedaban. *¡Por favor, mi bebé no!*

VEINTINUEVE
MANCHESTER

2020

JENNY

La luz de la habitación era estridente, hacía que todo reluciera en un blanco brillante que hería los ojos. Se concentró en sentarse con la espalda recta, se esforzaba de manera casi compulsiva por mantenerse recta, era como si estuviera congelada en esta postura que recordaba la de una acusada.

Su lengua parecía un trozo de carne muerta, rasposa, pero por mucho que bebiera, Jenny seguía con esa sensación de estar muriéndose de sed. Sabía que esa sensación extrema de deshidratación se debía a los medicamentos que le estaban administrando. Había pedido insistentemente probar con otro medicamento, alguno con menos efectos secundarios, pero nadie la hacía caso.

El Dr. Harris, sentado a su escritorio frente a ella, carraspeó. No un carraspeo comedido, sino una expresión de impaciencia.

Ella alzó los ojos, se topó con la mirada atenta de él.

El bloc de notas que tenía el hombre delante seguía intacto, como siempre. Era uno de esos médicos que no anotaba nada. No porque careciera de sentido del deber, sino porque contaba con una agudeza mental privilegiada. Jenny suponía que este hombre tenía memoria fotográfica y que las notas sobre la sesión las haría

después de que ella hubiera regresado a su habitación. Todo en él transmitía puro control. Su ropa, su postura, su manera de hablar.

—Señora Wood —comenzó y su voz sonó neutra y carente de emociones—. Su reiterada negativa a someterse a terapia nos obliga a tener que tomar otro tipo de medidas. No podemos seguir mirando sin intervenir.

Jenny se mordió el labio inferior, intentó que las palabras del psiquiatra no la afectaran.

Tenía las manos reposando en los muslos porque no quería que el Dr. Harris le viera las uñas mordidas hasta la carne y que añadiera automutilación al historial médico.

—¿Me ha escuchado?

—¿Qué? Sí, claro —respondió demasiado precipitada.

—Así que, otra vez: si no coopera, tendremos que volver a trasladarla al nivel de agudos. Y ya sabe lo que eso significa. Ya ha pasado por eso, ¿verdad?

El hombre esperó.

Pero ella guardó un silencio tenaz. Además, ¿qué iba a decir?

El Dr. Harris suspiró, como si realmente le afligiese lo que le estaba diciendo:

—Como segunda opción podríamos considerar un cambio de medicación. Pero si mal no recuerdo, ya está usted notando los efectos secundarios del tranquilizante suave y de los antidepresivos que le hemos recetado.

Ella alzó la cabeza lentamente, le costaba controlar la risa histérica que se le estaba formando en el pecho y estaba llegando a la garganta.

Como si la amenaza de esta loquero le importara algo.

Ya había pasado por lo peor que le puede pasar a una persona. Había perdido a su familia y todo el mundo la consideraba culpable. Mientras ella estaba aquí metida, el loco de verdad andaba suelto por ahí, tan campante.

Ya llevaba tres años metida en este lugar desolado. Aún le quedaban otros doce por delante.

Después de haber encontrado un zapato de Lucas y una pieza de su pijama, la policía había partido de que Lucas estaba muerto. Su

niñito dulce.

Según ellos, la había pillado in fraganti cuando estaba apuñalando a Bobby. Y luego, a su vez lo había matado a él para eliminar a cualquier testigo. Para encubrir el delito, se había desecho del cadáver tirándolo al mar.

Ni que ella fuera un monstruo capaz de hacer algo tan terrible.

Cierto, no había sido una buena madre para su hijo, pero jamás le habría quitado la vida. Tan solo de pensarlo, percibía un dolor físico.

Dos veces por semana tenía una cita con el Dr. Harris en su despacho, sin embargo, en lo que iba de mes ya se había saltado tres sesiones.

Tiraba de las excusas más variopintas para poder librarse de ellas. Pero hoy no había habido manera de librarse.

Miró al médico, se encogió de hombros.

—Entiendo lo que dice. Comprendo que esté molesto porque no estoy cooperando, pero, a ver, en serio, ¿cómo se supone que he de cooperar? Nadie se cree nada de lo que digo. Y mira que lo he intentado. ¿Por qué he de seguir intentándolo si de todos modos no le interesa a nadie lo que tengo que decir, solo por no ser lo que quiere oír todo el mundo?

—¿Qué cree que quiero oír yo?

Jenny soltó un gemido de desesperación.

—¡No pienso entrar al trapo! ¡Ya conoce mi historia!

Harris la miró atento.

—Aun así, me gustaría volver a oírla. Empiece desde el principio. El día que llegaron ustedes a Portugal.

Jenny apartó la mirada, estudió una mancha en el suelo.

—Tengo que ir al baño —soltó finalmente.

Harris suspiró.

—Eso tampoco es nada nuevo.

—Estoy en mi derecho de poder ir al baño siempre que sienta la necesidad de ir. Y si por culpa de los nervios y la desesperación tengo que ir más de lo normal, ¡pues que así sea!

—Nadie se lo está impidiendo, Jennifer. —Harris esbozó una sonrisa—. Me ha malinterpretado. Por supuesto que puede ir al baño

siempre que lo necesite. Tan solo quiero pedirle que no se pase usted allí todo el tiempo que le corresponde a nuestra cita.

Jenny lo miró, hizo una mueca.

—Tengo la regla. Así que sí, voy a tardar algo, como comprenderá.

La mirada de Harris fue de indiferencia.

—No estamos en parvulario, señora Wood. Vaya y procure volver cuanto antes.

Recorrió el pasillo oscuro a paso lento, pasando por todas las puertas tras las cuales se encontraban las habitaciones de los demás pacientes.

Se detuvo delante de los baños, a punto de accionar el picaporte se fijó en un papel pegado en mitad de la puerta: ¡PROHIBIDO EL PASO!

—¡Joder! —soltó, echó la cabeza atrás.

—Inundado —dijo una voz a su espalda.

Se giró asustada, vio a un joven que vestía un mono azul de trabajo. Estaba apoyado contra la pared, llevaba un cigarrillo detrás de la oreja, sonreía. Jenny creyó recordar que se llamaba Ben. O puede que Sam, de todos modos, le daba completamente igual.

—¿No podría abrir la puerta igualmente?

Él negó con la cabeza, hizo una mueca de asco.

—Alguien tiró una jodida compresa en el wáter. Ha subido toda la mierda y lo ha inundado todo. Así que, si no quieres meterte hasta las rodillas en excrementos, será mejor que vayas al baño de hombres o que esperes a que haya acabado con mi curro.

—Solo quería unos minutos de paz. Desconectar, no oír a nadie. ¡Sobre todo no al gilipollas de Harris!

Ben o Sam frunció el ceño, como si estuviera reflexionando.

—¿No estarás chalada o algo por el estilo? —preguntó él desconfiado—. ¿Ni serás peligrosa?

—¿Tengo pinta de darte un leñazo tan pronto me des la espalda?

La miró circunspecto, luego, con media sonrisa, negó con la cabeza.

—La verdad es que, antes de ocuparme de la guarrada esa en el baño de las mujeres, me apetece tomarme un piti. Si me prometes que no vas a hacer ninguna tontería, te llevo conmigo al sector de incendios. Nos fumamos uno en silenciosa armonía y luego cada mochuelo a su olivo.

Ella le dedicó una mirada de agradecimiento.

—En serio que solo quiero tomarme un pequeño respiro, ¿vale? No voy a hacerte nada.

Él se dio medio vuelta, le indicó con la cabeza que lo siguiera en esa dirección.

Llegaron a una habitación a la que solo tenía acceso el personal de limpieza. El hombre abrió la puerta, la hizo pasar.

—¿Esto qué es? —preguntó ella, echando un vistazo al diminuto pasillo desde el cual se accedía a más habitaciones.

Él dio unos golpes con el dedo en la puerta de la izquierda.

—Aquí guardo mis herramientas. Y al lado están las cosas del ejército de limpiadoras.

—¿No habías dicho sector de incendios? Si enciendes un pitillo aquí, seguro que salta el detector de humo.

Él hizo un gesto despectivo con la mano, la agarró del brazo, la arrastró tras de sí hasta una puerta de cristal que daba a un diminuto balcón.

—Esta es la zona de fumadores para los de la limpieza. Los pacientes no tienen acceso, pero contigo voy a hacer una excepción. La verdad es que no pareces alguien con quien haya que andarse con ojo.

Jenny tuvo que contenerse para no reír al salir tras él, pero acto seguido puso cara de asco al ver el cenicero rebosante de colillas. Aun así, aceptó el cigarrillo que le ofreció Ben o Sam.

Fumaron en silencio durante un rato, aunque él parecía sentir la necesidad de hablar.

—¿Por qué estás aquí?

Jenny ladeó la cabeza.

—Deduzco por tu pregunta, que mi cara no te dice nada.

—¿Debería? —La miró con el ceño fruncido, se encogió de hombros—. ¿Apareciste en las noticias?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Quieres saber por qué?

Él alzó las cejas.

—Creo que voy a arrepentirme de haber preguntado, pero venga, vale, ¡dispara!

—Supuestamente he matado a mi marido. De once puñaladas. Y a Lucas… mi hijo… Creen que a él también le hice algo.

—Pero no lo has hecho, ¿a que no? No tienes pinta de ir matando a gente por ahí. Y mucho menos a tu propio hijo.

Jenny hizo una mueca.

—¿Y según tú, qué pinta tiene alguien así?

El joven se sonrojó ligeramente.

—Lo que quiero decir es que me pareces inofensiva. Y agradable.

—Me temo que en eso te equivocas. He hecho cosas de las que no me siento orgullosa y les he hecho mucho daño a otras personas. Pero efectivamente, no soy una asesina. A pesar de que, aparte de mi madre y tú, nadie me crea.

Él asintió sin decir nada, dio una calada más profunda al cigarrillo.

Ella cogió aire, le habló de Bobby y que quería divorciarse de ella, y le habló de Lucas para el que ojalá hubiera sido mejor madre. Luego le resumió los hechos acontecidos en Portugal, sin embargo, se detuvo de golpe al ver el espanto reflejado en el rostro del joven.

—Ahora sí que me tienes miedo.

Él negó con la cabeza, tiró la colilla por encima de la barandilla, acto seguido encendió otro cigarrillo. Jenny comprendió que no estaba asustado sino fascinado con ella, con lo que le estaba contando.

—¿Alguna idea de quién podría estar detrás de todo? —quiso saber él mientras daba otra calada profunda, como si le fuera la vida en ello—. Está claro que tiene que ser alguien que está muy cabreado contigo. Alguien que te odia más que nada en este mundo.

Ella suspiró.

—Lo cierto es que hay alguien así. Un ex. Por mi culpa lo perdió todo. Su trabajo, su futuro, su bebé…

—¿Y eso?

—Por cobardía por mi parte, mentí repetidas veces. La primera persona a la que mentí fue a mi madre, luego a mi marido.

—Nadie mata a dos personas por culpa de unas cuantas mentiras.

—Era algo serio.

—¿Ah, sí? —Estaba atento, quería saber más.

—Lo acusé de haberme violado —soltó Jenny—. Y esa mentira le costó todo lo que le importaba.

—La verdad es que menuda putada —dijo el otro—. ¿Por qué lo hiciste?

—Es una historia muy larga…

—Yo no tengo prisa por volver a la mierda apestosa del baño, así que, cuenta.

—Me quedé embarazada con quince años. Por aquel entonces era bastante cabra loca. Y como me daba tanta vergüenza, le dije a mi madre que me habían drogado y violado.

—¿Y tu madre te lo compró?

—Sí. Le contó lo mismo años después a Bobby, mi marido, y este empezó a remover todo el pasado hasta que por fin dio con mi ex. Estaba convencido de que era el supuesto violador. Yo no hice nada para impedir que le diera tremenda paliza al pobre. Y después no dejaba de insistirme en que lo denunciara, a raíz de lo cual mi ex lo perdió todo.

—Qué fuerte —soltó el joven—. ¿Y por qué no le constaste esto todo a la policía? Te hubiesen exculpado. La venganza es buen motivo.

—Mi ex no es el tipo de hombre que le haga daño a otra persona y mucho menos es un asesino. No creo que lo hiciera. Y si yo no lo creo, ¿cómo lo van a creer los demás? Por no mencionar que todos los indicios estaban en mi contra. Tenía un motivo y todos me toman por loca.

—Yo no.

—Me temo que eso no cuenta. —Miró muy seria a Sam—. Nadie me escucha, nadie me cree. Y eso es algo a lo que con el tiempo una acaba acostumbrándose. Una se rinde y acaba por creérselo o al menos por considerarlo una opción.

—Se trata de tu vida, de tu futuro. Y el futuro no se echa por la borda, así como así, se lucha por él. Y… —Se interrumpió en busca de las palabras adecuadas—. Porque tú no habrás sido, ¿no? Quiero decir, ¿no habrás matado a tu marido o a tu hijo?

—No soy ninguna asesina —dijo con decisión—. Ni siquiera soy una persona agresiva. Pero por aquel entonces bebía mucho, tanto que tengo un vacío en la cabeza. ¿Cómo voy a saber lo que ocurrió si no me tenía bajo control, si no controlaba a la verdadera Jenny, la sobria? —Se calló, estaba a punto de llorar—. Y obvio, luchar está muy bien, siempre y cuando haya alguien por quien valga la pena luchar.

Observó a Sam, asimiló todo lo que estaba viendo. Luego vio lástima en sus ojos.

Desesperada, echó la cabeza atrás, contó mentalmente hasta tres, luego se abalanzó sobre él, le arrancó de un movimiento seco la llave inglesa del bolsillo del mono de trabajo, la descargó sobre su cabeza.

Esperó a que se hubo caído al suelo, luego bufó brevemente.

—Lo siento, guapo, pero así todos pensarán que te obligué a dejarme salir.

Se inclinó sobre la barandilla, miró hacia abajo, pero, a diferencia de antes, ahora las alturas ya no le daban miedo. Estaban en el quinto piso, es decir, a unos treinta metros del suelo.

Jenny inspiró hondo.

¡Ahora o nunca!

La voz en su cabeza la asustó, pero tenía razón.

El Dr. Harris no tardaría en mandar a buscarla y gracias a las cámaras de los pasillos, la localizarían enseguida.

Volvió a inspirar, cuadró los hombros.

Ben/Sam tenía razón en lo que le había dicho.

Su vida ya no valía nada ahora que Bobby estaba muerto y a Lucas lo habían arrancado para siempre de su lado. Por no

mencionar que no sabía qué iba a hacer con su vida si algún día la dejaban libre. Su madre era la única constante en su vida, pero no iba a poder contar con ella para siempre.

Sam se movió, gimió.

Jenny tenía que darse prisa.

Apoyó con decisión las manos en la barandilla, se aupó de espaldas, cogió aire. Luego se dejó caer hacia atrás, hasta llegar al punto sin retorno. Calló al vacío.

TREINTA

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Rhea echó un vistazo alrededor. Estaba aturdida. El viento le tiraba de la ropa y notaba el frío húmedo calándole los huesos. El pulso iba demasiado acelerado. La respiración era superficial. Algo no iba bien. ¿Cómo había llegado hasta aquí?

Lo último que recordó fue estar tendida en el suelo de la cocina enfrentándose a un ataque de pánico.

Con paso titubeante bajó por la pendiente. El sendero llevaba al embarcadero consistente en unas tablas clavadas malamente. Estaban resbaladizas por la lluvia y el agua del mar que las inundaba con cierta regularidad. Puso con mucho cuidado un pie en los tablones resbaladizos, uno tras otro. La pasarela se balanceaba ligeramente bajo su peso. Se sentó en el bordillo.

A la izquierda había una barca. Parecía de plástico y el motor ubicado en la parte de atrás parecía demasiado grande para un barco tan pequeño. Subía y bajaba al ritmo de las olas. Pero no fue eso lo que la cautivó. Fue el nombre pintado en el lateral del barco. Las letras desencadenaron algo en ella:

REBECCA.

Quedó mirando la tipografía, frunció el ceño. ¿Por qué Rebecca? El embarcadero formaba parte de la casa, de modo que este bote tenía que ser propiedad de Ellin y Mattis.

Era la primera vez que lo veía. El otro día, al pasar, no estaba amarrado aquí. Seguro que habría alguna explicación. Pero ¿por qué este nombre de mujer?

Rhea sabía, por supuesto, que la gente les ponía nombre a sus barcos, a veces incluso los bautizaban con champán caro, pero esto no encajaba con los dueños.

¿Por qué no le habían puesto el nombre de Ellin o de Mattis?

Observó con más atención los alrededores. Se fijó en que al otro lado del embarcadero había un poste del que colgaba un trozo de cuerda que a causa del viento ondeaba como loco de un lado a otro.

¿Era un tipo de sujeción para otro barco?

Se levantó para verlo de cerca, pero dado que estaba congelada de frío, no le dio mayor importancia. Seguramente Ellin y Mattis tendrían dos barcos. Uno para salir a pescar y este, que parecía una lancha a motor, para ir al continente.

Emprendió el regreso, sin embargo, aquel nombre no le salía de la cabeza. Tenía tan poco sentido como las imágenes de su subconsciente o esa sensación de que, hacía poco, había tenido algo que ver con la gente de la casa.

Al llegar al cobertizo para los barcos, se detuvo, volvió a echar un vistazo. No había dejado de preguntarse qué escondía aquel cobertizo. Incluso se lo había preguntado directamente a Mattis, pero tan solo había recibido evasivas.

Todavía titubeó.

Pero luego se armó de valor. Ya que estaba aquí, bien podía inspeccionar más a fondo. Por si acaso, miró hacia la casa principal, seguía sin verse luz detrás de las ventanas. Recorrió a hurtadillas los últimos metros que la separaban del cobertizo, agarró el picaporte, lo accionó.

El corazón le dio un vuelco al ver que la puerta, efectivamente, cedía y se dejaba abrir.

Tras dudar unos segundos, por fin entró, palpó las paredes en busca de un interruptor, respiró aliviada al notar bajo los dedos un borde duro de plástico.

La luz repentina la hizo bizquear, luego retroceder un poco. Le llevó un rato acostumbrarse a la claridad y entonces reconoció lo

que había justo delante de ella.

¡Un barco! ¡Otro barco!

Así que no se había equivocado con sus suposiciones al ver la cuerda en el embarcadero. Pero el barco que tenía ahora ante sus ojos era mucho más pequeño, tenía remos en vez de motor. Era de madera y el lado que miraba hacia ella estaba completamente destrozado.

¡Como si hubiese chocado con una roca!

Un susto helador la recorrió al comprenderlo.

Yo iba en ese barco antes de que se hundiera y casi me ahogo.

De alguna manera Mattis lo había traído a tierra y metido aquí arriba en el cobertizo.

Pero ¿por qué?

¿Querría repararlo?

¿O acaso sería suyo?

Rhea negó con la cabeza. No, eso era imposible. ¿Por qué iba a encontrarse ella en un barco, propiedad de la pareja que la había salvado?

De repente volvió a tener ante sí la escena de la nevera. Ella metiendo apresuradamente comida en una mochila, la voz de un hombre a su espalda insistiéndole en que se diera prisa.

¡Eso había ocurrido de verdad!

¿Y a continuación?

Cerró los ojos, contuvo la respiración, se obligó a sumergirse en su subconsciente.

En vano.

Suspiró, a punto de dar media vuelta e irse, se fijó en las letras que se veían en el casco del barco semidestrozado.

La tabla que había encontrado el otro día en la playa, ¿se habría soltado de este casco? Podría encajar en este agujero. Y luego la T y parte de la otra letra de la que no había estado segura de si era una O un cero.

Mentalmente juntó aquellas letras con las que tenía ahora ante sí en lo que quedaba del casco. Una T, una O… y las letras en el pecio: MMY.

—TOMMY —murmuró.

¿Quién era Tommy?

¿Sería el niño pelirrojo que había visto en la foto en el despacho de Mattis?

Pero en ese caso, este barco también sería propiedad de Ellin y Mattis. ¿Acaso les había robado el barco cuando...?

Tal como vino, así desapareció aquella idea.

¿Qué estaba pasando aquí?

Mareada y tambaleante salió marcha atrás del cobertizo, siguió subiendo, pasó junto al cobertizo para la madera cuya función ya le había llamado la atención hacía poco.

Iba siendo hora de conseguir respuestas por su propia cuenta.

Se encaminó decidida hacia la entrada, accionó el picaporte como si fuera algo natural, pero, al contrario que en el caso del cobertizo de los barcos, esta puerta permaneció cerrada.

Rhea cogió aire, se aseguró de que sus brazos estuvieran bien protegidos con la chaqueta. Luego rompió con el codo un cristal junto a la puerta, empujó con la palma de la mano enguantada el cristal roto hacia dentro hasta poder pasar por el hueco resultante.

Creyó que olería a cerrado, sin embargo, lo que la golpeó fue un mal olor asqueroso y dulzón.

Apestaba de manera horrorosa.

Tragó para dominar las arcadas, avanzó a tientas y a ciegas hasta que sus pies tropezaron con algo blando.

Se acuclilló, tanteó aquello en el suelo hasta que sus dedos se engancharon en algo fibroso y pegajoso.

Maldita sea, ¿qué es esto?

Siguió tocando hasta pasar los dedos por algo barbudo. Luego tocó algo blando, finalmente una pequeña protuberancia.

¡Una cara, maldita sea, esto es una cara!

Se apartó de golpe.

Intentó respirar.

Pero tenía la garganta cerrada, como si algo estuviera impidiendo el paso del aire.

¡Ante ella yacía una persona! ¡Un hombre muerto! Y por el olor que emanaba, ya llevaba un tiempo aquí, mínimo dos o tres días.

Asqueada y horrorizada se tapó la cara con las manos, incapaz de pensar con claridad.

¿Por qué escondían Mattis y Ellin un cadáver en el cobertizo?

¡Ya sabes por qué!

—¿Qué voy a saber yo? —se replicó a sí misma. Se fue apartando cada vez más, la respiración cada vez más superficial mientras que un dolor agudo le atravesó la cabeza.

Otra pieza del puzle más, otro nombre:

¡Sam!

¡El nombre del hombre que yacía a sus pies era Samuel!

TREINTA Y UNO

ISLA DE ONS

2024

RHEA

—Está dentro. —Mattis se dio cuenta de que al girarse hacia su mujer su voz sonó entrecortada.

Ellin tenía los ojos muy abiertos, estaba pálida, parecía tensa.

—Entonces ya lo habrá encontrado.

Mattis asintió con la cabeza.

—De modo que dejar la bolsa de la basura arriba del todo en el contenedor y enseñarle las heridas de mi muñeca ha servido para algo. Y también hicimos bien en dejarla un rato sola. Así ha podido recordarlo todo y encontrar el barco. Ya queda poco. Todo va según lo planeado.

Ellin no dijo nada, tan solo lo miró.

—¡Oye! ¡Tommy está vivo! Lo presiento —aseguró Mattis.

—Ojalá.

—Ellin, no teníamos alternativa.

—No sé —replicó ella en voz baja.

—Era nuestra última oportunidad. ¿O hubieses preferido correr el riesgo y traer a la policía a casa?

Ella negó con la cabeza, bajó la mirada.

—Ya verás, todo va a salir bien. Ahora vamos a ir al cobertizo y vamos a hablar con ella. Y si hace falta, si se niega, le echaré una manita.

Ellin se sobresaltó.

—¡Ya basta, Mattis! Estás empezando a asustarme de verdad. ¡Basta ya de tanta violencia! Primero el marido hijo de puta de tu ex, luego el tipo que trajo esta mujer. ¿Cuántos más?

—Lo de Robert Wood fueron circunstancias especiales. Estabas de acuerdo conmigo en que tenía que ser. Al fin y al cabo, casi me mata. Y luego Jennifer… Por su culpa, todo lo que me había labrado se fue a la mierda. Todo el esfuerzo para nada. Primero mintió, luego me lo quitó todo. El fiscal lo vio claro. Yo, un abogado con un pasado violento, presioné a mi víctima. La violación no pudieron probarla, pero me echaron la soga al cuello por mantener relaciones sexuales con una menor. La gente me odiaba, para ellos me convertí en un pedófilo. Y no olvides que fue por eso por lo que perdiste a nuestro hijo. Casi mueres tú también. ¡Y no podrás tener hijos!

—Si ya sé todo eso —respondió Ellin en voz baja—. Estaba ahí.

—Deseabas tanto tener un bebé. Y mira lo que te hizo Jenny: el bebé que tuvo conmigo lo entregó, así sin más. Y luego, ni siquiera fue una buena madre para Lucas. Tú y yo estábamos de acuerdo en que no se merecía ese hijo, que había que sacarlo de allí. Y en cuanto a lo demás, sabías lo que nos venía encima y lo que había que hacer para que nuestro plan funcionara.

Ellin estaba a punto de llorar.

Mattis sabía que hablar sobre el asesinato de aquel policía era meter el dedo en la llaga. Lo había llevado a cabo de manera rápida y eficaz. Una puñalada directa a la carótida, a partir de ahí, unos pocos segundos y el hombre estuvo liquidado. Del resto de las puñaladas ni se había enterado.

Mattis recordaba muy bien que casi todo había transcurrido según lo planeado. Sobre todo, el hecho de no tocarle ni un solo pelo a Lucas. Le habían suministrado una dosis mínima de un sedante para poder llevárselo sin que armara alboroto.

Para bloquear a Jenny y que luego no recordara nada, había usado un gas anestésico que permanecía tan solo un par de horas en el pulmón, pero que no dejaba rastro ni en la sangre ni la orina. Conseguir el gas no había resultado fácil. Ellin se lo había comprado

a un tipo que también les había proporcionado sus tres identidades nuevas.

Para ello tuvieron que gastar casi todo el dinero que había heredado de su padre. Pero había valido la pena. No había pruebas apuntando a ellos. Los investigadores habían culpado de todo a Jenny, que, por un lapsus de memoria, como ella misma había admitido, no era capaz de presentar una coartada. Y culparla a ella era lo justo tras haber destruido su reputación y haberle quitado todo.

—¿Y cómo vamos a explicar lo del tío en el cobertizo? —interrumpió Ellin sus pensamientos.

Mattis tragó e hizo un gesto para restarle importancia.

—Ya te lo he explicado, cariño. El tío se despeñó. Fue un accidente. Y en caso de duda pues fue un ladrón. Además, ¿por qué tuvieron esos dos que entrar en nuestra casa, pegarte a ti y reducirme a mí? Ni idea de cuáles eran las intenciones de esos dos matones. Desde luego que nada bueno. ¡Y siguen teniendo a Tommy! ¡No lo olvides!

Ellin soltó un gruñido despectivo.

—Como si pudiera olvidarlo. Es mi hijo. Lo es todo para mí.

—Está vivo —dijo Mattis seguro de lo que estaba diciendo—. Lo presiento. Lo han llevado a algún sitio y seguramente querrán pedirnos un rescate por él.

Ellin sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—No creo que quieran dinero.

—¿Entonces qué?

Ellin volvió a sacudir la cabeza, guardó silencio.

—No lo sé —emitió finalmente, pero Mattis notó que le estaba ocultando algo.

Estudió a su mujer, se encogió de hombros, seguro de que ya no diría nada más.

—Va siendo hora de ponerle fin a todo esto. Voy a ir al cobertizo a ajustar cuentas con esa tipa. Tú te quedas aquí, ¿entendido?

Esperó a ver que ella asentía. Un gesto con la cabeza, un sí, lo que fuera, pero ella no se movió.

—Cariño, tiene que ser. ¡Por favor, trata de entenderlo!
Ella suspiró, cerró los ojos sumisa.
—Vale, pero yo también voy.

TREINTA Y DOS
ISLA DE ONS

2024

RHEA

—¿Ya ha vuelto todo? ¿Recuerdas por fin?

La voz cortante sacó a Rhea de su estado de embotamiento. Miró hacia la puerta en cuyo marco estaba Mattis mirándola con ojos llenos de odio. Tras él estaba Ellin. Parecía asustada, sin embargo, algo en su expresión le resultó raro.

Lo sabe, se le pasó a Rhea por la cabeza. *¡Ella sabe quién eres y qué quieres!*

Rhea tragó, se levantó a duras penas a lo que se tensó el cuerpo de Mattis, como si quisiera lanzarse sobre ella. Ellin alargó la mano, lo detuvo.

—Siento lo de tu novio —dijo Ellin—. Fue un accidente. Atacó a Mattis. Teníamos que detenerlo. Tropezó y se cayó. No queríamos que acabara así. Por favor, tienes que creerme.

Mattis apartó con brusquedad la mano de Ellin, la miró con gesto sombrío.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué le pides disculpas a esta loca? Secuestró a nuestro niño, nos lo llevó y sabe Dios lo que le habrá hecho. Si este par de idiotas no hubieran sido tan manazas a la hora de atarnos con bridas las muñecas, a saber, lo que nos hubieran hecho.

Rhea soltó una carcajada histérica.

—¿Haceros algo? Jamás fue nuestra intención. Solo queríamos que por fin admitierais todo. Que confesarais lo que habíais hecho. Y queríamos a ese niño porque no es vuestro hijo. ¡Lo habéis robado!

Ellin cerró los ojos, asintió con la cabeza, como si no le sorprendieran aquellas palabras. Mattis, sin embargo, parecía completamente sobrepasado por la situación.

—No lo entiendo —murmuró—. Pensaba que era cuestión de dinero. De pedir un rescate.

—¿Dinero? —Rhea negó asqueada con la cabeza—. ¡Puedes meterte tu dinero en el culo! ¡No quiero nada tuyo, cabrón! Solo quiero que admitas tu culpa.

—¿Qué se supone que he de admitir?

—¡No te hagas el inocente! Mi madre murió por tu culpa. Se suicidó y Sam… —señaló al muerto—, el bueno e ingenuo de Sam. Estaba presente cuando ocurrió. Me lo contó todo después de que descubrí que era adoptada. Mi madre biológica era una cría, Jenny, a la que años más tarde acusaron en todos los periódicos de haber asesinado a su marido y a su hijo.

Mattis miraba boquiabierto a Rhea. No parecía acabar de entender lo que estaba diciendo.

—Voy a repetirlo, para los lentos como tú —dijo ella con desdén —. Este niño al que llevas buscando desesperadamente desde hace días no es vuestro hijo. Es mi hermano. Se llama Lucas y no Tommy, como lo llamáis vosotros. Y ahora piensa, a ver qué significa esto.

Se interrumpió, hizo una pausa teatral, miró a Mattis, a la espera, pero él seguía allí plantado mirándola con cara de tonto.

Ellin a su espalda carraspeó.

—Si ya hace mucho que lo sabes, cariño, ¿a que sí?

De repente Mattis reaccionó. Se giró hacia Ellin, se tambaleó, cayó de rodillas, la miraba sin poder dar crédito.

—No puede ser.

—¡Claro que puede ser! —Rhea se acercó lentamente, se acuclilló delante de él, lo miró directamente a los ojos—. ¿Y? ¡Mírame! ¿Quién soy?

Él abrió la boca, pero en vez de palabras, de su garganta tan solo salió un gimoteo.

—Mi… —Se interrumpió, cogió aire—. Eres mi hija.

Rhea cerró los ojos por un instante, dejó que la voz de aquel hombre reverberara, pero, al contrario de lo que había esperado, no sintió ninguna sensación de victoria, tan solo mucha tristeza.

En este juego de engaños no había ganadores, todos ellos eran perdedores y perdidos.

Volvió a abrir los ojos, miró a Ellin, luego a Mattis.

—¡Bingo! Al menos eso ya lo hemos aclarado. Resumiendo, tú eres el cabrón por culpa del cual se suicidó mi madre biológica.

—No fue culpa mía —dijo Mattis débilmente.

—¡Vaya si lo fue! La vida había dejado de tener sentido para ella – por tu culpa. Y vas a pagar por ello. ¡Aunque seas mi progenitor!

TREINTA Y TRES

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Mattis tenía los ojos clavados en Rhea. Seguía sin poder creerse lo que acababa de oír. Aunque una cosa sí sabía con certeza: de golpe todo había cambiado.

Sin embargo, lo más importante era que Tommy, o Lucas, como le habían llamado originariamente, estaba a salvo. Porque Rhea, su hermana, no iba a hacerle daño. Tan solo había querido llevárselo de aquí, alejarlo de dos personas que no eran sus padres. Y buscaba venganza por la muerte de su madre.

Podía incluso llegar a entenderla.

Seguía buscando algún parecido en el rostro de ella, un parecido que le tendría que haber llamado la atención.

Rhea era pelirroja como Tommy. Pero eso lo había considerado una casualidad. En cuanto al resto, no existía ningún parecido ni con Jenny ni con él. Y, sin embargo, no dudaba de la veracidad de sus palabras.

—Lucas y yo nos parecemos a nuestra abuela Emma —dijo Rhea, como si le hubiese leído la mente—. Puede que recuerdes su melena roja. Mis ojos también los tengo de ella. En el caso de Lucas, le vienen de Bobby.

Mattis la seguía mirando, todavía completamente confundido. ¡Rhea era la hija de Jenny! Hija suya, la hija que nunca había llegado

a conocer. Tragó.

—Tu madre, Jenny… ¿cómo diste con ella?

—No fue difícil —respondió Rhea—. Me lo contó mi tío cuando cumplí los dieciocho. En realidad, tendrían que haberlo hecho mis padres adoptivos, pero perdieron la vida en un accidente aéreo. Mi tío me entregó la documentación de la adopción y yo fui con ella a la agencia. Allí me dieron el nombre de mi madre.

—¿Te lo dieron así sin más?

—Sí. Gracias a mi abuela. Emma le había insistido a mi madre para que entregara el bebé en adopción dejando así la puerta abierta para más tarde. Era cosa mía si quería dar con mis progenitores. También fue mi abuela la que me dijo que Jenny jamás llegó a superarlo. De ahí el distanciamiento con Lucas. No fue hasta más tarde que me di cuenta de que había otra razón más para tanto autoodio.

—¿Entonces sabes que no la violé?

—Sí, me lo contó Sam. Antes de que mi madre se tirara al vacío, le contó su trágica historia.

—¿Y cómo diste con Sam? ¿Quién es, por cierto?

—Samuel trabajaba en el psiquiátrico en el que encerraron a mi madre. Me enteré de todo por los periódicos. Cuentos horribles sobre mi pobre y chiflada madre biológica. Sam me contó que Emma, o sea mi abuela, también quiso hablar con él poco después del fallecimiento de Jenny. Él no quiso, pero conmigo cambió de idea y estuvo dispuesto a contarlo todo por fin.

—¿Y por qué decidió ayudarte a sacar a tu hermano de aquí?

—Creo que tenía remordimientos. Por mi madre. Si no la hubiese llevado hasta ese balcón, podría seguir con vida. Se ve que la pilló en su momento de mayor flaqueza.

—No lo pillo.

—Jenny se había dado por vencida, ya no le quedaba nada por lo que valiera la pena vivir. Así que aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para ser libre por fin. Libre de dolor, libre de culpa.

—¿Tú también lo crees? —preguntó Ellin—. ¿Que podría seguir con vida si ese día no se hubiera topado con Sam?

Rhea negó con la cabeza.

—Hubiese habido muchos otros momentos de debilidad. Un día u otro hubiera encontrado otra oportunidad para acabar con todo.

Mattis y Ellin guardaron silencio, compungidos, luego, Mattis retomó la palabra.

—Pero ¿cómo descubriste lo de Tommy y nosotros?

—¿Tommy? Te refieres a Lucas.

—Sí, vale, por mí, Lucas…

Rhea soltó una carcajada llena de amargura.

—Creo que Mamá tiró de los hilos desde allá arriba. Porque quería que Lucas regresara a la familia a la que pertenecía.

Mattis frunció el ceño.

—No creo en esas cosas.

—Bueno, pero en las redes sociales y las imágenes traidoras, en esas seguro que crees.

Mattis volvió a fruncir el entrecejo, incrédulo.

—Lucas tiene un amigo… Y ese amigo tiene una hermana mayor con un canal en TikTok. Sube tutoriales de maquillaje y cosas por el estilo. Estoy suscrita, me gusta ver sus contenidos.

—¿Tutoriales de maquillaje?

Rhea sonrió.

—No es lo que crees. Lucas y su amigo aparecieron por casualidad en uno de los vídeos. Pasaban corriendo por detrás, pero los vi. Repetí el vídeo una y otra vez.

—¿Y lo reconociste? Ya tiene diez años. Vale, es pelirrojo como tú…

Rhea negó con la cabeza.

—Pero ¿qué os creéis? ¿Que considero hermano mío a cualquier niño que tenga el pelo rojo como yo? Eso sería simple y llanamente imposible.

—¿Cómo se te ocurrió? —quiso saber Ellin.

—Al principio solo fue una sensación, pero cuántas más veces miraba el vídeo, más segura estaba. Sentía que ese era mi hermanito Lucas. Puede que al principio no fuera más que un deseo ardiente. Pero ¿habéis oído hablar de las simulaciones digitales con las que se puede envejecer un rostro? Lo hice con fotos de Lucas,

fotos que me pasó Emma amablemente, para envejecer al pequeño Lucas. Y fue asombroso. No idéntico, pero los ojos, la forma de la barbilla, la expresión. Era como si el *software* hubiese previsto su desarrollo justo de esa manera. En ese instante lo supe: tenía que encontrarlo. A mi hermanito.

Mattis miró a Ellin, quien, a medida que avanzaba la explicación de Rhea, se había vuelto cada vez más inquieta.

—¿Lo ves? —soltó él—. No se puede andar con cuidado suficiente. Siempre estuve en contra de que Tommy fuera a visitar a sus amigos o que pasara la noche con ellos. Siempre he insistido en que permaneciera aquí, donde lo pudiéramos tener vigilado. Pero tú… —Soltó un gemido desesperado, volvió a mirar a Rhea—. ¿A dónde lo has llevado?

Rhea esbozó una sonrisa maliciosa.

—Seguramente al único lugar de la isla donde aún no has mirado.

Él abrió los ojos como platos.

—¿El faro?

Rhea sonrió.

—Por cierto, ¿por qué no te dio por buscarlo allí?

Mattis se encogió de hombros.

—Es el objeto mejor guardado de la isla y, aparte de eso, hace siglos que no está en funcionamiento. No se me ocurrió que el faro, si es que se consigue entrar en él, podría ser también el escondite perfecto.

—Lo es, sin duda. Lucas está allá arriba, seguramente no esté contento, pero al menos, tampoco puede pasarle nada.

Mattis sacudió incrédulo la cabeza.

—No pensé que fueras tan astuta. Pero lo que no acabo de entender es ¿por qué tanta complicación?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, entrasteis en nuestra casa, a la fuerza, nos redujisteis y luego nos dejasteis solos. ¿Por qué no os largasteis con Lucas sin más? Si ya teníais todo lo que querías.

Rhea le echó una mirada que él no supo interpretar.

—¡Buena pregunta! Tengo otra para ti: no deberías haber entrado en la casa y llevado a Lucas. Mi madre estaba completamente dormida por culpa del alcohol y su marido, Bobby… seguro que se os hubiera ocurrido otra manera de dejarlo fuera de combate durante un buen rato. Pero lo matasteis, hicisteis que pareciera que había sido mi madre. ¿Por qué?

Mattis tragó.

—Porque quería verla hundida —admitió en voz baja.

—Esperaba que dijeras eso. —Rhea asintió con la cabeza—. Gracias por tu sinceridad. Para oír eso fue por lo que Sam y yo no nos largamos de inmediato con Lucas. Quería oírlo de tu boca, ¿entiendes? Quería que reconocieras que mi madre no es ninguna asesina, que no es una mujer que mataría a su hijo así sin más. Quería grabarlo y mandar el audio a la policía, como prueba, para limpiar el buen nombre de mi madre. Pero no estabas dispuesto a hablar. Por eso tuve que apretarte las tuercas. Tenía que llevarme a Lucas, hacerte ver que no tenías otra opción.

—Esas grabaciones no hubieran tenido ningún valor ante un tribunal —intervino Ellin.

—Pero hubiesen reabierto el caso y seguro que daríamos con una manera de acusaros.

—¿Así que eso es lo que quieres? —soltó Mattis—. ¿Meternos en la cárcel?

—A mí me parece que suena genial. —Rhea lo observó, hizo una mueca—. Venga, hombre, podría haber sido mucho peor, ¿no crees? Al fin al cabo, Lucas está bien. Tiene comida suficiente, agua suficiente y está encerrado en el faro, en una estancia con un ventanuco diminuto por el que no puede escaparse. Lucas está a salvo, el único problema que podría tener es la cuestión del baño y que no hay videoconsola. En cuanto al futuro…

—¿Qué tienes pensado?

—¡Tranqui! Lucas también va a estar bien en el futuro. Soy su hermana, su única pariente viva, aparte de la familia de Bobby.

—¿Qué pasa con Emma?

—Cáncer —respondió Rhea, triste de repente—. Supongo que ese fue el precio a pagar por la preocupación por Jenny. Y en cuanto

a la familia de Lucas por parte de padre… No sé mucho, solo que odiaban a mi madre. Así que no pienso mover ni un puto dedo para presentarles a su nieto.

—¿De modo que eso es todo? —emitió Mattis en voz baja.

Rhea le dirigió una mirada penetrante.

—A no ser que me mates aquí y ahora. —Extendió los brazos—. Estoy sola. Sam era el único testigo de todo y ahora está muerto. En el fondo, estoy a vuestra merced. Tú decides.

Mattis no fue capaz de seguir sosteniéndole la mirada a su hija, la dirigió al suelo.

—Creo que deberíamos ponernos en marcha —dijo Ellin en voz baja. Sonó triste, pero a la vez aliviada.

Él alzó los ojos hacia ella, sorprendido.

—Siempre supe que tarde o temprano todo saldría a la luz. Aunque tenía la esperanza de que no fuera tan pronto.

Ellin se dirigió a Rhea.

—Ni en sueños me hubiese imaginado que serías tú la que nos descubriría. Y mira que pensé en ti muchas veces. La primera vez después de que tu padre y yo discutiéramos la estrategia a seguir para defendernos de las acusaciones de tu madre. De regreso a casa pensé en lo triste que era que tu padre no te hubiera conocido y que no te conocería. Por aquel entonces debías de tener quince años.

Mattis se fijó en que Rhea dio un respingo apenas perceptible, como si las palabras de Ellin le hubieran recordado algo doloroso.

La miró, notó que de repente se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Fue dos años más o menos tras la muerte de mis padres. Mi tío y su mujer no estaban mal, pero yo nunca llegué a sentirme del todo en casa con ellos. Solo era la pobre sobrinita que había perdido a sus padres. Lo que más deseaba entonces era formar parte de una familia de verdad y hoy deseo eso mismo para mi hermano.

TREINTA Y CUATRO

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Llegar hasta el faro les llevó apenas media hora. Treinta minutos durante los cuales nadie habló. No era un camino demasiado empinado, pero se hacía notar, pasaba junto a un muro de piedra, a un mirador abandonado, por encima de rocas con pátina y tierra arenosa.

Mattis las precedía, con la vista fija en el frente. No echó ni un vistazo atrás, aunque Rhea sabía que oía perfectamente que Ellin a veces resbalaba en las piedras sueltas.

También Ellin guardaba silencio. Desde que habían salido de casa, parecía estar dándole vueltas a algo, sin embargo, Rhea presentía que no se trataba de nada que la pudiera poner en peligro. Ni Mattis ni ella le darían daño. No ahora que sabían con quién estaban tratando. Bien podía ser que Ellin se estuviera imaginando ya cómo sería vivir sin Lucas, al que le había dado el nombre de Tommy. Quería a aquel niño como si fuera si hijo.

Rhea suspiró al darse cuenta de que aquella noche, la primera en mucho tiempo, en la que el temporal había amainado, no habría vencedores. Mattis y Ellin perderían a un ser querido y ella recuperaría a un hermano, pero Lucas, a sus diez años, jamás le perdonaría lo que perdería por culpa de ella. No era ningún niño al

que hubiera que rescatar y Ellin y Mattis no eran los monstruos que ella suponía.

En ese sentido se había visto como la buena samaritana que liberaría a un niño de las garras de dos locos, pero ahora, que había llegado el momento, comprendió que se había dejado engañar por una quimera. De repente se sintió cansada como hacía mucho que no se sentía.

Suspiró cuando avistaron por fin el faro. Al principio solo el pico, luego toda la construcción, enorme, en cierto modo, fuera de lugar. Un guardián mudo en la frontera entre tierra y mar.

Durante los últimos metros Rhea repasó si quedaba algo por decir, pero no se le ocurrió nada más. Lo único en lo que podía pensar eran estas tres personas cuyo destino y futuro dependían de ella.

—¡Mami! —gritó Lucas y se levantó de un salto del colchón en el que estaba sentado, corrió hacia Ellin, se echó llorando a los brazos de esta—. ¡Tenía tanto miedo!

—Lo sé, cariño —dijo ella con voz tranquilizadora y Rhea vio que a Ellin le costaba mantener la compostura. Bajo ningún concepto quería que el niño notara nada para no inquietarlo aún más.

A continuación, el niño se echó en brazos de Mattis, llorando más fuerte incluso. A Rhea le costó tragar al ver cómo su padre se acuclillaba delante de Lucas, le sonreía.

—¿Todo bien, colega?

Lucas ahogó otro sollozo, tiró de los mocos.

—Tenía miedo porque no sabía dónde estabais. Y tenía tantas ganas de ir al baño que tuve que hacerlo en una esquina.

Mattis lo apartó de sí sin soltarlo, le guiñó un ojo.

—No pasa nada, cariño. Yo hubiese hecho lo mismo.

Volvió a atraerlo hacia sí, le acarició la espalda para tranquilizarlo.

Rhea, que a estas alturas ya sabía unas cuantas cosas sobre Jennifer, se preguntó si Lucas todavía se acordaría de ella. Sabía que

no se le había dado muy bien mostrarle a su hijo lo mucho que lo quería.

La mirada del niño se fijó en ella y Rhea se puso tensa.

—¡Esa es la mujer! —gritó el niño llevado por el pánico, aferrándose al padre—. Ella es la que me encerró aquí.

—Tuvo que hacerlo —respondió Mattis, para sorpresa de Rhea—. Ahí fuera había un temporal tan fuerte que estábamos muy preocupados por ti y queríamos saberte a salvo.

—Aun así, no me cae bien —murmulló el niño, mirándola de reojo.

—Pues debería, cariño, porque es…

—… una buena amiga de tu padre —interrumpió Rhea la explicación de Mattis—. No quería asustarte, pero tenía que ser, ¿entiendes? Tan solo me aseguré de que no te pasara nada.

Lucas miró a su padre, la duda reflejada en sus ojos. Luego tragó. La miró con desconfianza.

Rhea cerró los ojos, titubeó, pero solo un instante. Luego asintió ligeramente con la cabeza, dio media vuelta y se fue.

TREINTA Y CINCO

ISLA DE ONS

2024

RHEA

Una vez se hubo ido Rhea, Mattis volvió a abrazar fuerte a Tommy, luego miró a su mujer. Ella lo miraba con ojos interrogantes, pero esta vez no tenía ninguna respuesta para ella. Él mismo no entendía lo que acababa de pasar.

Al cabo de un rato soltó al niño, se lo acercó a Ellin.

—Voy a mirar dónde está, ¿vale?

Al bajar, notó cómo se le aceleraba el corazón. Todos aquellos años, había deseado en su fuero más interno estar algún día ante su primogénito. Aquel hijo al que Jenny había entregado sin dejarle participar en tal decisión.

Una y otra vez había intentado imaginarse cómo sería ese hijo, qué aspecto tendría, pero nunca había llegado a ningún resultado.

Al traspasar la puerta y salir al frío, la vio sentada en el último escalón.

Desde atrás parecía una niña pequeña, con unos rizos pelirrojos y rebeldes que el viento mandaba en todas las direcciones.

Se acercó a ella, se sentó a su lado.

—¿Por qué no le dijiste la verdad?

—Porque no quería hacerle lo mismo que me pasó a mí. Ya lo vivió una vez cuando lo secuestrasteis. Por suerte, aún era demasiado pequeño como para recordarlo. Ahora sois su familia y

eso es mucho más de lo que tuve yo durante mucho tiempo. —Se detuvo, miró a Mattis—. Cuando perdí a mis padres no había nada que pudiera consolarme. A menudo me pasaba las horas sentada, imaginándome cómo sería si de repente volvieran a estar frente a mí. Durante esos breves instantes experimentaba lo que era la felicidad.

—Lo siento de todo corazón —murmuró Mattis.

—Y tras esos instantes, solo empeoraba. Era consciente de lo que había perdido y eso me dejaba sin nada a qué agarrarme. No quiero que mi hermano pase por lo mismo. Él ya ha sufrido bastante y se merece encontrar por fin la paz.

—Para serte sincero, no sé qué significa eso —admitió Mattis en voz baja, miró a Rhea directamente a los ojos.

—Yo tampoco —explicó ella—. Solo sé que, aunque esté mal, parece lo correcto decidirme por los vivos.

—¿Y Jenny? —soltó él—. ¿Qué pasa con ella?

Rhea se encogió de hombros.

—Siempre será la mujer que me parió, ni más ni menos. Pero está muerta y Lucas hace mucho que la ha olvidado. Puede que fuera distinto si hubiera sido mejor madre. O si no hubiera sido una mentirosa tan despiadada, si no les hubiera robado el futuro a otras personas solo por cobardía. —Calló de golpe, lo observó—. Creo que muy en el fondo ella sabía que habíais sido vosotros quienes la habían metido en aquella situación.

—Si así fuera, se lo hubiese dicho a la policía. O puede que lo hiciera y que nadie la creyera. Al principio incluso yo me preguntaba cómo podía ser que nadie hubiera barajado la posibilidad de que fuéramos nosotros quienes estábamos detrás de todo. Pero supongo que fue porque la gente seguía considerándome un violador. Pensarían que Jenny había retirado la denuncia por miedo a mis represalias. Nadie pensaba que me había jugado una mala pasada porque yo era inocente. De modo que a nadie se le pasó por la cabeza que yo podría haber matado la familia de Jenny por venganza.

Rhea no dijo nada, parecía reflexionar sobre las palabras de Mattis. Finalmente se levantó, echó la cabeza atrás, quedó mirando

el cielo.

—Tenemos que pensar qué hacer con Sam. La policía va a buscarlo. Habrá gente que lo eche de menos.

Mattis bajó la mirada, suspiró.

—Siento mucho lo que le pasó, en serio.

—Bueno… era una excursión de un solo día —murmuró Rhea—. Perdimos el último ferri y robamos un barco. Al intentar llegar hasta el continente, se cayó por la borda y se ahogó… al fin al cabo, a mí me hubiese pasado algo parecido, si no llegas a sacarme del agua. Será mejor que lo dejemos así.

Mattis alzó la cabeza, la miró sorprendido.

—No… entiendo.

Rhea inspiró hondo.

—¡No eres mi padre! ¡Y no lo serás nunca!

A él se le abrió la boca involuntariamente.

—Mi padre perdió la vida en un accidente aéreo. Tú solo eres alguien que conocía a la mujer que me parió.

—Sigo sin entender —balbuceó él, pero Rhea alzó la mano con un gesto impaciente.

—¿Puedes vivir con ello? ¿Sí o no?

—Eh…

—¡Quiero oírlo! ¿Comprendes que jamás te llamaré Papá? Ni una sola vez. ¿Y que Lucas es la única razón por la que no os entrego a la policía? O, mejor dicho, todavía no.

Él resopló, notó que le temblaba la barbilla. Luego asintió con la cabeza.

Rhea lo estudió con ojos penetrantes, extendió la mano hacia él.

—¿Hay trato?

Él aceptó la mano, se la sostuvo un momento. Contaba con que la apartaría de golpe, pero ella permaneció allí, mirándolo, sin más.

—¿Y ahora? —preguntó él por fin, cuando ya no pudo soportar más aquel silencio entre ellos.

Rhea se encogió de hombros, señaló con la cabeza hacia arriba.

—Deberíamos ponernos en marcha. Parece que el tiempo se ha calmado por fin. Es posible incluso que hoy haga bueno. Y como

bien sabes, quedan un par de cabos sueltos que hay que solucionar antes de que llegue el primer ferri, ¿no te parece?

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi grandísima diseñadora de portada Kristin Pang por su obra tan hermosa. Que sigamos muchos años más colaborando de manera tan fructífera.

A mi editora Inca Vogt y a mi correctora Ilka Bredemeier. Una vez más habéis hecho un gran trabajo. Gracias por este maravilloso trabajo en equipo.

A Inca Vogt por el precioso diseño interior que les da a mis libros.

A mi traductora Eva Trillo Caramés por el gran trabajo de traducción y la corrección que ha hecho para la versión española. ¡Ojalá esta colaboración dure mucho!

Un gracias muy especial a Viviane Grosbusch y al exministro Friedel Läpple, ministro jubilado, por su maravillosa labor como primeros lectores de prueba de mi manuscrito. ¡Muchas gracias de todo corazón!

A todos los lectores y compañeros que me ayudaron a escoger una portada y que me apoyaron con esos problemillas que siempre surgen. Os mando un abrazo fuerte que seguramente muy pronto pueda daros en la vida real. Esperemos que el año que viene en las ferias del libro.

A vosotros los blogueros por todo lo que hacéis por nosotros los escritores. Valoro muchísimo vuestro trabajo y vuestros esfuerzos: ¡Muchas gracias!

A mis compañeros que están siempre dispuestos a escuchar y a tenderme una mano cuando se trata de preparar la contraportada, una labor que no me entusiasma demasiado.

Quiero dedicarle otro gracias especial a Inca Vogt, la cual no se encarga solo de la maquetación, sino que también repasa con ojo

avizor el texto al completo, descubriendo siempre algún que otro descuido.

A mi hijo, que, aunque no lee mis libros, comprende que me encierre durante días en el despacho y que esté insoportable como… (no se me ocurre ningún símil de lo insoportable que me pongo a veces).

Y finalmente, aunque no menos importantes, mis agradecimientos a mis amigos que me levantan la moral cuando la tengo por los suelos.

Cualquier error cometido a la hora de investigar a mis protagonistas es única y exclusivamente responsabilidad mía o producto de mi fantasía desbocada. Por lo demás, en esta novela también me he tomado algunas licencias artísticas, como siempre – y que, por supuesto, no pienso revelar.

Podéis mandarme vuestras sugerencias o comentarios a:

autorin@daniela-arnold.com